

SERGUEÏ DOVLATOV

La maleta



Lectulandia

Al igual que la mayoría de las obras de Serguéi Dovlátov, *La maleta* está teñida de un fuerte componente autobiográfico, algo inevitable en un autor con una intensa vida marcada por las circunstancias históricas. El protagonista de la narración se ve obligado a hacer el equipaje para emprender un largo viaje de ida sin billete de vuelta. Mientras va introduciendo en una única maleta todos los objetos que le van a acompañar —muchos menos de los que se esperaba—, el narrador va recuperando episodios de su pasado, fragmentos de una trayectoria vital que le ha llevado hasta donde está ahora, pero con la que inevitablemente debe cortar de raíz. A partir de una ingeniosa excusa narrativa, Serguéi Dovlátov va retratando con un humor corrosivo, un toque de melancolía y un lenguaje sencillo pero contundente la difícil situación que se padecía en la Unión Soviética real, tan alejada de la versión oficial que se vendía al exterior.

Lectulandia

Serguéi Dovlátov

La maleta

ePub r1.1

bigbang951 12.07.14

Título original: *Чемодан*
Serguéi Dovlátov, 1986
Traducción: Justo E. Vasco

Editor digital: bigbang951
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*... Incluso así, Rusia mía,
eres para mí la tierra más querida...*

ALEKSANDR BLOK

Prólogo

En el OVIR^[1], va aquella zorra y me dice: —Cada emigrante tiene derecho a tres maletas. Esa es la norma establecida. Hay una resolución especial del ministerio.

No tenía sentido objetar. Pero, por supuesto, objeté.

—¿Solamente tres maletas?! ¿Y qué hace uno con sus cosas?!

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, con mi colección de coches de carreras.

—Véndala —respondió de inmediato la funcionaria; y añadió, frunciendo levemente las cejas—: Si algo no le satisface, escriba una reclamación.

—Estoy satisfecho —le digo.

Después de la cárcel, todo me satisfacía.

—Entonces, compórtese correctamente...

Una semana después recogía mis cosas. Y, como se vio después, me bastaba con una sola maleta. Sentía tal conmiseración hacia mí mismo que estuve a punto de sollozar. Tenía treinta y seis años. De ellos, llevaba dieciocho trabajando. Algo ganaba, algo compraba. Creía ser dueño de algunas propiedades. Pero el resultado cabía en una sola maleta. Para colmo, de dimensiones más que modestas. ¿Era yo, entonces, un mendigo? ¿Cómo había llegado a aquello?

¿Los libros? Básicamente, tenía libros prohibidos. La aduana no permitía sacarlos. Tuve que regalárselos a conocidos, junto con lo que yo llamaba mi archivo.

¿Los manuscritos? Hacía tiempo que los había enviado a Occidente, por vías secretas.

¿Los muebles? Llevé el escritorio a la tienda de segunda mano. Las sillas se las quedó el pintor Cheguin, que hasta ese momento se las arreglaba con cajas vacías. El resto lo tiré.

Así me largué, con solo una maleta. Era de aglomerado, forrada en tela, con refuerzos niquelados en las esquinas. La cerradura no funcionaba. Tuve que atar mi maleta con las cuerdas de tender la colada.

Alguna vez fui al campamento de pioneros con esa maleta. En la tapa, con tinta, estaba escrito: «Grupo infantil. Seriozha Dowlátov». Y a un lado, alguien había grabado cariñosamente: «limpiaculos». La tela estaba raída en algunos lugares.

En la tapa, por dentro, tenía varias fotos pegadas. Rocky Marciano, Armstrong, Iosif Brodski, la Lollobrigida en ropa interior. El aduanero intentó arrancar a la Lollobrigida con las uñas. Solo pudo arañarla.

Pero no tocó a Brodski. Se limitó a preguntarme quién era. Le respondí que un pariente lejano...

El dieciséis de mayo llegué a Italia. Vivía en el hotel romano «Dina». La maleta quedó metida debajo de la cama.

Al poco tiempo, recibí algunos honorarios de las revistas rusas. Compré unas sandalias azules, unos vaqueros de franela y cuatro camisas de lino. Y tampoco abrí la maleta.

A los tres meses me trasladé a Estados Unidos. A Nueva York. Primero viví en el hotel Rio. Después, con amigos, en Flushing. Finalmente, alquilé un piso en una buena zona. Guardé la maleta en el rincón más lejano del armario empotrado. Y tampoco desaté la cuerda de tender la colada.

Transcurrieron cuatro años. Nuestra familia se reconstruyó. Mi hija se convirtió en una norteamericana adolescente. Nació mi hijo. Creció, y comenzó a hacer travesuras. En una ocasión, mi esposa, perdida la paciencia, le gritó: —¡Métete ahora mismo en el armario!

El niño pasó unos tres minutos en el armario. Después, lo dejé salir.

—¿Te dio miedo? —le pregunté—. ¿Lloraste?

—No —respondió—. Me senté sobre la maleta.

Entonces, saqué la maleta. Y la abrí.

Encima de todo había un buen traje cruzado. Ideal para entrevistas, simposios, conferencias, recepciones. Creo que habría servido hasta para la ceremonia de entrega del Nobel. Después, había una camisa de popelín y unos zapatos, envueltos en papel. Más abajo, una chaqueta de pana forrada de piel sintética. A la izquierda, un gorro de invierno, de falsa nutria. Tres pares de calcetines finlandeses de crespón. Guantes de conductor. Y, finalmente, un cinturón militar de cuero.

En el fondo de la maleta había una página de *Pravda*, correspondiente a mayo del ochenta. Un gran titular anunciaba: «¡Larga vida a la grandiosa doctrina!». Y en el centro tenía un retrato de Carlos Marx.

Cuando era escolar, me gustaba dibujar a los líderes del proletariado mundial. En especial, a Marx. Echaba un borrón de tinta y ya se le parecía...

Contemplé la maleta vacía. En el fondo estaba Carlos Marx. En la tapa, Brodski. Y entre ellos, una vida única, invaluable, perdida.

Cerré la maleta. Dentro, rodaban las bolitas de naftalina haciendo ruido. Mis

cosas yacían en un montón sobre la mesa de la cocina. Eso era todo lo que había acumulado en treinta y seis años. Durante toda mi vida en mi patria. Pensé: ¿y de veras, esto es todo? Y me respondí: sí, es todo.

En ese momento, como se suele decir, me abrumaron los recuerdos. Seguramente se escondían entre los pliegues de aquellos trapos miserables. Y ahora habían escapado. Recuerdos, cuyo título debería ser «De Marx a Brodski». O, digamos, «Mis riquezas». O quizás, simplemente, «La maleta»...

Pero, como siempre, el prólogo se hizo largo.

Calcetines finlandeses de crespón

Esta historia sucedió hace dieciocho años. En esa época yo era estudiante de la Universidad de Leningrado.

Los edificios de la universidad se hallan en la parte vieja de la ciudad. La combinación del agua y las piedras crea allí una atmósfera grandiosa, especial. En semejante ambiente es difícil ser holgazán, pero yo lo lograba.

Existen en el mundo las ciencias exactas. Y, por lo tanto, las inexactas. Creo que, entre las inexactas, la filología ocupa el primer lugar. De esa manera me convertí en estudiante de la facultad de filología.

Una semana después, se enamoró de mí una chica esbelta, que llevaba zapatos de importación. Se llamaba Asya.

Asya me presentó a sus amigos. Todos eran mayores que nosotros: ingenieros, periodistas, camarógrafos. Entre ellos había, incluso, un director de supermercado. Aquellas personas vestían bien. Les gustaban los restaurantes, los viajes. Algunos tenían hasta coche propio.

En aquel entonces, muchos de ellos me parecían misteriosos, fuertes y atractivos. Yo quería ser uno más en aquel círculo de personas.

Más tarde, la mayoría de ellos emigró. Ahora son hebreos normales, ya ancianos.

Nuestro modo de vida exigía grandes gastos. Lo más corriente era que los amigos de Asya corrieran con ellos. Eso me avergonzaba en extremo.

Recuerdo cómo el doctor Logovinski me metía subrepticamente cuatro rublos en la mano mientras Asya pedía un taxi por teléfono...

Se puede dividir a la gente en dos categorías. Los que preguntan. Y los que responden. Los que formulan las preguntas. Y los que fruncen el ceño, irritados, como respuesta.

Los amigos de Asya no le hacían preguntas. Y yo, lo único que hacía era preguntar.

—¿Dónde has estado? ¿A quién has conocido en el metro? ¿De dónde has sacado

ese perfume francés?

La mayor parte de las personas considera irresolubles aquellos problemas cuya solución no les satisface. Y preguntan continuamente, aunque de ninguna manera quieren oír respuestas verídicas...

En pocas palabras, yo me comportaba tontamente, con impertinencia.

Comencé a tener deudas que crecían en progresión geométrica. Para noviembre alcanzaban los ochenta rublos, una cifra monstruosa por aquel entonces.

Yo sabía lo que era la casa de empeños, con sus recibos, sus colas, su atmósfera de desesperación y pobreza.

Mientras Asya estaba a mi lado lograba no pensar en esto. Pero tan pronto nos despedíamos, los pensamientos sobre mis deudas se me echaban encima, como una nube negra.

Me despertaba con la premonición de una desgracia. Durante horas no lograba vestirme. Planeaba seriamente asaltar una joyería.

Quedé convencido de que lo único que se le ocurre a un pobretón enamorado son ideas criminales.

Por esa época, mis resultados académicos descendieron de manera notable. Asya siempre había sido mala estudiante. En el decanato comenzaron a hablar de nuestras condiciones morales.

Me di cuenta de que, cuando el hombre está enamorado y tiene deudas, siempre se habla de sus condiciones morales.

En pocas palabras, la situación era horrible.

Una vez, vagaba yo por la ciudad en busca de seis rublos. Tenía que rescatar mi abrigo invernal de la casa de empeños. Y me tropecé con Fred Kolésnikov.

Fred fumaba, con los codos apoyados sobre el pasamanos de latón de la tienda Eliséyevski. Yo sabía que vendía objetos robados, Asya nos había presentado.

Era un chico alto, de unos veintitrés años, con piel de color enfermizo. Al hablar se mesaba nervioso el cabello.

Sin pensarlo, me dirigí a él.

—¿No me podría prestar seis rublos hasta mañana?

Cuando pedía dinero prestado, siempre mantenía un tono más o menos casual, para que a la gente le resultara más fácil decirme que no.

—Elemental —dijo Fred, mientras sacaba una pequeña cartera cuadrada.

Me dio lástima no haberle pedido más dinero.

—Tome algo más —dijo Fred.

Pero yo, como un idiota, protesté. Fred me miró con curiosidad.

—Vamos a comer. Quiero invitarlo.

Se comportaba de manera llana, natural. Yo siempre envidiaba a los que lograban hacerlo.

Caminamos tres manzanas hasta el restaurante «Gaviota». El salón estaba vacío. Los camareros fumaban, sentados en torno a una mesita lateral.

Las ventanas estaban abiertas de par en par y el viento mecía los cortinajes.

Decidimos sentarnos en un rincón apartado. Por el camino, un jovencuelo que llevaba una chaqueta plateada de *dacrón* detuvo a Fred. Su conversación fue enigmática. —Saludos.

—Mis respetos —respondió Fred.

—¿Y qué tal?

—Pues nada.

El jovencuelo, contrariado, levantó las cejas.

—¿Nada de nada?

—En absoluto.

—Se lo he pedido por favor.

—Lo lamento mucho.

—¿Pero puedo contar con eso?

—Sin duda.

—Esta semana sería magnífico.

—Lo intentaré.

—¿Y con respecto a la garantía?

No puede haber garantía alguna. Pero lo intentaré.

—¿Será de buena marca?

—Por supuesto.

—Llámeme cuando lo tenga.

—Sin falta.

—¿Recuerda mi número de teléfono?

—Por desgracia, no.

—Anótelo, por favor.

—Con mucho gusto.

—Aunque eso no se trata por teléfono.

—Estoy de acuerdo.

—¿Quizás pudiera pasar directamente con la mercancía?

—Sería excelente.

—¿Recuerda la dirección?

—Me temo que no...

Y siguieron así.

Nos sentamos en un rincón alejado. Sobre el mantel se veían claramente las marcas dejadas por la plancha. El mantel era como de felpa.

—Preste atención a ese pijo —dijo Fred—. Hace un año me pidió una partida de *delbanes* con cruz...

—¿Qué son delbanes con cruz? —lo interrumpí.

—Relojes —explicó Fred—, pero no tiene importancia... Le llevé la mercancía unas diez veces, pero no la compraba. Cada vez inventaba excusas nuevas. Finalmente, no hicimos negocio. Yo me preguntaba: ¿qué numerito es ese? Y de repente me di cuenta de que él no quería comprar mis delbanes con cruz. Quería sentirse un hombre de negocios que necesita adquirir una partida de mercancía de buena calidad. Quiere preguntarme eternamente: «¿Cómo va eso que le pedí?»...

Una camarera anotó el pedido. Encendimos sendos cigarrillos.

—¿Y a usted, lo pueden meter en la cárcel? —me interesé.

—Puede ocurrir —respondió Fred con calma después de meditar un instante—. Mis propios amigos me traicionarán —añadió, sin ira.

—Entonces, ¿no sería mejor dejarlo?

El semblante de Fred se ensombreció.

—Hubo un tiempo en que yo trabajaba de dependiente. Vivía con noventa rublos al mes... —De repente, se irguió—. ¡Era como un monstruoso número de circo! —gritó.

—La cárcel no es mejor.

—¿Y qué? No tengo talento para nada. Y no estoy de acuerdo en hacer cosas monstruosas por noventa rublos... Bien, digamos que voy a comerme durante toda mi vida dos mil medallones de carne. Que gastaré veinticinco trajes gris oscuro. Que leeré setecientos números de la revista *Ogoñok*. ¿Eso es todo? ¿Y moriré sin dejar ni un arañazo en la corteza terrestre? ¡Es mejor vivir un minuto como un ser humano!

En ese momento nos trajeron de comer y de beber.

Mi nuevo amigo continuó filosofando.

—Antes de nacer solo hay oscuridad. Y tras la muerte, oscuridad también. Nuestra vida no es más que un granito de arena en el océano indiferente del infinito. ¡Tratemos al menos de no ensombrecer este instante con la congoja y el tedio! Intentemos dejar un arañazo en la corteza terrestre. Que el hombre mediocre sea quien tire del carro. De todos modos, él no realiza hazañas. Y ni siquiera comete crímenes...

Estuve a punto de gritarle a Fred: «¡Pues realice usted una hazaña!». Pero me contuve. Como quiera, estaba bebiendo a su costa.

Estuvimos cerca de una hora en el restaurante.

Tengo que irme —dije finalmente—. Me cierran la casa de empeños.

Y en ese momento, Fred me hizo una propuesta.

—¿Quiere ser mi socio? Yo trabajo limpiamente, no toco divisas ni oro. Cuando haya arreglado su situación financiera, podrá retirarse. En una palabra, entre en el negocio... Ahora estamos bebiendo, mañana hablaremos...

Pensé que al día siguiente mi amiguete me dejaría plantado. Pero solo se retrasó.

Nos encontramos al lado de la fuente seca frente al hotel Astoria y después nos fuimos junto a los arbustos.

—Dentro de un momento vendrán dos finlandesas con mercancía —explicó Fred—. Tome un taxi y vaya con ellas a esta dirección... ¿Nos tratamos de usted?

—De tú, por supuesto, ¿para qué tanta ceremonia?

—Pues ponte en cuatro ruedas y ve a este lugar. —Fred me dio un trozo de periódico—. Te recibirá Rymar —prosiguió—. Es fácil reconocerlo, tiene jeta de idiota y un jersey naranja. A los diez minutos, aparezco yo. ¡Todo saldrá bien!

—Yo no hablo finlandés...

—Eso no tiene importancia. Lo fundamental es sonreír. Iría yo, pero aquí me conocen bien...

Fred me tomó del brazo.

—¡Ahí están! ¡Muévete!

Y desapareció entre los arbustos.

Presa de una enorme inquietud, me dirigí al encuentro de las dos mujeres. Tenían aspecto de campesinas, con caras anchas, quemadas por el sol. Vestían impermeables claros, zapatos elegantes y brillantes pañuelos de cabeza. Cada una llevaba una bolsa de compras, hinchada como un balón de fútbol.

Gesticulando ansioso, llevé a las mujeres hasta la parada de taxis. No había cola. Yo repetía constantemente: «Míster Fred, míster Fred...», mientras tocaba la manga de una de las mujeres.

La mujer se molestó de repente.

—¿Dónde está ese tipo? ¿Dónde se ha metido? ¿Qué, quiere jugaros una mala pasada?

—¿Usted habla ruso?

—Mi madre era rusa.

—Míster Fred llegará un poco más tarde —dije—. Míster Fred me pidió que las llevara a su domicilio.

Apareció un taxi. Le dije la dirección al chofer. Después me puse a mirar por la ventana. No me había dado cuenta de que hubiera tal cantidad de milicianos entre los peatones.

Las mujeres conversaban entre sí en finlandés. Se veía que estaban molestas. Al rato, se echaron a reír y sentí cierto alivio.

En la acera me esperaba un tío con un jersey incendiario. Hizo un guiño.

—¡Vaya jetas! —exclamó.

—Mírate la tuya —replicó irritada Ilona, la más joven.

—Hablan ruso —advertí.

—Perfecto —dijo Rymar, imperturbable—, magnífico. Eso nos acerca. ¿Os gusta Leningrado?

—Más o menos —respondió Marya.

—¿Habéis estado en el Ermitage?

—Aún no. ¿Y dónde está eso?

Donde hay cuadros, *souvenirs* y cosas así. Y antes, los zares vivían allí.

—Habría que echarle un vistazo —dijo Ilona.

—¡No habéis estado en el Ermitage! —dijo Rymar, abrumado.

Hasta sus pasos se hicieron más lentos. Era como si le diera asco tratar con mujeres tan incultas.

Subimos al segundo piso. Rymar empujó la puerta, que no estaba cerrada. Había montones de platos por todas partes. Las paredes estaban llenas de fotografías. Sobre un diván yacían carátulas de discos extranjeros. La cama estaba deshecha.

Rymar encendió la luz y puso orden con rapidez.

—¿Qué traéis? —preguntó después.

—Mejor dinos dónde está tu colega con el dinero.

En ese momento se oyeron unos pasos y apareció Fred Kolésnikov. Llevaba en las manos un diario, sacado de un buzón de correos. Su aspecto era tranquilo, indiferente casi.

—*Terve* —saludó a las finlandesas—. Hola. —Y al momento se volvió hacia Rymar—. ¡Vaya caras lúgubres! ¿Has estado molestándolas?

—¡¿Yo?! —Rymar se indignó—. Estábamos hablando sobre la belleza. A propósito, hablan ruso.

—Excelente. Buenas tardes, señora Lenart, ¿cómo está usted, señorita Ilona?

—Bien, gracias.

—¿Por qué no dijo que hablaba ruso?

—¿Y quién nos lo preguntó?

—Bebamos antes —invitó Rymar.

Sacó del estante una botella de ron cubano. Las finlandesas bebieron con placer. Rymar les sirvió de nuevo.

Las mujeres fueron al baño.

—Todas se parecen —dijo Rymar.

—Sobre todo porque son hermanas —aclaró Fred.

—Ya me daba a mí la sensación... A propósito, la cara de esa señora Lenart no me ofrece confianza.

—¿Y qué cara te ofrece confianza? —le gritó Fred—. ¿La del juez de instrucción?

Las finlandesas regresaron enseguida. Fred les dio una toalla limpia. Ambas levantaron sus copas y sonrieron por segunda vez en toda la tarde. Tenían sus bolsas de compras sobre las rodillas.

—¡Hurra! —dijo Rymar—. ¡Por la victoria sobre Alemania!

Bebimos, junto con las finlandesas. El tocadiscos estaba en el suelo y Fred lo encendió con el pie. El disco negro oscilaba levemente.

Rymar seguía aburriendo a las finlandesas.

—¿Cuál es vuestro escritor favorito?

Las mujeres intercambiaron unas palabras.

—Posiblemente Karjalainen —respondió Ilona.

Rymar sonrió con condescendencia, dando a entender que aprobaba al candidato mencionado. Pero que tenía gustos más elevados.

—Está claro. ¿De qué mercancía se trata?

—Calcetines —respondió Marya.

—¿Nada más?

—¿Y qué era lo que quería?

—¿Cuánto? —inquirió Fred.

—Cuatrocientos treinta y dos rublos —respondió Ilona, la más joven, recalando la cifra.

—*Mein Gott!* —exclamó Rymar—. He aquí las fauces feroces del capitalismo.

Fred lo apartó a un lado.

—Me interesa. ¿Cuántos pares?

—Setecientos veinte.

—El crespón, ¿de nailon? —intervino Rymar, en tono exigente.

—Es sintético —respondió Ilona—. Sesenta *kopeks* el par. En total, cuatrocientos treinta y dos...

Aquí debo hacer una somera explicación matemática. En esa época, los calcetines de crespón estaban de moda. La industria soviética no los producía. Solo era posible comprarlos en el mercado negro. Un par de calcetines finlandeses costaba seis rublos. Y los finlandeses los vendían por sesenta *kopeks*. Noventa por ciento de ganancia pura...

Fred sacó la billetera y contó el dinero.

—Helo aquí —dijo—, con veinte rublos adicionales. Dejad la mercancía en las bolsas.

—Bebamos —intervino Rymar—, por la solución pacífica de la crisis de Suez. Por la incorporación de Alsacia y Lorena.

Ilona se pasó el dinero a la mano izquierda y tomó el vaso, lleno hasta el borde.

—Vamos a meterles mano a estas finlandesas —susurró Rymar—, en aras de la unidad entre los pueblos.

—¡Mira con qué gente hay que tratar! —dijo Fred, volviéndose hacia mí.

Me sentía intranquilo, con miedo. Quería irme lo antes posible.

—¿Vuestro pintor preferido? —le preguntó Rymar a Ilona, poniéndole la mano en la espalda.

—Posiblemente Maantere —respondió Ilona, apartándose de él.

Rymar levantó las cejas en tono de reproche. Como si su percepción estética hubiera resultado herida.

—Hay que acompañar a las señoras y darle siete rublos al chofer del taxi —dijo Fred—. Mandaría a Rymar, pero seguro que se quedaría con parte del dinero.

—¡¿Yo?! —se indignó Rymar—. ¡Con mi acrisolada honestidad!

Cuando regresé, había envoltorios multicolores de celofán por todos lados. Rymar parecía medio loco.

—Piastras, coronas, dólares —repetía—, francos, yenes...

Al rato se tranquilizó de repente, sacó una libreta de notas y un rotulador. Hizo unos cálculos.

—Exactamente, setecientos veinte pares. Los finlandeses son gente honesta. Eso es lo que significa ser un país poco desarrollado...

—Multiplícalo por tres —le dijo Fred.

—¿Cómo que por tres?

—Si los vendemos al por mayor, los calcetines saldrán por tres rublos. Quedarán, limpios, mil quinientos, descontando gastos.

—Mil setecientos veintiocho rublos —precisó Rymar al momento.

En él, la locura se mezclaba con lo práctico.

—Quinientos y tantos por persona —añadió Fred.

—Quinientos setenta y seis —precisó Rymar de nuevo...

Más tarde, Fred y yo fuimos a una *shashlýchnaya*^[2]. En la mesa, el mantel estaba pegajoso. En el aire flotaba una nube de grasa. La gente pasaba a nuestro lado como peces en un acuario.

Fred parecía distraído, lúgubre.

—¡Tanto dinero en cinco minutos! —exclamé, por decir algo.

—De todos modos —respondió—, hay que esperar cuarenta minutos a que te traigan unos *cheburek*^[3] hechos con margarina.

—¿Para qué me necesitas? —se me ocurrió preguntar.

—No confío en Rymar. Y no porque pueda robarle a un cliente. Eso no está excluido. Y tampoco porque pueda pagarle a un cliente con dinero antiguo, fuera de curso. Y ni siquiera porque le guste toquetear a las clientas. Sino porque es un imbécil. ¿Qué es lo que hunde a los imbéciles? La atracción que lo bello ejerce sobre ellos. Rymar siente atracción por lo bello. A pesar de que, históricamente, está condenado. Rymar quiere una radio japonesa de transistores. Entonces, va a la «Beriozka»^[4] y le tiende al cajero cuarenta dólares. ¡Con semejante jeta! Hasta en un comedor obrero, si le da un rublo al cajero, este pensaría que lo ha robado. ¡Pero saca

cuarenta dólares! Infracción de las normas de operaciones con divisas. Un artículo del código penal... Tarde o temprano lo trincarán.

—¿Y yo? —vuelvo a preguntar.

—Tú no eres así. A ti te esperan otras desgracias.

No me puse a precisar cuáles.

—El jueves te daré tu parte —se despidió Fred.

Me fui a casa en un estado de ánimo indefinido, con una sensación donde se mezclaban la emoción por la aventura y la inquietud. Sin duda, en el dinero mal ganado hay cierta atracción vil.

No le conté mis aventuras a Asya. Quería impresionarla. Convertirme de repente en un tío rico, de altos vuelos.

Mientras tanto, mis relaciones con ella empeoraban. Le hacía constantes preguntas. Hasta cuando injuriaba a sus conocidos, lo hacía interrogativamente.

—¿Y no te parece que Arik Schulman es simplemente un idiota?

Quería rebajar a Schulman ante Asya y conseguía el resultado opuesto.

Adelantándome un poco, diré que nos separamos en otoño. La persona que pregunta sin cesar debe aprender a responder tarde o temprano...

El jueves, Fred me llamó.

—¡Qué catástrofe!

—¿Qué ha ocurrido?

Pensé que habían arrestado a Rymar.

—Algo peor —dijo Fred—. Pasa por la mercería más cercana.

—¿Para qué?

—Las tiendas están a rebosar de calcetines de crespón. Además, soviéticos. A ochenta *kopeks* el par. De calidad no peor que los finlandeses. La misma mierda sintética...

—¿Y qué se puede hacer?

—Nada. ¿Qué se puede hacer en este caso? ¿Quién podría esperar semejante canallada de la economía socialista? ¿A quién le vendo ahora esos calcetines finlandeses? ¡No los comprarían ni por un rublo! Ya conozco a nuestra puta industria nacional. Primero, se pasan veinte años pensando, y después, de súbito, ¡bang! Y todas las tiendas se llenan de la misma porquería. Si ya montaron la producción continua, no hay nada que hacer. Producirán calcetines de crespón a granel, un millón de pares por segundo...

Como resultado, nos dividimos los calcetines. Cada uno de nosotros se quedó con doscientos cuarenta pares. Doscientos cuarenta pares de calcetines idénticos, de un feo color guisante. El único consuelo era el sello: «Made in Finland».

Después, hubo muchas otras cosas. Una operación con impermeables italianos. La reventa de seis equipos estéreo alemanes. Una pelea en el hotel Cosmos por una caja

de cigarrillos norteamericanos. La fuga con un cargamento de equipos fotográficos japoneses, perseguidos por la milicia. Y mucho más.

Pagué mis deudas. Me compré ropa buena. Me trasladé a otra facultad. Conocí a una muchacha, con la que luego me casé. Cuando arrestaron a Rymar y a Fred, me fui un mes entero a la costa del Báltico. Comencé mis modestos intentos literarios. Fui padre. Logré enemistarme con el poder. Me quedé sin trabajo. Estuve recluido un mes en la cárcel de Kalyáevo.

Pero solo una cosa no cambió. Durante veinte años anduve con calcetines color guisante. Los regalé a todos mis conocidos. Guardaba en ellos los adornos del árbol de Navidad. Los utilizaba para limpiar el polvo. Tapaba las grietas del marco de la ventana con los calcetines. Y, de todos modos, la cantidad de calcetines no disminuía apreciablemente.

Y así me largué, dejando un montón de calcetines finlandeses de crespón en el piso vacío. Metí solo tres pares en la maleta.

Me recordaban mi juventud criminal, el primer amor y a los viejos amigos. Fred, tras cumplir dos años en la cárcel, se mató en una motocicleta «Chezet». Rymar cumplió solo un año y trabaja de dependiente en una sala de despiece de carne. Asya logró emigrar con éxito y ahora enseña lexicología en Stanford. No dejo de pensar que es una curiosa descripción de la enseñanza norteamericana.

Botines de alto nivel

Debo comenzar con una confesión: prácticamente robé estos botines...

Hace doscientos años, el historiador Karamzin visitó Francia. Los emigrantes rusos le preguntaron: —En resumen, ¿qué ocurre en la patria?

Karamzin ni siquiera necesitó dos palabras.

—Roban —fue su respuesta...

En verdad, roban. Y cada año roban más.

De la sala de despiece se llevan cuartos de ternera. De la fábrica textil, la hilaza. De la fábrica de proyectores de cine, las lentes.

Se lo llevan todo: mosaicos, yeso, polietileno, motores eléctricos, pernos, tornillos, válvulas electrónicas, hilos, vidrio.

Con frecuencia, todo esto adopta un carácter metafísico. Hablo de robos misteriosos, sin objetivo lógico conocido. Estoy seguro de que eso solo tiene lugar en el estado ruso.

Conocí a un hombre delicado, noble, educado, que robó de su empresa un cubo de mezcla de cemento. Por el camino, la mezcla se endureció, como era de esperar. El ladrón abandonó aquella piedra no lejos de su casa.

Otro de mis amigos rompió la cerradura de un punto de agitación. Se llevó una urna electoral. La escondió en su casa y se tranquilizó. El tercero de mis conocidos se llevó un extintor. El cuarto robó del despacho de su jefe un busto de Paul Robeson. El quinto, un anuncio callejero. El sexto, un pupitre de un club de aficionados a la música.

Pero yo, como podréis ver, actuaba de manera más práctica. Robé unos excelentes zapatos soviéticos, destinados a la exportación. Y por supuesto, no los robé en una tienda. En una tienda soviética no hay ese tipo de zapatos. Se los hurté al presidente del comité ejecutivo urbano de Leningrado. En resumen, al alcalde de la ciudad.

Pero nos estamos adelantando.

Al desmovilizarme del ejército, comencé a trabajar en un periódico fabril. Estuve

allí tres años. Comprendí que el trabajo ideológico no era lo mío.

Deseaba algo más directo. Más apartado de las dudas morales.

Recordé que alguna vez había estudiado en una escuela artística. A propósito, la misma en la que se graduó el famoso artista Shemyakin. Y todavía conservaba algunas habilidades.

Unos conocidos me enchufaron en el DPI (Escuela de artes decorativas y aplicadas). Me hice aprendiz de escultor. Decidí reafirmarme en la esfera de la escultura monumental.

Por desgracia, la escultura monumental es un género bastante conservador. Y la causa es su propia monumentalidad.

Se pueden escribir novelas y sinfonías en secreto. Se puede experimentar en secreto sobre el lienzo. Pero intentad ocultar de alguna manera una escultura de cuatro metros. ¡Imposible!

Para semejante trabajo se necesita un taller amplio. Muchas herramientas y medios auxiliares. Una plantilla de asistentes, moldeadores, cargadores. En pocas palabras, se requiere el reconocimiento oficial. Y, por supuesto, confianza total. Y de experimentos, nada...

Una vez visité el taller de un famoso escultor. Por los rincones se veían sus trabajos inconclusos. Reconocí fácilmente a Yuri Gagarin, Mayakovski, Fidel Castro. Los observé y me quedé de una pieza: todos estaban desnudos. Totalmente desnudos. Con traseros bien esculpidos, órganos sexuales y musculatura en relieve.

El terror me dejó congelado en el lugar.

—No se asombre —me aclaró el escultor—, somos realistas. Primero esculpimos la anatomía. Después, la ropa...

A cambio, nuestros escultores son gente rica. Les pagan más por representar a Lenin. Ni la barba de Marx, que tanto trabajo requiere, se paga con tanta generosidad.

En cada ciudad hay una estatua de Lenin. En cualquier centro regional. En este sentido, la demanda es inagotable. Un escultor experimentado puede esculpir a Lenin a ciegas. O sea, con los ojos cerrados. Aunque hay casos curiosos. En Chelyabinsk, por ejemplo, ocurrió uno de ellos.

En la plaza central, frente al edificio del soviet urbano, debían colocar una estatua de Lenin. Organizaron un mitin solemne. Reunieron a unas mil quinientas personas.

Sonaba una música patética. Los oradores pronunciaban sus discursos.

La estatua estaba cubierta por una tela gris.

Y llegó el momento decisivo. Bajo el redoble de tambores, los funcionarios del comité ejecutivo local tiraron de la tela.

Lenin estaba representado en su pose habitual, la del turista que pide en la carretera que alguien lo lleve. Su mano derecha señalaba el camino al futuro. La izquierda estaba en el bolsillo del abrigo, que como siempre llevaba abierto.

Cesó la música. En el repentino silencio alguien comenzó a reír. Un minuto después, toda la plaza se estremecía por las carcajadas.

Había una sola persona que no se reía. Era Víktor Dryzhakov, un escultor de Leningrado. La expresión de terror en su rostro fue convirtiéndose paulatinamente en otra de indiferencia y desesperación.

¿Qué había ocurrido? El infeliz escultor había tallado dos gorras. Una cubría la cabeza del líder. Y Lenin apretaba la otra en su mano.

Presurosos, los funcionarios cubrieron con tela gris el monumento defectuoso.

Por la mañana, descubrieron de nuevo el monumento. Durante la noche habían retirado la gorra sobrante...

De nuevo nos hemos apartado del camino.

Los monumentos nacen así: el artista confecciona un modelo en arcilla. El moldeador hace un vaciado en yeso de ese modelo. Y después, comienza el trabajo de los escultores.

Hay una figura de yeso. Y hay un informe trozo de mármol. Hace falta, como se suele decir, quitar todo lo que sobra. Copiar el modelo de yeso con precisión absoluta.

Para ello, existen mecanismos especiales, como la llamada máquina bocetadora. Con la ayuda de esta máquina, se hacen miles de cortes en la piedra. O sea, se define el contorno del monumento futuro.

A continuación, el escultor utiliza un taladro pequeño. Recorta las capas de mármol. Toma el cincel y el martillo (algo así como el mazo y el escoplo). Le queda por delante la etapa final, un trabajo cuidadoso, de filigrana.

El escultor trabaja sobre la superficie de la piedra. Basta un movimiento impreciso y todo se acabó. La estructura del mármol se parece a la de la madera. En el mármol hay capas frágiles, endurecimientos, grietas. Hay nudos, semejantes a los de los troncos. Hay abundantes incrustaciones de naturaleza extraña. Etcétera. En suma, es un trabajo minucioso y complicado.

Me incluyeron en la brigada de escultores. Éramos tres. El jefe de la brigada se llamaba Osip Lijachov. Su ayudante y amigo, Víktor Tsypin. Ambos eran maestros en su oficio y, por supuesto, bebedores sin límite.

En ese sentido, Lijachov bebía todos los días, y Tsypin sufría frecuentes ataques de dipsomanía. Lo que no impedía que Lijachov se echara unos tragos de vez en cuando, y Tsypin tomara unas copas para quitarse la resaca cada vez que le entraban ganas.

Lijachov era un hombre sombrío, medido, de pocas palabras. Se mantenía callado durante horas y, a continuación, pronunciaba discursos cortos, totalmente inesperados. Sus monólogos eran la continuación de duras meditaciones interiores. Se excitaba, se volvía abruptamente, dirigiéndose a cualquier persona que pasara.

—Me hablas del capitalismo, de los Estados Unidos, de Europa. ¡De la propiedad privada!... Hasta el más miserable tiene su propio coche... Pero, perdóname, el dólar sigue cayendo.

—Significa que tiene a dónde caer —replicaba Tsy-pin con alegría—, y eso es bueno. Pero tu rublo de mierda no tiene a dónde caer...

Mas Lijachov no reaccionaba y retornaba de nuevo al silencio.

Por el contrario, Tsy-pin era parlanchín y bonachón. Quería discutir.

—No se trata del coche —decía—, yo mismo soy aficionado a los coches. Lo fundamental en el capitalismo es la libertad. Si quieres, puedes beber de la mañana a la noche. O puedes trabajar el día entero. Sin educación ideológica. Sin moral socialista. Por doquier hay revistas con mujeres desnudas. Digamos que no te gusta tal ministro. Perfecto. Escribes a un periódico: ¡el ministro tal es una mierda! Puedes escupirle a la cara a cualquier presidente. Y de los vicepresidentes, ni te digo... Los coches no son una rareza ni siquiera aquí. Yo tengo un Zaporozhets del sesenta, ¿y qué?

Era verdad que Tsy-pin había comprado un Zaporozhets. Pero como era un borracho crónico, se pasaba meses sin conducir. En noviembre, la nieve cubrió el coche. El Zaporozhets se convirtió en una pequeña colina nevada. Los chicos del barrio jugaban en torno a ella.

En primavera, la nieve se derritió. El Zaporozhets se había vuelto plano, como un coche de carreras. Los trineos infantiles habían aplastado el techo.

Tsy-pin casi se alegró.

—Cuando estoy al volante, debo estar sobrio. Pero borracho, puedo viajar en taxi...

Esos fueron los maestros que me tocaron.

Al poco tiempo, recibimos un pedido. Bastante ventajoso y urgente. La brigada debía esculpir una imagen en relieve de Lomonósov, para una nueva estación de metro. El escultor Chudnovski confeccionó rápidamente un modelo. Los moldeadores hicieron enseguida el vaciado en yeso. Fuimos a ver el proceso.

Lomonósov aparecía vistiendo una bata sospechosa. Llevaba un rollo de papeles en la mano derecha. En la izquierda, un globo terráqueo. Creo entender que el papel simbolizaba la creatividad, y el globo terráqueo, la ciencia.

El propio Lomonósov tenía un aspecto rollizo, feminoide y descuidado. Parecía un cerdo. En tiempos de Stalin, así representaban a los capitalistas. Al parecer, Chudnovski quería ratificar la primacía de la materia sobre el espíritu.

Pero el globo terráqueo me gustó. Aunque, quién sabe por qué razón, el lado que mostraba a los observadores era el americano.

El escultor había modelado cuidadosamente las cordilleras en miniatura, los Apalaches, la meseta de Guayana. Tampoco olvidó los ríos y lagos: Hurón, Atabasca,

Manitoba...

Aquello tenía un aspecto bastante extraño. Creo que en tiempos de Lomonósov no existía un mapa tan detallado del continente americano. Se lo dije a Chudnovski. El escultor se molestó.

—¡Sus razonamientos son los de un escolar! ¡Mi escultura no es un medio docente! Ante usted, la sexta invención de Bach, materializada en mármol. Más exactamente, en yeso... ¡El último grito del sintetismo metafísico!

—Claro y preciso —intervino Tsy-pin.

—No discutas —me susurró Lijachov—. A ti, ¿qué te importa?

Inesperadamente, Chudnovski pareció ablandarse.

—Puede que tenga usted razón. Pero, de todos modos, dejémoslo como está. Cada trabajo requiere una gota de absurdo...

Comenzamos la tarea. Primero, trabajábamos en el taller. Después resultó que hacía falta apresurarse. Habían decidido inaugurar la estación en las fiestas de noviembre.

Hubo que terminar el trabajo en el lugar. Lo que quiere decir bajo tierra.

En la estación Lomonósovskaya se llevaban a cabo trabajos de acabado. Allí trabajaban marmolistas, electricistas, alicatadores. Los innumerables compresores emitían un ruido infernal. Olía a goma quemada y a cal húmeda. Ardían hogueras en bidones metálicos.

Nuestro modelo fue llevado bajo tierra con cuidado. Lo colocaron sobre una enorme base de roble. A su lado, una roca de mármol de cuatro toneladas colgaba de unas cadenas. En ella se distinguían aproximadamente los rasgos de la figura de Lomonósov. Teníamos por delante la parte más importante del trabajo.

Entonces, apareció una complicación imprevista. Las escaleras automáticas no funcionaban todavía. Para subir a la superficie en busca de vodka, había que ascender seiscientos escalones.

—Ve. Eres el más joven —dijo Lijachov el primer día.

Yo no sabía que el metro se encontraba a semejante profundidad. Sobre todo, en Leningrado, donde la tierra es húmeda y poco firme. Tuve que detenerme dos veces a descansar. La botella de Stolíchnaya que traje se vació en dos minutos.

Tuve que subir de nuevo. Seguía siendo el más joven. En pocas palabras, subí seis veces ese día. Las rodillas comenzaron a dolerme.

Al día siguiente lo hicimos de otro modo. Compramos seis botellas de una vez. Pero eso no bastó. Nuestras reservas atraían la atención de los que teníamos al lado. Electricistas, soldadores, pintores, alicatadores... todos venían a vernos. Diez minutos después, el vodka se había terminado. Y de nuevo tuve que subir.

Al tercer día, mis maestros decidieron dejar de beber. Temporalmente, por supuesto. Pero quienes nos rodeaban seguían bebiendo como antes. Y nos invitaban

con generosidad.

—¡No soy un chulo! —declaró Lijachov el cuarto día—. No puedo seguir bebiendo por cuenta ajena. Muchachos, ¿quién es el más joven de nosotros?

Y tomé el camino hacia la superficie. Cada vez subía con más facilidad. Con toda seguridad, mis piernas se habían endurecido.

Así que, básicamente, trabajaban Lijachov y Tsypin. La imagen de Lomonósov se veía cada vez con mayor claridad. Y, por qué no decirlo, era cada vez más repelente.

A veces aparecía el escultor Chudnovski. Nos daba orientaciones. Rehacía algo sobre la marcha.

Los trabajadores también se interesaban por Lomonósov.

—En principio, ¿qué es? ¿Un tío o una tía? —preguntaban, por ejemplo.

—Algo intermedio —les respondía Tsypin.

Se acercaban las fiestas. Los trabajos de terminación estaban llegando a su fin. La estación del metro Lomonósovskaya adquiría un aspecto elegante, solemne.

Terminaron de embaldosar el suelo. Los arcos estaban decorados con faroles de hierro. Una de las paredes estaba destinada a nuestro relieve. Colocaron allí, soldándolo, un enorme marco. Un poco más arriba sobresalían unos pesados bloques con cadenas.

Yo recogía los desechos. Mis maestros daban los toques finales. Tsypin trabajaba sobre los encajes de las mangas y los cordones de los botines. Lijachov pulía las guedejas de la peluca.

La víspera de la inauguración de la estación, dormimos bajo tierra. Teníamos que colgar nuestro maldito relieve. Levantarlo con poleas. Introducir las barras de sujeción. Y, finalmente, para más solidez, llenar las fijaciones con resina.

Levantar semejante roca cuatro metros del suelo es bastante complicado. Trabajamos varias horas. En ocasiones, los bloques se ladeaban. Los pernos no entraban en los agujeros. Las cadenas chirriaban, la piedra oscilaba.

—¡Aléjate! —gritaba Lijachov.

Finalmente, la roca de mármol quedó colgando sobre el piso. Retiramos las cadenas y nos apartamos a una distancia adecuada. De lejos, Lomonósov tenía mejor aspecto.

Tsypin y Lijachov echaron un trago, aliviados. Después se pusieron a preparar la resina.

Nos separamos al amanecer. La inauguración solemne debía tener lugar a la una.

Lijachov llegó, vistiendo un traje azul oscuro. Tsypin llevaba una chaqueta de pana y vaqueros. Nunca me había dado motivos para sospechar que le gustara vestirse bien. Por cierto, ambos estaban sobrios. A causa de ello, hasta les había cambiado el color en la cara.

Bajamos al subterráneo. Entre las columnas de mármol caminaban unos elegantes

trabajadores sobrios. Aunque muchos de ellos tenían bultos sospechosos en los bolsillos.

Cuatro carpinteros montaron rápidamente un pequeño estrado. Estaba colocado bajo nuestro relieve.

—Existe la posibilidad de que la resina no se haya solidificado —me susurró Osip Lijachov—. Tsy-pin echó demasiado disolvente. En resumen, esa figura de mármol se sostiene por los pelos. Por eso, cuando comience el mitin, aléjate un poco. Y avisa a tu esposa, para el futuro.

—¡Pero ahí va a estar la flor y nata de Leningrado! ¿Y si todo eso se cae?

—Quizás sea lo mejor que pueda pasar —dijo el jefe de brigada sin entusiasmo.

A la una debían presentarse los invitados de alto nivel. Se esperaba al camarada Sizov, alcalde de la ciudad. Debía llegar acompañado por representantes de las fuerzas vivas de Leningrado. Científicos, generales, deportistas, escritores...

El programa de la inauguración era el siguiente: primero, un pequeño banquete para invitados selectos. Después, un corto mitin. Entrega de diplomas y condecoraciones. Y a continuación, como dijo el jefe de la estación, «según los intereses de cada cual». Unos se irían a los restaurantes, otros a un concierto de aficionados.

Los invitados llegaron a la una y veinte. Reconocí al compositor Andrei Petrov, al levantador de pesas Dudko y al director de cine Vladímirov. Y, por supuesto, al propio alcalde.

Se trataba de un hombre alto, todavía joven. Tenía un aspecto casi de intelectual. Lo custodiaban dos tipos macizos, sombríos. Sobresalían por una cierta melancolía, que testimoniaba su disposición evidente para pelear.

El alcalde recorrió la estación, se detuvo junto a nuestro relieve.

—¿A quién me recuerda? —preguntó.

—A Jruschov —nos dijo Tsy-pin, con un guiño.

El alcalde no esperó respuesta y siguió adelante. Tras él iba el jefe de la estación, sonriendo servil.

La tribuna estaba cubierta de satén rosado. La inspección concluyó pocos minutos después y nos invitaron a todos a la mesa.

Se abrió una misteriosa puerta lateral. Vimos una espaciosa habitación, de cuya existencia no teníamos ni idea. Seguramente allí se disponían a instalar un refugio antiaéreo para la administración urbana.

En el banquete estaban los invitados y algunos trabajadores de mérito. Nosotros tres éramos invitados. Se ve que nos consideraban intelectualidad local. Y más aún por la ausencia del escultor.

En torno a la mesa había unas treinta personas. A un lado, la gente de fuera, y nosotros enfrente.

El primero en hablar fue el jefe de estación. Presentó al alcalde de la ciudad, calificándolo como un «leninista consecuente». Todos estuvieron aplaudiendo largo rato.

Después, tomó la palabra el alcalde. Leía un papelito. Expresó su sentimiento de profunda satisfacción. Felicitó a todos los trabajadores por haber terminado los trabajos antes del plazo. Mencionó tres o cuatro apellidos, titubeando. Y, finalmente, propuso un brindis por los sabios líderes leninistas.

Todos comenzaron a hablar y tendieron sus manos hacia las copas.

Después hubo varios brindis. El jefe de estación propuso un brindis por el alcalde. El compositor Petrov, por el futuro luminoso. El director de cine Vladímirov, por la coexistencia pacífica. Y el levantador de pesas Dudko, por el cuento que se materializa ante los ojos.

Tsy-pin comenzó a enrojecer. Bebió una copa de coñac y se sirvió champaña.

—No mezcles —le aconsejó el jefe de brigada—, ya estás bastante bebido.

—¿Qué significa no mezclar? —se asombró Tsy-pin—. ¿Por qué? Yo mezclo con conocimiento. Lo hago de manera científica. Una cosa es mezclar vodka con cerveza, y otra bien diferente coñac con champaña. En eso, soy un maestro.

—Eso se ve —pronunció Lijachov, sombrío—, a juzgar por la resina...

Al poco rato todos hablaban a coro. Tsy-pin abrazaba al director de cine Vladímirov. El jefe de estación atendía al alcalde. Albañiles y alicatadores, interrumpiéndose entre sí, se quejaban de las bajas tarifas.

Solo Lijachov callaba. Al parecer, pensaba en algo. De repente, se dirigió al levantador de pesas Dudko.

—Conocí a una judía. Nos juntamos. Cocinaba bien... —exclamó bruscamente.

Yo observaba al alcalde. Algo lo inquietaba. Le angustiaba. Le hacía fruncir el ceño y ponerse tenso. De vez en cuando, una sonrisa de sufrimiento le cruzaba el rostro.

Después, ocurrió lo siguiente: el alcalde se inclinó de repente hacia la mesa. Se agachó, sin bajar la cabeza. Su mano izquierda dejó el canapé sobre la mesa y se deslizó abajo.

Durante cerca de un minuto, el rostro del invitado de honor mostró una concentración extrema. Después, se reclinó en el asiento con expresión alegre, tras emitir un sonido apenas audible, semejante al pinchazo de un neumático. Y, aliviado, recuperó su canapé.

Entonces levanté cauteloso el mantel. Miré bajo la mesa y al instante me enderecé. Lo que vi me asombró y me hizo contener la respiración. El conocimiento del secreto hizo que me encogiera.

Lo que vi fueron los grandes pies del alcalde de la ciudad, enfundados en calcetines de seda verde. Los dedos de los pies del alcalde se agitaban, como si su

dueño estuviera improvisando al piano.

A su lado estaban los botines.

Y no sé qué me ocurrió en ese momento. Quizá se manifestara mi disidencia contenida. O mi esencia criminal decidiera hacerse patente. O es posible que misteriosas fuerzas destructivas influyeran sobre mí.

A todo el mundo le ocurre eso una vez en la vida.

Lo que pasó después lo recuerdo nebulosamente. Me desplacé hasta el borde del asiento. Extendí una pierna. Palpé los botines del alcalde de la ciudad y, con cuidado, los arrastré hacia mí.

Y solo después de eso me paralizó el terror.

En ese momento, el jefe de estación se puso de pie.

—¡Atención, amigos! Os invito a todos a un breve mitin solemne. ¡Los invitados de honor que ocupen su lugar en la tribuna!

Todos comenzaron a moverse. El director de cine Vladímirov se arregló la corbata. El levantador de pesas Dudko se apresuró a abotonarse el botón superior de los pantalones. Tsy-pin y Lijachov abandonaron de mala gana sus copas.

Yo clavé mis ojos en el alcalde. Este, mirando alarmado a su alrededor, buscaba con el pie bajo la mesa. Por supuesto, eso yo no lo veía. Pero por la expresión turbada de su rostro, me daba cuenta de ello. Se notaba que el radio de su búsqueda crecía.

¿Qué otra cosa podía yo hacer?

Junto a mi silla se encontraba el maletín de Lijachov. Siempre lo llevábamos con nosotros. Ahí cabían hasta dieciséis botellas de vodka Stolíchnaya. Me habían encomendado llevármelo de una vez y para siempre.

Dejé caer el pañuelo. Después, me incliné y metí los botines del alcalde en el maletín. Percibí su solidez, noble aunque algo pesada. No creo que nadie se diera cuenta.

Cerré el maletín y me levanté. Los demás ya estaban de pie. Todos, menos el camarada Sizov. Los escoltas lanzaban miradas interrogantes a su jefe.

Y ahí fue donde el alcalde de la ciudad mostró que era un tío inteligente, capaz de hallar la salida de cualquier situación. Se llevó la mano al pecho.

—No me siento bien —pronunció, en voz baja—. Voy a tenderme un momento...

El alcalde se quitó la chaqueta con rapidez, se aflojó la corbata y se acomodó en el sofá, junto al teléfono. Sus pies, enfundados en calcetines verdes de seda, se separaron con agotamiento. Cruzó las manos sobre el vientre y entrecerró los ojos.

Los escoltas comenzaron a actuar. Uno telefoneó al médico. Otro ordenó: — ¡Desalojad el recinto! ¡Os digo que desalojéis el recinto! ¡Pero rápido! ¡Comenzad el mitin! ¡Os repito, comenzad el mitin!

—¿Puedo ayudar en algo? —intervino el jefe de estación.

—¡Lárgate, viejo de mierda! —fue la respuesta.

—¡Dejadlo todo en la mesa como está! ¡Puede tratarse de una provocación! Espero que se conozca el nombre de todos los presentes.

—Enviaré la lista —respondió, obsequioso, el jefe de estación.

Salimos de la habitación. Yo llevaba el maletín con manos temblorosas. Los trabajadores se amontonaban entre las columnas. Gracias a dios, Lomonósov colgaba en el lugar adecuado.

No suspendieron el mitin. Los invitados de honor, carentes de su líder, ralentizaron el paso al llegar junto a la tribuna. Les ordenaron subir y se acomodaron bajo la plancha de mármol.

—Larguémonos —dijo Lijachov—. ¿Qué hay aquí que no hayamos visto? Conozco una cervecería en la calle Chkálov.

—Sería bueno cerciorarnos de que el monumento no se cae —repuse.

—Si se cae, nos enteraremos en la cervecería —replicó Lijachov.

—Habrá una carcajada... —añadió Tsypin.

Subimos a la superficie. El día era gélido, pero soleado. La ciudad estaba adornada con banderines festivos.

Pero a los dos meses retiraron nuestro Lomonósov. Los científicos de Leningrado escribieron una carta al periódico. Se quejaban de que nuestra escultura humillaba a un gran personaje. La crítica, por supuesto, era contra Chudnovski. Así que a nosotros nos pagaron el dinero estipulado.

—Eso es lo fundamental —dijo Lijachov.

Un buen traje cruzado

Ni siquiera ahora visto bien. Y antes vestía aún peor. En la Unión Soviética vestía tan mal que hasta me lo reprochaban. Recuerdo que el director de la Reserva Natural Pushkin me decía: —Con sus pantalones, camarada Dovlátov, destruye la atmósfera festiva de estos lugares...

En las redacciones donde trabajé, a menudo se molestaban conmigo. Recuerdo las quejas del redactor de un periódico.

—Sencillamente, usted nos compromete. Hemos confiado en usted. Hemos delegado en usted nuestra representación en las exequias del general Filonenko. Y, según me enteré, se presentó allí sin la chaqueta.

—Llevaba una chaqueta.

—Usted vestía una sotana vieja.

—No era una sotana. Era una chaqueta extranjera. Además, es un regalo de Léger. (Y era verdad, heredé esa chaqueta de Ferdinand Léger. Pero esa historia la cuento más adelante.) El redactor frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir «Léger»?

—Léger es un destacado artista francés. Miembro del partido comunista.

—No lo creo —dijo el redactor, y de repente, se cabreó—. ¡Basta! ¡Siempre tiene una excusa! ¡Nunca puede comportarse como los demás! ¡Tenga la bondad de vestirse como corresponde al colaborador de un periódico serio!

—Que la redacción me compre una chaqueta —dijo entonces—. Mejor todavía, un traje. La corbata me la compro yo, de alguna manera.

El redactor pecaba de astuto. Le importaba un bledo cómo vistiera yo. No se trataba de eso. Todo tenía una explicación más sencilla.

Yo era el más corpulento en la redacción. El de mayores dimensiones. Por lo tanto, como me aseguraban los jefes, el que mejor los representaba. O, según expresión de Mints, secretario responsable, era «el más representativo».

Si fallecía algún famoso, siempre me mandaban a mí al entierro, en nombre de la

redacción. No todo el mundo podía llevar el féretro. Y yo me dedicaba a ello con cierta inspiración. No porque me gustaran los entierros. Sino porque odiaba el trabajo del periódico...

—Qué descaro —dijo el redactor.

—Nada de eso, es una demanda legal. Los ferroviarios, por ejemplo, reciben ropa de trabajo. Los vigilantes nocturnos reciben chaquetas enguatadas. Los buzos, escafandras. Que la redacción me compre ropa especial. Un traje para ceremonias fúnebres.

Nuestro redactor era un tío bondadoso. Con su cuantioso salario, se podía permitir el lujo de la bondad. Y aquellos tiempos eran comparativamente liberales.

—Vamos a llegar a una solución de compromiso —me respondió—. Prepare antes de Año Nuevo tres materiales de importancia social. Tres artículos de amplia resonancia sociopolítica. Y entonces, la redacción lo premiará con un traje modesto.

—¿Qué significa modesto? ¿Barato?

—Barato no, negro. Para ocasiones solemnes.

—Vale, no olvidemos esta conversación.

Una semana después, llego a la redacción. Me llama el jefe del departamento de propaganda, Bezúglov. Bajo al piso inferior. Bezúglov habla a la vez por dos teléfonos. Escucho.

—Un bielorruso no sirve. Hay demasiados bielorrusos. Dame un uzbeko, o aunque sea, un estonio... Aunque, espera, creo que ya tenemos un estonio... Pero dudo que haya un moldavo... ¿Qué? Nada de trabajadores, ya nos sobran proletarios... Dame un intelectual, o uno de la esfera de servicios. Lo mejor sería un militar. Digamos, un sargento mayor... ¡En pocas palabras, manos a la obra! —Bezúglov tomó el otro teléfono—: Hola... Necesito un uzbeko con urgencia. No me importa quién sea, como si es un chorizo... Esmérate, chaval, yo no olvido estas cosas...

—¿De qué internacional se trata? —pregunté, después de saludarlo.

—Pronto será el Día de la Constitución —me explicó—. Y decidimos hacer quince artículos. Uno por cada república soviética. Abarcar a los representantes de diferentes pueblos. —Sacó un cigarrillo y prosiguió—. Con los rusos, digamos, no hay problema. Hay suficientes ucranianos. Encontraron a un georgiano en la academia de medicina. A un azerbaiyano en el matadero de carne. Hasta lograron dar con un moldavo, un instructor del comité provincial del Komsomol. Pero con los uzbekos, los kirguises y los turkmenos, no sale nada. ¿De dónde saco yo un uzbeko?

—De Uzbekistán —respondí.

—¡Qué listo eres! ¡Claro que de Uzbekistán! Pero tengo fecha de entrega. Sin hablar de que el capítulo de viáticos está agotado hace tiempo... En pocas palabras, ¿quieres ganar cincuenta rublos?

—Sí.

—Eso creía. Si me encuentras un uzbeko, te daré cincuenta papeles. Lo justificaré por peligrosidad.

—Conozco a un tártaro.

Bezúglov se molestó.

—¿Para qué rayos necesito un tártaro? En mi propia escalera viven tártaros. ¿Y qué me importa? No es una república de la Unión. En pocas palabras, búscame un uzbeko. Ya encargué el *kirguís* y el *turkmeno* a los colaboradores externos. Creo que Sashka Sheveliov tiene de esos. Samóylov busca un kazajo. Pero necesito un uzbeko. ¿Te encargas de eso?

—Está bien, pero te lo advierto: el artículo tendrá importancia social. Con una amplia resonancia sociopolítica.

—¿Has bebido? —preguntó Bezúglov.

—No. ¿Quieres invitarme?

Bezúglov hizo un gesto con la mano.

—De eso nada, imposible. Solo bebo por las noches. Nunca antes de la una de la tarde...

Hace tiempo que conocía a Bezúglov. Era un tío algo especial. Era de Svierdlovsk.

Recuerdo que debía ir en comisión de servicio a los Urales. Y por supuesto, pasaría por Svierdlovsk. Precisamente durante las fiestas de mayo. Lo que significaba que podría haber problemas con las reservas en los hoteles.

Pedí ayuda a Bezúglov.

—¿Puedo pasar la noche en casa de tus padres, en Svierdlovsk?

—¡Por supuesto, naturalmente! —se puso a gritar Bezúglov—. ¡Todo el tiempo que quieras! Estarán encantados. Tienen un piso gigantesco. Papá es miembro correspondiente de la academia, y mamá es artista distinguida. Te invitarán a comer *pelmyeni* caseros... La única condición es que no digas que me conoces. O todo se irá al diablo. ¡Desde los catorce años soy la vergüenza de la familia!

—Está bien —le dije—. Te buscaré un uzbeko.

Puse manos a la obra. Revisé mi libreta de notas. Llamé a treinta conocidos. Finalmente, un amigo trompetista me avisó.

—Tenemos a Baliev, que toca el trombón. Es uzbeko de nacionalidad.

—Magnífico, dame su número de teléfono.

—Anota.

Lo anoté.

—Te va a gustar. Es un tío culto, leído, con sentido del humor. Lleva poco tiempo en la calle.

—¿Cómo que lleva poco tiempo en la calle?

—Cumplió su condena y está en la calle.

—¿Ladrón, o qué?

—¿Y por qué ladrón? —se ofendió mi amigo—. Estuvo en la cárcel por violación.

Colgué inmediatamente.

En ese momento, llamó Bezúgllov.

—Tienes suerte —gritó—, encontraron un uzbeko.

Lo encontró Mischuk. ¿Dónde? En el mercado Kuzniechni. Vendía... eso... paja.

—¿No será *pajlava*?^[5]

—Digamos que *pajlava*, qué importa eso... Y es bueno que venda productos de su parcela. Eso se estimula ahora, sin mucha publicidad. El cultivo de parcelas, los huertos privados y todo eso...

—¿Estás seguro de que la *pajlava* crece en el huerto?

—No sé dónde crece la *pajlava*. Y no quiero saberlo. Pero conozco perfectamente las últimas instrucciones del comité urbano... En resumen, todo está en orden con el uzbeko.

—Qué lástima —le digo—, acabo de tropezarme con una candidatura excelente. Un uzbeko culto, educado. Solista de la orquesta. Hace poco que regresó de una gira.

—Es tarde. Consévalo para el futuro. Mischuk me ha traído ya un artículo. Pero tengo una nueva misión para ti. Se aproxima el Día de la Eficiencia. Debes encontrar un buen manitas ruso, un descendiente del famoso Levshá. De ese mismo, el que le puso herraduras a una pulga inglesa. Y escribe una nota sobre el tema.

—¿Con significación social?

—Que no falte.

—Está bien, lo intentaré...

Había oído hablar de un manitas así. Mi hermano mayor, que trabaja en el noticiero cinematográfico, lo había mencionado.

El anciano vivía en la calle Elizárovskaya, en las afueras de Leningrado, en un chalet. Encontrarlo me resultó más fácil de lo que creía. El primero al que pregunté me señaló su casa.

Se llamaba Evgueni Eduárdovich. Restauraba automóviles antiguos. Buscaba en los basureros carrocerías deformes y oxidadas. Con la ayuda de diversas fuentes, reconstruía el aspecto original de los coches. Después, llevaba a cabo un trabajo titánico. Chapaba, pegaba, niquelaba.

Había reconstruido decenas de modelos antiguos. Entre sus creaciones había Oldsmobiles, Chevrolets, Peugeots y Fords. Multicolores, con el brillo del cuero, el cobre, el cromo, refinados y aparatosos, causaban una profunda impresión.

Además, todos los modelos funcionaban. Vibraban, se movían, zumbaban. Con

un leve balanceo, dejaban atrás a los peatones. Era un espectáculo llamativo, casi circense.

Evgueni Eduárdovich, el dueño de todo aquello, estaba sentado tras el volante. Su viejo abrigo de cuero relucía. Llevaba los ojos cubiertos con gafas de aviador. Su particular imagen quedaba redondeada por un *kepis* enorme.

A propósito, había sido quizá el primer automovilista ruso. Había comenzado a conducir en mil novecientos doce. Durante un tiempo fue el chofer personal de Rodzyanko. Después trabajó para Trotski, Kaganóvich y Andréyev. Había dirigido la primera escuela rusa de automovilismo. Al terminar la guerra, comandaba una compañía de blindados. Había obtenido muchas condecoraciones gubernamentales. Y, por supuesto, había estado en la cárcel. En sus años de vejez se había dedicado a la restauración de automóviles antiguos.

La producción de Evgueni Eduárdovich se exhibía en exposiciones internacionales. Sus modelos se utilizaban en filmaciones de directores de cine nacionales y extranjeros. Mantenía correspondencia en cuatro idiomas con las redacciones de muchas revistas de automovilismo.

Si los coches aparecían en filmaciones, su dueño los acompañaba. Los cineastas prestaban atención a la figura imponente de Evgueni Eduárdovich. Al principio lo utilizaban en escenas de grupo. Después, comenzaron a encargarle pequeños papeles. Hacía de menchevique, de noble, de científico del antiguo régimen. En resumen, se convirtió también en actor de cine...

Permanecí dos días en la calle Elizárovskaya. Mis notas contenían muchos detalles interesantes. Estaba impaciente por comenzar a escribir el artículo.

Regresé a la redacción y averigüé que Bezúglov estaba en comisión de servicio. Él, que me había dicho que los viáticos se habían terminado.

Daba igual... Pasé a ver a Boria Mints, el secretario de redacción del periódico. Le conté mis planes. Le informé sobre los detalles más sobresalientes.

—¿Cómo se llama? —pregunta Mints.

Le mostré la tarjeta de visita de Evgueni Eduárdovich Holiday.

—¿Holiday? ¿Un manitas ruso que se llama Holiday? ¿Un descendiente de Levshá llamado Holiday? ¿Se trata de una broma? ¿Qué sabemos de su origen? ¿De dónde ha sacado semejante apellido?

—¿Crees que Mints es mejor? Y no hablemos del origen...

Es peor —aceptó Mints—, sin duda es peor. Pero Mints es uno más. Sobre él no escriben artículos por el Día de la Eficiencia. Mints no es un héroe. Nadie escribe sobre Mints...

(En aquel momento pensé: ¡no estés tan seguro!) —Personalmente, no tengo nada contra los ingleses añadió.

—Lo único que faltaba...

De repente, sentí náuseas. ¿Qué ocurre? Nada sirve para la prensa. Nada de lo que ocurre alrededor sirve para la prensa. ¡No sé de dónde sacan sus temas los periodistas soviéticos! Todos mis proyectos son imposibles de cumplir. No puedo hablar nada por teléfono. Todos mis conocidos son sospechosos...

—Escribe sobre una madre heroica —me dice el secretario de redacción—. Busca una modesta madre heroica, una bien corriente. Con un apellido corriente. Y escribe doscientas cincuenta líneas. Siempre hay espacio para material de ese tipo. La madre heroica es como un billete de lotería que siempre tiene premio...

¿Qué más podía hacer? Al fin y al cabo, yo era periodista de plantilla. Llamé de nuevo a mis amigos.

—Nuestra portera tiene una horda de hijos —me dijo uno de ellos—. Son unos bandoleros.

—Eso no tiene importancia.

—Ven entonces.

Le pedí la dirección y fui. El nombre de la portera era Lidia Vasílievna Brýkina. ¡Vaya, nada que ver con míster Holiday! Su vivienda causaba una impresión horrorosa. Una mesa que apenas se tenía en pie, los colchones llenos de agujeros, el aire lleno de un olor pesado y asfixiante. Por doquier, niños sucios, andrajosos. El más pequeño gritaba en su cuna de contrachapado. Una sombría adolescente de catorce años dibujaba con el dedo sobre el vidrio de la ventana.

Le expliqué el objetivo de mi visita. Lidia Vasílievna se entusiasmó.

—Escribe, hijo, escribe. Haré un esfuerzo y le contaré a la gente todo lo relativo a mi vida de perros.

—¿Y el estado, no la ayuda? —le pregunté.

—Claro que ayuda. Y cómo ayuda. Nos da cuarenta rublos al mes. Y medallas, y órdenes. Allí, sobre la ventana, tengo una caja llena. Si pudiera cambiarlas por mandarinas, aunque fuera cuatro por una.

—¿Y su marido?

—¿Cuál? Tengo un batallón entero. El último se fue a comprar vino y nunca regresó. De eso hace un año...

¿Qué más podía hacer yo? ¿Qué podía escribir sobre aquella mujer?

Estuve allí sentado unos minutos y me largué. Prometí que volvería.

No tenía a nadie a quien telefonar. Todo me causaba repulsión. Pensé, ¿no será hora ya de volver a pedir la baja? ¿No será mejor trabajar de estibador?

—En el portal de enfrente vive una dama muy culta —me cuenta entonces mi mujer—. Por la mañana pasea con sus niños. Tiene unos diez. Averigua... No recuerdo su apellido... empieza con sha...

—¿Schvartz?

—No. Shapoválova... o Sháposhnikova... En la oficina de viviendas se puede

preguntar su apellido y su teléfono.

Fui a la oficina. Hablé con el encargado, Mijéyev. Era un tipo hospitalario y bonachón.

—Tengo veinte subordinados —se me quejó—, y no puedo mandar a nadie a comprar vino...

Cuando le pregunté por aquella dama, Mijéyev se puso en guardia.

—Pues no sé... Hable personalmente con ella. Se llama Shapórina, Galina Víktorovna. El piso es el número veintitrés. Ahí la tiene, pasea con los pequeños. Pero yo no tengo nada que ver. No es asunto mío...

Salí al parque. Galina Víktorovna resultó ser una mujer distinguida, de buen porte. En el cine soviético, los jueces legos siempre tienen esa imagen.

La saludé y le dije de qué iba todo. La dama se puso en guardia al instante. Comenzó a hablar con el mismo tono que Mijéyev.

—¿De qué se trata? ¿Qué pasa? ¿Por qué me busca precisamente a mí?

Todo aquello empezaba a hartarme. Me guardé el bolígrafo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se asusta? Si no quiere hablar, me voy. No soy ningún gamberro...

—A los gamberros no les tengo miedo —respondió la dama—. Me parece que es usted una persona inteligente. Conocí a su madre y a su padre. Creo que puedo confiar en usted. Le diré lo que pasa. En realidad, no le tengo miedo a los gamberros. Le temo a la milicia.

—¿Y por qué me teme a mí? No soy de la milicia.

—Pero es periodista. Y en mi situación, sería una idiotez llamar la atención. Por supuesto, no soy una madre heroica. Y estos niños no son míos. He organizado algo parecido a una escuela. Les enseño música, francés, les leo versos. En las guarderías estatales los niños enferman, conmigo eso no ocurre. Y cobro solamente lo justo. Pero piense por un momento, ¿qué pasará si la milicia se entera? En realidad, es como una guardería privada...

—Ya me lo imagino.

—Por esa razón, olvídense de que existo.

—Está bien.

Ni siquiera telefoneé a la redacción. Si hace falta decir algo, alegaré que estoy de baja. De todos modos, lo que me pagarán en diciembre será algo simbólico. Unos dieciséis rublos. Ni hablar de traje. Me basta con que no me echen...

De todas maneras, la redacción me dio un traje. Un traje severo, cruzado, si no me equivoco, confeccionado en Alemania Oriental. Y todo ocurrió de la siguiente manera.

Estaba sentado con nuestras mecanógrafas. Mañunya Jlópina, una exuberante pelirroja, me acosaba.

—¡Invítame a un restaurante! ¡Quiero ir a un restaurante y tú no me invitas!

—Pero yo no vivo contigo —intentaba zafarme.

—Tú te lo pierdes. Escucharíamos juntos la radio. ¿Sabes cuál es mi programa favorito? «La hectárea ubérrima». ¿Y el tuyo?

—«¿Hay vida en otros planetas?».

—No lo creo —suspiró Jlópina—. En este ya vivimos como perros.

En ese momento, apareció un desconocido misterioso. Hacía rato que yo había advertido la presencia de aquel hombre.

Vestía un traje elegante y llevaba corbata. Los bigotes se le juntaban con las largas patillas. De la muñeca le colgaba un pequeño bolso de piel.

Adelantándome a los acontecimientos, diré que el desconocido era un espía. Sencillamente, no nos habíamos dado cuenta antes. Pensábamos que era de una de las repúblicas del Báltico. No sé por qué razón, a todos los hombres elegantes los consideraban letones.

El desconocido hablaba ruso con un acento apenas perceptible. Se comportaba con espontaneidad, incluso con cierta agresividad. En dos ocasiones palmeó la espalda del redactor. Convenció al organizador del partido para jugar al ajedrez. Estuvo largo rato revisando los manuales técnicos en la oficina de Mints, el secretario de redacción.

Quisiera hacer aquí una digresión. Estoy seguro de que casi todos los espías se comportan incorrectamente. Se enmascaran, ponen en juego su astucia, se presentan como sencillos ciudadanos soviéticos quién sabe por qué razón. El propio misterio de sus actos despierta suspicacia. Tendrían que comportarse con más sencillez. En primer lugar, vestir lo mejor posible. Eso inspira respeto. Además, no hay por qué ocultar el acento extranjero. Eso inspira simpatía. Y, lo fundamental, actuar con el mayor descaro posible.

Digamos que a un espía le interesa un nuevo misil balístico. Conoce en el teatro a un ingeniero famoso. Lo invita al restaurante.

Sería una idiotez ofrecerle dinero a ese ingeniero. Seguramente tiene todo el que le hace falta. Es absurdo intentar convencerlo ideológicamente. Él conoce todo eso sin necesidad de que nadie le vaya con cuentos. Hay que actuar de manera totalmente diferente: beber, echarle el brazo por encima de los hombros, palmearle la rodilla y decirle: —¿Cómo va la vida, abuelo? Se dice que has inventado algo nuevo. Anótame dos o tres ecuaciones en la servilleta. Para entretenernos un poco...

Y eso es todo. El espía puede considerar que ya tiene el misil en el bolsillo.

El desconocido pasó todo el día en la redacción. La gente se acostumbró a verlo. Aunque entre nosotros nos mirábamos con cierto asombro.

Se llamaba Artur.

Pues Artur entró a la sala de mecanografía.

—Perdón, pensé que era el baño —se excusó.

—Vamos —le dije—, yo también voy para allá.

En el baño, el espía miró asustado la toalla que utilizábamos los de la redacción. Sacó un pañuelo del bolsillo.

Comenzamos a conversar. Decidimos bajar a la cafetería. Desde allí telefoneamos a mi esposa y nos reunimos en el restaurante Kavkazki.

Resultó que a ambos nos gustaban Faulkner, Britten y los pintores de los años treinta. Artur era un tío inteligente, entendido.

—La pintura de Picasso —dijo concretamente— no es más que un drama, pero la obra de Magritte es una comedia catastrófica.

—¿Has vivido en Occidente? —me interesé.

—Por supuesto.

—¿Mucho tiempo?

—Mucho. Cuarenta y tres años. Para ser preciso, hasta el martes pasado.

—Pensé que eras de Letonia.

—Soy sueco. Está al lado. Quiero escribir un libro sobre Rusia.

Nos separamos muy tarde, a la entrada del hotel Evropéiskaya. Acordamos vernos al día siguiente.

Por la mañana, me llamaron a la oficina del redactor. Allí estaba un hombre de unos cincuenta años, a quien no conocía. Era flaco, calvo, con mechones rojizos sobre las orejas. Me pregunté si podría peinarse sin quitarse el sombrero.

El hombre ocupaba el butacón del redactor. El dueño de la oficina se había acomodado en la silla para invitados. Yo me senté en el borde del sofá.

—Le presento al mayor Chilyáev —comenzó el redactor—, representante del Comité de Seguridad del Estado.

Me levanté en señal de respeto. El mayor asintió, sin sonreír. Parecía que las imperfecciones del mundo circundante le causaban angustia.

Observé en el comportamiento del redactor simpatía y malevolencia a la vez. Era como si quisiera decir con su expresión: «¿Qué, te divertiste suficiente? Pues, ahora, sal del lío como puedas. Te lo advertí, idiota...».

El mayor comenzó a hablar. Su voz dura no se correspondía con su aspecto angustiado.

—¿Conoce usted a Artur Tornstrem?

—Sí, nos conocimos ayer.

—¿Le formuló alguna pregunta provocativa?

—Creo que no. En general, no me preguntó nada. No recuerdo nada semejante.

—¿Nada?

—No, creo que nada.

—¿Cómo lo conoció? Exactamente, ¿dónde y cómo se conocieron?

—Yo estaba en la sala de las mecanógrafas. Él entró y preguntó...

—¿Preguntó? Resulta entonces que preguntó. ¿Y qué preguntó, si no es un secreto?

—Preguntó dónde estaba el baño.

El mayor anotó la frase.

—Le aconsejo ser más preciso —añadió.

El resto de la conversación me pareció una sucesión de sinsentidos. A Chilyáev le interesaba todo. Qué bebimos, qué comimos, de qué artistas hablamos. Incluso preguntó si el sueco había ido al baño con frecuencia.

El mayor hacía hincapié en que yo debía recordar todos los detalles. ¿Había abusado el sueco del alcohol? ¿Miraba a las mujeres? ¿Parecía homosexual?

Respondí en detalle, a conciencia. No tenía nada que ocultar.

El mayor hizo una pausa. Se incorporó levemente en el asiento y levantó un poco la voz.

—Contamos con su honestidad. Aunque sabemos que no es usted una persona seria. Los datos que tenemos sobre usted son muy contradictorios. En concreto, vive desordenadamente, bebe, su comportamiento es dudoso...

Tenía ganas de preguntarle cuál era la contradicción. Pero me contuve. Sobre todo porque el mayor puso sobre la mesa un archivador bastante grueso. En la cubierta, escrito con grandes letras, aparecía mi apellido.

Yo no podía apartar la vista de aquel archivador. Me sentía, digamos, como un cerdo en el departamento de carnes de un supermercado.

—Esperamos que sea totalmente sincero con nosotros —proseguía el mayor—. Contamos con su ayuda. Espero que haya comprendido cuán seria es esta misión. Y lo fundamental, nunca olvide que lo sabemos todo. Lo sabemos todo con antelación. Absolutamente todo.

Ahí sentí deseos de preguntar: ¿y lo de Misha Baríshnikov?^[6] ¿Acaso sabían con antelación que Misha se quedaría en los Estados Unidos?

—¿Qué acordó con el sueco? —preguntaba el mayor en ese momento—. ¿Hoy va a reunirse con él?

—Sí, en eso hemos quedado. Nos invitó a mí y a mi esposa al teatro Kírov. Pienso telefonearle, pedirle que me excuse, decirle que estoy enfermo.

—Nada de eso. —El mayor se incorporó en el asiento—. Vaya. Vaya sin falta. Y recuérdelo todo, hasta los menores detalles. Le telefonaremos mañana por la mañana.

¡Era lo único que me faltaba!, pensé.

—No puedo, hay razones objetivas.

—¿Cuáles?

—No tengo traje. Para ir al teatro se necesita ropa adecuada. Allí van extranjeros.

—¿Y por qué no tiene traje? —preguntó el mayor—. ¡Qué idiotez es esa! Usted trabaja en un periódico importante.

—Gano poco —fue mi respuesta.

Entonces, intervino el redactor.

—Quiero contarle un pequeño secreto. Como sabe, se aproximan las fiestas de Año Nuevo. Se ha tomado el acuerdo de distinguir al camarada Dowlátov con un regalo de valor. Dentro de media hora puede pasar por la gerencia. E ir después a los Almacenes Frúnzenski, para elegir allí un traje adecuado, por ciento veinte rublos.

—Mi talla es extragrande —advertí.

—No importa —replicó el redactor—, hablaré con el director de los almacenes.

Así me convertí en dueño de un traje cruzado de importación. Si no me equivoco, confeccionado en Alemania Oriental. Me lo he puesto cinco veces. Una vez, cuando fui al teatro con el sueco. Y otras cuatro, cuando me enviaron a entierros...

Al sueco lo expulsaron de la Unión Soviética una semana después. Era un periodista conservador. Portavoz de los intereses del ala derecha. Estuvo seis años estudiando ruso. Quería escribir un libro. Y lo expulsaron.

Espero que fuera sin mi participación. Lo que le conté al mayor sobre él parecía del todo inofensivo. Además, previne a Artur de que lo vigilaban. Más exactamente, le dije que las paredes tenían oídos...

El sueco no entendió. Es decir, que no tengo nada que ver con eso.

Lo más asombroso es que el famoso disidente Shamkóvich me acusó entonces de colaborar con el KGB.

Cinturón militar de cuero

Lo más terrible para un borracho es despertarse en la cama de un hospital.

—¡Se acabó! ¡Nunca más! —comienzas a balbucear, sin estar del todo despierto —. ¡Nunca en mi vida! ¡Ni una gota más!

Y de repente te descubres en la cabeza una gruesa venda de gasa. Quieres tocarla, pero resulta que tienes la mano derecha enyesada. Junto con el resto del cuerpo.

Todo eso me ocurrió a mí en el verano del año sesenta y tres, al sur de la república Komi^[7].

Un año antes me llamaron al ejército. Me destinaron al servicio de custodia de campos de reclusión. Hice un curso de veinte días en la escuela de celadores, cerca de Sindor...

Antes de eso, me dediqué al boxeo durante dos años. Participé en competiciones en la República. Pero no recuerdo que mi entrenador me dijera una sola vez «Bien, eso es todo. Me doy por satisfecho contigo».

Pero eso fue lo que me dijo el instructor Toróptsev en la escuela de celadores. Después de un curso de tres semanas. Y tomando en consideración que, en el futuro, no me amenazarían boxeadores sino criminales reincidentes...

Intenté mirar a mi alrededor. El sol dibujaba manchas amarillas sobre el linóleo del suelo. La mesita estaba llena de medicamentos. Junto a la puerta había un periódico mural, titulado LENIN Y LA SALUD PÚBLICA.

Olía a humo y, por extraño que parezca, a plantas acuáticas. Me encontraba en la unidad sanitaria.

Me dolía la cabeza vendada. Notaba que tenía una herida profunda sobre la ceja. El brazo izquierdo no lo podía mover.

Mi guerrera estaba doblada sobre el cabecero de la cama. Los cigarrillos debían de estar ahí. En lugar de cenicero, utilicé un bote con una solución que parecía tinta. Tuve que sujetar la caja de cerillas con la boca.

Ahora podía tratar de recordar los hechos del día anterior.

Por la mañana, yo no aparecía en la lista de celadores de guardia. Fui a donde estaba el sargento mayor.

—¿Qué pasa? ¿Acaso me corresponde un día libre?

—Algo así, alégrate... *Unzek*^[8] de la barraca catorce se ha vuelto loco. Ladra, cacarea... Mordió a la tía Shura, la cocinera. En resumen, llévalo a Iosser, al hospital psiquiátrico. Y el resto del día estás libre. Como si fuera una jornada de asueto.

—¿Cuándo debo partir?

—Si quieres, ahora mismo.

—¿Solo?

—Nada de eso. En pareja, según el reglamento. Llévate a Churilin. O a Gayenko.

Encontré a Churilin en el taller de instrumentos. Trajinaba con un soldador. En el banco de trabajo, algo emitía chasquidos y el aire olía a colofonia.

—Estoy soldando una cosa —explicó Churilin—, un trabajo de guarnición. Échale un vistazo.

Vi una chapa de latón con una estrella en relieve. Por dentro, la estrella estaba rellena de estaño. Un cinturón con semejante hebilla se convertía en un arma poderosa.

En aquella época estaba de moda que los miembros de las tropas de seguridad llevaran cinturones de cuero, de los que usan los oficiales. Rellenaban la hebilla con estaño y se iban a los bailes. Si comenzaba una riña, las chapas de latón brillaban sobre las cabezas...

—Nos vamos —le anuncié.

—¿Qué pasa?

—Nos llevamos a un tronado a Iosser. Un *zek* de la barraca catorce, se ha vuelto loco. Entre otras cosas, mordió a la tía Shura.

—Hizo bien —repuso Churilin—. Seguro que quería comer. Esa Shura se lleva la mantequilla estatal a su casa. Yo la he visto.

—Vámonos.

Recibimos las armas y nos dirigimos al puesto de control. Dos minutos después, el controlador sacó a un *zek* panzudo, sin afeitar, que se resistía a moverse.

—¡Quiero una chica guapa, una deportista! ¡Dadme una deportista de categoría! ¡¿Cuánto tiempo tengo que esperar?! —gritaba.

—No menos de seis años —le respondió el controlador, de lo más sereno—. Y eso, si te dan la condicional. Participaste en un delito colectivo.

El *zek* no le hizo el menor caso.

—¡Canallas, dadme una deportista! —siguió gritando.

Churilin lo miró con atención y me dio un codazo.

—Oye, este no está loco. Es un tío normal. Primero quería comer, y ahora quiere

una hembra. Y de categoría... Vaya, tiene buen gusto el tío. Yo tampoco rechazaría una así.

El controlador me entregó los documentos. Salimos al portal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Churilin.

—Dorremifasol —respondió el *zek*.

—Si está usted perturbado de veras, es asunto suyo —le dije—. Y si se lo está inventando, también. No soy médico. Tengo que llevarlo al hospital de Iosser. Lo demás no me interesa. La única condición es no exagerar. Si me muerde, le pego un tiro. Pero puede ladrar y cacarear cuanto le plazca.

Teníamos que andar unos cuatro kilómetros. No había camiones que fueran en nuestra dirección. El capitán Sokolovski se había llevado el coche del jefe del campo. Decían que debía presentarse a unos exámenes en Inta.

En resumen, debíamos ir caminando. El sendero atravesaba un poblado, seguía por las ciénagas de turba, pasaba junto a un bosquecillo de pinos y llegaba hasta un paso a nivel. Y tras el paso a nivel se veían las torres de vigilancia del campo de Iosser.

En el poblado, Churilin se detuvo delante de la bodega. Le di dos rublos. A aquella hora no aparecería patrulla alguna.

Era obvio que el *zek* aprobaba nuestra idea.

—Me llamo Tolik —dijo, de la alegría.

Churilin apareció con una botella de vodka «Moskóvskaya». La guardé en el bolsillo de mis pantalones de uniforme. Para beber, esperaríamos a llegar al bosquecillo.

A cada rato, el *zek* recordaba que estaba loco. Entonces, se ponía a cuatro patas y comenzaba a gruñir.

Le aconsejé que no gastara fuerzas en vano. Que las conservara para el examen médico. Nosotros no lo traicionaríamos.

Churilin extendió un periódico sobre la hierba. Se sacó unas galletas del bolsillo.

Bebimos por turno, a morro. Al principio, el *zek* no se decidía.

—El médico podría percibir el olor. Sería algo poco natural...

—¿Y es natural que ladres y cacarees? —lo interrumpió Churilin—. Masticas unas hojas de acedera y ya está.

—Me habéis convencido —aceptó el *zek*.

El día era cálido y soleado. En el cielo flotaban unas nubes, ligeras y volubles. En el paso a nivel las locomotoras, impacientes, tocaban la sirena. Un enjambre de insectos vibraba sobre la cabeza de Churilin.

El vodka empezó a hacer efecto, y yo pensé, «¡Qué bien se está en libertad! Cuando me desmovilice, pasaré horas caminando por las avenidas. Iré al café de la calle Marat. Me sentaré a fumar en un banco, junto al edificio de la Duma...».

Sé que la libertad es un concepto filosófico. Pero eso no me interesa. A los esclavos no les interesa la filosofía. La libertad consiste en ir a donde quieras.

Mis colegas de borrachera conversaban amistosamente.

—Algo anda mal en mi cabeza —explicaba el *zek*—. Creo que son gases. La verdad, a los que están así deberían ponerlos en libertad. Darles de baja total por enfermedad. A los equipos obsoletos los dan de baja.

—¿Tu cabeza anda mal? —le respondía Churilin—. ¿Y te alcanzó el magín para robar? En tu expediente dice que participaste en un robo colectivo. Por cierto, ¿qué robaste?

—Nada de importancia. —El *zek*, avergonzado, hizo un ademán—. Un tractor.

—¿Un tractor entero?

—Sí.

—¿Y cómo lo robaste?

—Muy fácil. Me lo llevé del almacén de piezas de hormigón. Tuve en cuenta la psicología.

—¿Y eso, cómo fue?

—Entré en el almacén. Me monté en el tractor. Atrás enganché una hormigonera. Y salí, en dirección al puesto de control. La hormigonera hacía un ruido de mil demonios. Apareció un guardia: «¿A dónde llevas esa hormigonera?». Le respondo: «Tengo una necesidad personal». «¿Tienes el permiso?». «No». «Pues desengancha esa mierda ahora mismo...». Desenganché la hormigonera y seguí mi camino. Como ves, la psicología funcionó... Y después desarmamos el tractor, lo convertimos en piezas de recambio...

Churilin, admirado, palmeó la espalda del *zek*.

—¡Eres un artista, padrecito!

—La gente sencilla me respetaba —ratificó el *zek* con humildad.

Churilin se puso de pie repentinamente, y sacó del bolsillo la segunda botella.

—¡Vivan las reservas laborales!

El sol alumbraba ya nuestro claro del bosque. Nos desplazamos a la sombra y nos sentamos sobre un aliso caído.

—¡Adelante! —ordenó Churilin.

Hacía calor. El *zek* se desnudó hasta la cintura. Tenía en el pecho un tatuaje hecho con pólvora: «¡Faina! ¿Recuerdas los días dorados?». Y también una calavera, un cuchillo de comando y un bote con un letrero: VENENO...

Churilin se embriagó de repente. Ni siquiera me di cuenta de cómo ocurrió. De pronto se calló y se puso sombrío.

Yo sabía que el cuartel estaba lleno de neuróticos. El servicio de celadores lleva a ello, es inevitable. Pero Churilin era de los que parecían relativamente cuerdos.

Solo recordaba una locura suya. En una ocasión, llevábamos a los *zeks* a la

explotación maderera. Estábamos junto al fogón, en una caseta de tablones, nos calentábamos y conversábamos. Y, como es natural, bebíamos.

Sin pronunciar una sola palabra, Churilin salió afuera. Encontró un balde en alguna parte. Lo llenó de petróleo. Después, subió al techo y vertió el combustible por la chimenea.

El local se incendió. A duras penas logramos salir. Y tres hombres sufrieron quemaduras.

Pero eso había ocurrido tiempo atrás.

—Tranquilízate —le digo.

En silencio, Churilin sacó la pistola.

—¡De pie! —ordenó—. La brigada, formada por dos personas, pasa a disposición del celador. En caso de necesidad, el celador debe utilizar su arma. Recluso Jolodenko, adelante. Cabo Dovlátov, tras él...

Yo proseguía mis intentos de tranquilizarlo.

—Despierta. Vuelve en ti. Y, lo fundamental, guarda la pistola.

—¿Qué, a este los bichos le comen el coco? —se asombró el *zek*.

Mientras tanto, Churilin le había quitado el seguro a la pistola. Yo seguía avanzando hacia él.

—Has bebido un trago de más, no pasa nada —le repetía.

Churilin comenzó a retroceder. Yo seguía avanzando, sin hacer movimientos bruscos. El miedo me hacía repetir algo sin sentido. Recuerdo incluso que sonreía.

Pero el *zek* no perdió la presencia de ánimo.

—¡Vaya lío! —exclamó, alegre—. ¡Y no hay dónde meterse!

Yo veía el aliso caído detrás de Churilin. No le quedaba mucho por retroceder. Me agaché. Sabía que, al caer, podía disparar. Y así ocurrió: hubo un estruendo, crujieron las ramas secas... La pistola cayó al suelo. La aparté de una patada.

Churilin se puso de pie. Ahora no le temía. Podía tumbarlo desde cualquier posición. Y también estaba el *zek*.

Vi que Churilin se quitaba el cinturón. No me di cuenta de lo que significaba aquello. Pensé que estaba arreglándose la guerrera.

Teóricamente, yo hubiera podido pegarle un tiro, o aunque fuera herirlo. Estábamos cumpliendo una misión. Por así decirlo, en situación de combate. Me habrían absuelto.

En lugar de ello, seguí avanzando hacia él. Desde los tiempos en que practicaba boxeo, pensar demasiado me resultaba doloroso.

El resultado fue que Churilin me dio con la hebilla en la cabeza.

Lo fundamental es que lo recuerdo todo. No perdí el sentido. No sentí el golpe. Vi que la sangre caía sobre mis pantalones. Tanta sangre que traté de recogerla con las manos. Estaba de pie y la sangre seguía manando.

Menos mal que el *zek* no perdió la cabeza. Le arrancó el cinturón a Churilin de las manos. A continuación, me vendó la frente con la manga de su propia camisa.

Al parecer, en ese momento Churilin comenzó a darse cuenta de lo que ocurría. Se llevó las manos a la cabeza y, sollozando, echó a andar por el camino.

Su pistola yacía sobre la hierba. Junto a las botellas vacías.

—Cógela —le dije al *zek*.

Y ahora, imaginaos el cuadro. Delante, sollozando, marcha un celador. Le sigue un *zek* perturbado con una pistola. Y cierra la marcha un cabo, con una venda ensangrentada en la cabeza. Al encuentro viene una patrulla militar. Un todoterreno SAZ-61, con tres tiradores de metralleta y un enorme perro pastor.

Me asombra que no tiroteasen a mi *zek*. Lo normal hubiera sido que lo abatieran con una ráfaga. O le azuzaran al perro.

Al ver el vehículo, perdí el sentido. Los centros que gobiernan la voluntad se negaron a funcionar. Y, finalmente, el calor hizo su parte. Solo tuve tiempo de advertirles que el *zek* no tenía culpa alguna. Y que ellos averiguaran quién era el culpable.

Para más inri, al caer me fracturé el brazo. No, no me lo fracturé, sino que me lesioné. Me detectaron una fisura en el omoplato. Y entonces pensé que aquello era totalmente en vano.

Lo último que recuerdo es el perro. Sentado junto a mí, bostezaba nervioso, abriendo sus fauces color lila...

El altavoz comenzó a funcionar encima de mi cabeza. Salía un zumbido, después unos chasquidos ligeros. Retiré el enchufe, sin esperar los sonidos solemnes del himno.

De pronto, me vino a la cabeza una sensación ya olvidada de la infancia. Yo era un escolar y tenía fiebre. Me habían permitido no asistir a clases.

Esperaba al médico. Se sentaría sobre mi lecho y me examinaría la garganta. Diría: «Vaya, jovencito». Y mamá buscaría una toalla limpia para dársela.

Yo estaba enfermo, era feliz, todos me cuidaban. Y no tenía que lavarme con agua fría.

Me puse a esperar a que apareciera el médico. Pero, en su lugar, llegó Churilin. Miró por el ventanuco y se sentó en el antepecho. Después, se me acercó. Su aspecto era luctuoso e implorante.

Intenté darle una patada en el bajo vientre. Churilin retrocedió levemente y se puso a retorcerse las manos con fingida tristeza.

—¡Seriozha, perdóname! Estaba confuso... Lo lamento... Me arrepiento sinceramente... Estaba bajo los afectos del alcohol...

—Efectos —lo corregí.

—Peor todavía.

Churilin dio un paso hacia mí con cautela.

—Solo quería gastarte una broma... De veras... No tengo nada contra ti...

—Faltaba más.

¿Qué podía decirle? ¿Qué se le puede decir a un celador que se bebe la loción para después del afeitado?

—¿Qué tal nuestro zek? —pregunté.

—Está bien. Enloqueció de nuevo. Se pasó una mañana entera cantando «Ancho es mi país natal». Mañana va a la revisión. Por ahora, está en régimen de aislamiento.

—¿Y tú?

—Yo estoy arrestado, por supuesto. O sea, de hecho estoy aquí, pero en principio, estoy arrestado. El que está de guardia es paisano mío... Tengo que pedirte una cosa.

—Churilin se acercó otro paso y comenzó a hablar precipitadamente—: ¡Seriozha, estoy acabado, metí la pata! ¡El juicio es el jueves!

—¿A quién juzgan?

—A mí. Dicen que te he lesionado gravemente.

—Bien, diré que no tengo quejas contra ti. Que te perdono.

—Ya dije que me perdonabas. Pero dicen que eso no tiene importancia, que se les ha acabado la paciencia.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Tienes educación, inventa algo. Sácate algo de la manga. O esos cabrones me mandarán al tribunal militar. Y eso significa tres años en el batallón disciplinario. El batallón disciplinario es peor que el campo. Ayúdame... —Intentó llorar y le salió una mueca—. Soy el único hijo... Mi hermano está en la cárcel, mi hermana se casó...

—No sé qué se puede hacer en este caso —le dije—. Hay una variante...

—¿Cuál? —se animó Churilin.

—Te preguntaré algo en el juicio: «Churilin, ¿tiene una profesión en la vida civil?». Me responderás: «No». Yo diré: «Entonces, ¿qué va a hacer cuando lo desmovilicen, robar? ¿Dónde están los cursos de choferes y tractoristas que nos prometieron? ¿Es que somos peor que las tropas regulares?». E insistiré en el tema. Por supuesto, la gente comenzará a hacer ruido. Quizá se hagan responsables de ti y te dejen libre bajo caución.

Churilin estaba cada vez más animado. Se sentó en mi cama.

—¡Qué cabeza! —repetía—. ¡Qué cabeza privilegiada! Con semejante cabeza no tendrías ni que trabajar.

—Especialmente cuando te la machacan con una hebilla de latón.

—Eso ya pasó, olvídale. Escríbeme lo que debo decir.

—Ya te lo he contado.

—Ahora escríbelo. O me enredaré. —Churilin me tendió un lápiz. Después,

arrancó un trozo del periódico mural—. Escribe.

Con letra clara escribí: «No».

—¿Qué significa «no»?

—Me has pedido: «Escríbeme lo que debo decir». Por eso he escrito «no». En el juicio te haré una pregunta: «¿Tiene una profesión en la vida civil?». Me responderás: «No». Y entonces hablaré de los cursos de choferes. Y la gente hará ruido.

—Entonces, ¿solo tengo que decir una palabra, «no»?

—Eso creo.

—Es poco —dijo Churilin.

—Es posible que te hagan otras preguntas.

—¿Cuáles?

—No tengo la menor idea.

—¿Y qué debo responder?

—Dependerá de lo que te pregunten.

—¿Y qué me van a preguntar? Más o menos.

—Pues, digamos: «¿Reconoce su culpa, Churilin?».

—¿Y qué debo responder?

—Dirás: «sí».

—¿Y eso es todo?

—Puedes decir: «Sí, claro, la reconozco y estoy profundamente arrepentido».

—Eso ya está mejor. Escribe. Primero, la pregunta, y después mi respuesta. Escribe las preguntas en minúsculas y las respuestas en mayúsculas. Para que no me confunda.

Churilin estuvo allí hasta las once. El enfermero quería echarlo.

—¿Puedo visitar a mi compañero de armas, o no? —se resistía Churilin.

El resultado es que escribimos todo un drama. Previmos decenas de preguntas y respuestas. Además, por insistencia de Churilin, puse acotaciones entre paréntesis: «Fríamente», «pensativo», «confuso».

A continuación, me trajeron la comida: un plato de sopa, pescado frito y gelatina.

—Pero aquí dan de comer mejor que en el calabozo —se asombró Churilin.

—¿Y tú querías que fuera al revés? —le dije.

Tuve que darle la gelatina y el pescado. Después, nos despedimos.

—Mi paisano está de guardia hasta las doce. Después, viene un *jojol*^[9] Tengo que estar en el calabozo. —Se aproximó a la ventana y se volvió—. Casi lo olvido. Vamos a intercambiar los cinturones. Pueden castigarme por esta hebilla.

Tomó mi cinturón de soldado. Y colgó el suyo de la cama.

—Tienes suerte, el mío es de piel natural. Y la hebilla es reforzada. Le pegas a alguien con ella y lo tiras...

—Eso ya lo sé...

Churilin fue de nuevo hacia la ventana. Se volvió otra vez.

—Gracias. Nunca lo olvidaré.

Y se marchó por la ventana. Aunque hubiera podido hacerlo por la puerta.

No me quejo, pudo llevarse mis cigarrillos...

Transcurrieron tres días. El médico me dijo que había tenido suerte. Que solo tenía un rasguño en la frente.

Me dediqué a vagar por el territorio del campamento militar. Pasaba horas en la biblioteca. Me tostaba al sol sobre la azotea del almacén de leña.

En dos ocasiones intenté visitar el calabozo. Una vez estaba de guardia un letón que cumplía su primer año de servicio. Al instante levantó el fusil automático. Yo quería pasar unos cigarrillos, pero él se negó con la cabeza.

Por la noche pasé de nuevo. Esta vez estaba de guardia un instructor al que yo conocía.

—Entra —me dijo—. Si quieres, puedes pasar la noche ahí.

Y sacó el manojito de llaves. La puerta se abrió.

Churilin jugaba a las cartas con otros tres prisioneros. Un cuarto observaba la partida con un bocadillo en la mano. En el suelo había cáscaras de naranja.

—Saludos —dijo Churilin—, no me molestes. Les estoy enseñando lo que vale un peine.

Le di un paquete de Belomor.

—¿Y de beber? —preguntó.

Era de un descaro envidiable.

Permanecí allí un minuto más y me marché.

Por la mañana habían pegado por doquier un aviso urgente: «Reunión pública de la célula del Komsomol del destacamento. Juicio colectivo. Caso de Churilin, Vadim Tijonovich. Asistencia obligatoria».

Por allí pasaba un soldado de reenganche.

—Ya era hora... Se han asilvestrado. Da terror lo que ocurre en el cuartel. El alcohol fluye por debajo de las puertas...

Unas sesenta personas se reunieron en el local del club. El buró de la célula del Komsomol ocupó el escenario. A Churilin lo sentaron a un lado, junto a la bandera. Esperaban la llegada del mayor Afanásiev.

Churilin tenía un aspecto de total felicidad. Quizá fuera la primera vez que estaba en un escenario. Gesticulaba, saludaba a sus conocidos con la mano. Entre ellos, a mí.

El mayor Afanásiev subió al escenario.

—¡Compañeros!

Paulatinamente, el silencio se apoderó del local.

—¡Compañeros combatientes! Hoy vamos a debatir el caso del soldado Churilin. El soldado Churilin, junto con el cabo Dovlátov, fue enviado a cumplir una misión

importante. Por el camino, el soldado Churilin se emborrachó como un cerdo y comenzó a realizar actos irresponsables. Como resultado, resultó herido el cabo Dovlátov, a propósito, otro gilipollas, si me perdonan la expresión. No tienen vergüenza, se pusieron en ridículo delante del zek...

Mientras el mayor explicaba todo aquello, Churilin estaba radiante de satisfacción. Se peinó un par de veces, daba vueltas en el asiento, tocaba la bandera. Obviamente, se sentía un héroe.

—Solo en este trimestre —proseguía el mayor—, Churilin ha pasado veintiséis días en el calabozo. No hablo de borracheras, para Churilin eso es como la nieve en invierno. Hablo de delitos más serios, como riñas. Es como si considerara que el comunismo, para él, ya se ha construido. Si no le gusta un rostro, ¡puñetazo en la jeta! ¿Y qué pasaría si todos comenzamos a darle gusto a los puños? ¿Creen que no tengo ganas de romperle la jeta a alguien? En resumen, la paciencia se ha agotado. Debemos decidir si Churilin permanece aquí con nosotros o si su expediente pasa a un tribunal militar. ¡Es un asunto serio, compañeros! ¡Comencemos!... Churilin, cuente cómo ocurrió todo eso.

Todos miraron a Churilin. En sus manos apareció un papelito arrugado. Le daba vueltas, lo examinaba y susurraba algo en silencio.

—Explíquese —repitió el mayor Afanásiev.

Churilin, desconcertado, me miró. Era obvio que no habíamos previsto algunas cosas. En el guión faltaba algo.

—¡No se haga esperar! —el mayor levantó la voz.

—No tengo prisa —dijo Churilin.

Se ensombreció. Su rostro se volvió maligno y lúgubre. Pero en la voz del mayor crecía la indignación. Tuve que levantar la mano.

—Yo puedo contarle todo.

—¡Cállese! —ordenó el mayor—. Usted también es buena pieza.

—Ajá —dijo Churilin—, esto... Quiero... esto... ingresar en los cursos de tractoristas.

El mayor se volvió hacia él.

—¡De qué cursos hablas, hijo de perra! Te emborrachas, lesionas a un amigo, y ahora sueñas con un curso. ¿Y no querrá el señor ingresar en la universidad? ¿O en el conservatorio?

Churilin volvió a echar un vistazo al papelito.

—¿Es que somos peores que el ejército regular? —pronunció en tono lúgubre.

La rabia asfixiaba al mayor.

—¿Cuánto más vamos a soportar esto? Uno trata de ayudarlo y él insiste en lo suyo. Le dicen «explíquese», y no quiere...

—No hay nada que explicar —saltó Churilin—, ni que fuera la *Saga de los*

Forsyte... ¡Explíquese, explíquese! ¡No hay que explicar nada! No me sigas jodiendo, guarro hijoputa. A ti también te puedo dar para el pelo...

El mayor se llevó la mano a la pistola. En sus mejillas aparecieron manchas rojas. Respiraba con dificultad. Pero logró contenerse.

—Todo está claro. ¡Ha terminado la reunión!

A Churilin le cayó un año de batallón disciplinario. Yo me desmovilicé un mes antes de que lo liberaran. Tampoco volví a ver al *zek* loco. Todo aquel mundo desapareció de mi horizonte.

Lo único que permanece entero es el cinturón.

La chaqueta de Ferdinand Léger

Este capítulo es un cuento sobre el príncipe y el mendigo.

En marzo del cuarenta y uno nació Andriusha Cherkásov. Yo nací en setiembre del mismo año.

Andriusha era hijo de un hombre excelso. Mi padre sobresalía únicamente por su delgadez.

Nicolái Konstantínovich Cherkásov era un magnífico artista, diputado del Soviet Supremo. Mi padre era un humilde trabajador del teatro, hijo de un nacionalista burgués.

El talento de Cherkásov cautivó a Peter Brook, Fellini y De Sica. El talento de mi padre lo ponían en duda hasta sus propios padres.

A Cherkásov todo el país lo conocía como artista, diputado y luchador por la paz. A mi padre solo lo conocían los vecinos como un bebedor y neurótico.

Cherkásov tenía una dacha, un coche, un piso y la gloria. Mi padre solo tenía asma.

Sus esposas eran amigas. Creo que hasta habían cursado estudios juntas en el instituto de teatro.

Mi madre fue actriz de reparto, después trabajó como correctora y finalmente, se jubiló. Nina Cherkásova también era actriz de reparto. Tras la muerte de su marido, la despidieron del teatro.

Por supuesto, los Cherkásov tenían amigos en las más altas esferas sociales: Shostakóvich, Mravinski, Eisenstein... Mis padres pertenecían al círculo de amistades de los Cherkásov.

Siempre percibimos el afecto y la protección de esta familia. Cherkásov daba cartas de recomendación a mi padre. Su esposa le regalaba vestidos y zapatos a mi madre.

Mis padres discutían con frecuencia. Después se divorciaron. Y el divorcio fue casi el único acto pacífico de su vida en pareja. Una de las escasas ocasiones en las

que actuaron unánimemente.

Cherkásov nos ayudaba a mí y a mi madre de manera palpable. Por ejemplo, gracias a él conservamos nuestra vivienda.

Andriusha fue mi primer amigo. Nos conocimos durante la evacuación. Para ser más exactos, no nos conocimos, sino que yacíamos en cochecitos infantiles contiguos. El cochecito de Andriusha era de producción extranjera. El mío, de producción nacional.

Creo que nos alimentábamos igual de mal. Era la guerra.

Después, la guerra terminó. Nuestras familias volvieron a Leningrado. Los Cherkásov vivían en un edificio del gobierno, en la calle Kronwerk. Nosotros, en un piso comunal, en la calle Rubinstein.

Andriusha y yo nos veíamos con bastante frecuencia. Íbamos juntos al pase de lista matinal. Festejábamos todos los cumpleaños.

Mi madre y yo íbamos en tranvía a la calle Kronwerk. Andriusha venía a mi casa en un Bugatti confiscado a los alemanes, con chofer.

Andriusha y yo teníamos la misma estatura. Más o menos, la misma edad. Ambos crecimos saludables, enérgicos.

Según recuerdo, Andriusha era más audaz, más vehemente, más brusco. Yo tenía un poco más de fuerza física y, al parecer, era algo más razonable.

Todos los veranos los pasábamos en la dacha. Los Cherkásov tenían una dacha rodeada de pinos en el istmo de Carelia. Desde las ventanas se veía el golfo de Finlandia, sobre el cual volaban las gaviotas.

A Andriusha lo atendía la trabajadora doméstica de turno. Cambiaban con frecuencia. Por lo general las echaban por robar. La verdad, lo que hacían las pobres mujeres era comprensible.

Nina Cherkásova dejaba artículos extranjeros tirados por todas partes. Sus estanterías estaban llenas de perfumes y cosméticos. Eso fascinaba a las domésticas jóvenes. Cuando detectaba que algo más había desaparecido, Nina Cherkásova fruncía el ceño.

—Vaya, Liuba se divierte...

Al otro día, Zinulya sustituía a Liuba.

Yo tenía una tata llamada Luisa Guénrijovna. Por ser alemana, estaba amenazada con el internamiento. Luisa Guénrijovna se escondía en nuestra casa. O sea, simplemente vivía con nosotros. Y, de paso, se ocupaba de mi educación. Creo que no le pagábamos nada.

En una ocasión, viví en la dacha de los Cherkásov con Luisa Guénrijovna. Y lo que pasó fue lo siguiente: Luisa Guénrijovna tenía tromboflebitis. Y una lechera a la que conocíamos le recomendó frotarse la pierna con excrementos. Vaya, como remedio popular.

Por desgracia para todos los presentes, aquello funcionó. Luisa Guénrijovna, hasta el día de su arresto, difundió un hedor irresistible. Por supuesto, nosotros lo aguantábamos, pero los Cherkásov resultaron ser personas mucho más refinadas. A mi madre se le dijo que la presencia de Luisa Guénrijovna era indeseable.

Después de esto, mamá alquiló una habitación. En esa misma calle, en una de las casas de los campesinos. Allí, con la niñera, pasamos varios veranos. Hasta su arresto.

Por la mañana, yo iba en busca de Andriusha. Corríamos por la parcela, comíamos arándanos, jugábamos al tenis de mesa y cazábamos grillos. Los días cálidos íbamos a la playa. Si llovía, jugábamos con plastilina en la terraza.

A veces venían los padres de Andriusha. La madre, casi todos los domingos. El padre, unas cuatro veces por verano, para dormir hasta hartarse.

Los Cherkásov me trataban bien. Pero las domésticas, no tanto. Yo era una carga adicional. Además, sin paga complementaria.

Por eso, a Andriusha le permitían hacer travesuras, pero a mí no. Más exactamente, las travesuras de Andriusha se consideraban naturales, pero las mías no tanto. Me decían: «Tú eres más inteligente. Debes ser un ejemplo para Andriusha...». De esa manera, durante el verano me convertía en un pequeño preceptor.

Yo percibía la desigualdad. Aunque a Andriusha lo regañaban más. Lo castigaban con más dureza. Y siempre me ponían como ejemplo ante él.

De todos modos, la ofensa no me pasaba desapercibida. Andriusha era el principal. La servidumbre lo temía como amo. Y yo era lo que se dice «gente sencilla». Y aunque la doméstica era aún más «sencilla» que yo, era obvio que no le caía simpático.

En teoría todo debería haber sido de otra manera. La doméstica debería haberme querido a mí. Querermé como a alguien socialmente cercano. Simpatizar conmigo por ser de los suyos. En la vida real, los sirvientes aman a sus odiosos amos mucho más de lo que parece. Y, por supuesto, más que a sí mismos.

Nina Cherkásova era una mujer preparada, inteligente, bien educada. Por supuesto, ella no permitiría que se humillara al hijo pequeño de su amiga. Si Andriusha tomaba una manzana, a mí me tocaba otra igual. Si Andriusha iba al cine, nos compraban entradas a ambos.

Tal como lo entiendo ahora, Nina Cherkásova tenía todas las virtudes y defectos de los ricos. Era valiente, decidida, consecuente. Pero también fría, quisquillosa y aristocráticamente ingenua. Por ejemplo, consideraba que el dinero era una pesada carga.

—¡Qué feliz eres, Nora! —le decía a mamá—. Le das un caramelo a tu Seriozha y está satisfecho. Pero mi tontuelo solo quiere chocolate...

Por supuesto, a mí también me gustaba el chocolate. Pero hacía como si prefiriera

los caramelos.

No lamento haber vivido en la pobreza. Si confiamos en lo que dice Hemingway, la pobreza es una escuela insustituible para el escritor. La pobreza hace perspicaz al hombre. Y cosas así.

Es curioso que Hemingway se diera cuenta de esto solo cuando se hizo rico...

A los siete años le aseguraba a mi madre que odiaba la fruta. A los nueve, me negaba a probarme zapatos nuevos en la tienda. A los once, comencé a amar la lectura. A los dieciséis, aprendí a ganar dinero trabajando.

Andrei Cherkásov y yo mantuvimos relaciones estrechas hasta los dieciséis años. Él se graduó en la escuela inglesa. Yo, en una corriente. Él amaba las matemáticas. Yo prefería ciencias menos exactas. Y, a propósito, los dos éramos grandes holgazanes.

Nos veíamos con frecuencia. La escuela inglesa estaba a cinco minutos de nuestra casa. A veces Andriusha pasaba a vernos después de clase. Y en ocasiones, yo iba a su casa a ver la televisión en color. Andrei era infantil, disperso, muy bonachón. Y ya en aquel entonces yo era maligno y siempre estaba atento a las debilidades humanas.

Durante los años escolares cada uno hizo amigos. Pero no compartidos. Entre los míos predominaban jóvenes de carácter antisocial. Andrei gravitaba hacia amigos de buenas familias.

Eso significa que la doctrina marxista-leninista encierra algo. Seguramente, dentro del hombre hay instintos sociales. Durante toda mi vida consciente sentí atracción por los decadentes: los pobres, los gamberros, los poetas novatos. En mil ocasiones hice amigos normales, pero nunca funcionó. Solo me sentía seguro en compañía de canallas, salvajes y esquizofrénicos.

—No te ofendas —me decían mis conocidos normales—. Difundes a tu alrededor una inquietud horrible. A tu lado uno se contagia de todos los complejos posibles...

Yo no me ofendía. Desde los doce años percibí esa atracción irresistible hacia los canallas. Y no me sorprende que siete de mis conocidos de la escuela fueran a parar a colonias penitenciarias.

Al pelirrojo Boris Ivanov lo condenaron por robar chapas metálicas. El levantador de pesas Kononenko mató a su concubina. Misha Jamráyev, hijo del conserje escolar, asaltó el vagón restaurante de un tren. Letyago, que se dedicaba a confeccionar maquetas de aviones, violó a una sordomuda. Alik Brykin, que me enseñó a fumar, cometió un grave delito militar, le propinó una paliza a un oficial. Yura Golynchik, apodado Tragón, hirió a un caballo de la milicia. Y hasta el delegado de la clase, Vilya Rivkóvich, se las arregló para que lo condenaran a un año por venta ilegal de medicamentos.

Mis amigos causaban alarma e inquietud a Andriusha Cherkásov. Cada uno de ellos se sentía amenazado por algo. Y la única manera de reafirmarse que conocían

era la confrontación.

A mí, sus amigos me causaban una sensación de inseguridad y angustia. Todos eran honestos, razonables y benevolentes. Todos preferían el compromiso al enfrentamiento.

Los dos nos casamos relativamente temprano. Yo, por supuesto, con una chica pobre. Andrei se casó con Dasha, la nieta del famoso químico Ipatiev, y de esa manera multiplicó el bienestar familiar.

Recuerdo haber leído algo sobre la atracción mutua de las antípodas. En mi opinión, hay algo dudoso en esa teoría. O, al menos, discutible. Por ejemplo, Dasha y Andrei se parecían. Eran altos, atractivos, afectuosos y prácticos. Lo que más apreciaban ambos eran la tranquilidad y el orden. Ambos vivían sin problemas, placenteramente.

Lena y yo nos parecíamos. Ambos éramos unos fracasados crónicos. Ambos nos apartábamos de la realidad. Hasta en Occidente nos las arreglamos para vivir fuera de las reglas establecidas...

Una vez, Andriusha y Dasha nos invitaron a su casa. Llegamos a la calle Kronwerk. A la entrada hay un agente de la milicia, con un teléfono.

—¡Andrei Nikoláyevich, tiene visitas! —Y cambiando enseguida la expresión del rostro por una más severa, nos ordena—: Pasad...

Tomamos el ascensor. Tocamos el timbre.

—Perdonad, hay una enfermera en casa —nos susurró Dasha en el vestíbulo.

Al principio no entendí nada. Pensé que alguno de los mayores estaba enfermo. Incluso creí que era mejor que nos marcháramos.

—Guena Lavréntyev ha traído a una enfermera —nos explicaron—. Es un horror. Qué tía, lleva un abrigo de vellón artificial, soviético. Ha preguntado cuatro veces si vamos a bailar. Acaba de beberse una botella entera de cerveza fría... Os pido por dios que no os ofendáis...

—No pasa nada —respondí—, estamos acostumbrados...

En aquella época yo trabajaba en el periódico de la fábrica. Mi mujer era peluquera de señoras. Casi no había nada que pudiera asustarnos.

Después, pude observar a la enfermera. Tenía bellas manos, tobillos delgados, ojos verdes y la frente brillante. Me gustó. Comió mucho, y bailaba de manera casi imperceptible hasta sentada a la mesa.

Su acompañante, Lavréntyev, tenía peor aspecto. De abundantes cabellos, los rasgos de su rostro eran menudos: una combinación asquerosa. Además, me aburrí enseguida. Estuvo demasiado tiempo contando su viaje a Rumania. Creo que le dije que odiaba Rumania.

Pasaron los años. Con el tiempo, los encuentros entre Andrei y yo se fueron espaciando. Cada año más.

No nos habíamos peleado. No nos habíamos desencantado mutuamente. Sencillamente, nuestros caminos se separaron.

Por esta época, yo comenzaba a escribir. Andrei terminaba su tesis de candidato a doctor.

Él estaba rodeado de físicos alegres, inteligentes y bonachones. En torno a mí había poetas orates, sucios y con pretensiones. Los conocidos de Andrei bebían de vez en cuando coñac con cava. Los míos consumían sistemáticamente vino dulce rosado. Sus amigos se reunían para declamar obras de Gumiliov y Brodski. Los míos leían exclusivamente sus propias obras.

Al poco tiempo falleció Nikolái Konstantínovich Cherkásov. Tuvo lugar un mitin luctuoso ante el teatro Pushkin. Había tanta gente que el tráfico se detuvo: Cherkásov era un Artista del Pueblo. Y no se trataba solo del título. Lo amaban científicos y labradores, generales y delincuentes. Disfrutaba de la misma gloria que tuvieron Yesenin, Zóschenko y Vysotski.

Un año después, Nina Cherkásova fue despedida del teatro. Después, le quitaron los premios de su marido. La hicieron entregar las condecoraciones extranjeras recibidas por Cherkásov en Europa. Entre ellas había algunos objetos valiosos, de oro. Los jefes obligaron a la viuda a donarlos al museo del teatro.

Por supuesto, la viuda no pasaba estrecheces. Tenía dacha, piso, coche. Además, contaba con ahorros. Dasha y Andrei trabajaban.

Mamá la visitaba de cuando en cuando. Pasaba horas hablando con ella por teléfono. La viuda se quejaba del hijo. Decía que era egoísta y poco atento.

—Al menos, el tuyo no bebe —suspiraba mi madre.

En pocas palabras, nuestras madres se transformaron en ancianas igualmente tristes y conmovedoras. Y nosotros, en hijos igualmente indiferentes y poco atentos. Aunque Andriusha era un físico prometedor y yo seguía siendo un poeta disidente.

Nuestras madres comenzaron a parecerse. Pero no del todo. La mía apenas salía de casa. Nina Cherkásova asistía a todos los estrenos. Además, se disponía a viajar a París.

Antes también había salido al extranjero. Y ahora quería visitar a sus viejos amigos.

Pasaba algo raro. Antes, mientras vivía Cherkásov, en la casa había visitas todos los días. Se trataba de personas famosas, de talento: Mravinski, Raykin, Shostakóvich. Todos parecían ser amigos de la familia. Tras la muerte de Nikolái Konstantínovich, quedó claro que se trataba de sus amigos personales.

En general, las celebridades soviéticas desaparecieron. Quedaban los extranjeros: Sartre, Ives Montand, la viuda del artista Léger. Y Nina Cherkásova decidió visitar Francia otra vez.

Nos encontramos por casualidad una semana antes de su partida. Yo estaba en la

biblioteca de la Casa del Periodista, redactando las memorias de un explorador de la tundra. Nueve de los catorce capítulos de estas memorias comenzaban de la misma manera: «Si hablamos honestamente, dejando a un lado la falsa modestia...». Además, tenía la obligación de verificar las citas de Lenin.

Y de repente, hizo su entrada Nina Cherkásova. No sabía que íbamos a la misma biblioteca.

Había envejecido. Vestía como siempre, con un lujo imperceptible, meditado.

Intercambiamos saludos.

—¿Es verdad que eres escritor? —preguntó.

Me quedé desconcertado. No estaba preparado para una pregunta semejante. Habría sido mejor que me preguntara: «¿Eres un genio?». Entonces, le hubiera respondido con tranquilidad, afirmativamente. Todos mis amigos se consumían bajo el peso de la genialidad. Todos se consideraban genios. Pero considerarme escritor me resultaba más difícil.

—Escribo un poco, como diversión —respondí.

En la sala de lectura había otras dos personas. Ambas nos miraron. No porque reconocieran a la viuda de Cherkásov. Más bien porque percibían el aroma del perfume francés.

—Sabes, hace tiempo que quiero escribir sobre Nikolái —me dijo—. Algo así como unas memorias.

—Escríbalas.

—Me temo que carezco de talento. Aunque a todos mis conocidos les gustaban mis cartas.

—Pues escriba una carta larga.

—Lo más difícil es el comienzo. En realidad, ¿cómo comenzó todo esto? ¿Quizá el día en que nos conocimos? ¿O mucho antes?

—Empiece así mismo.

—¿Cómo?

—«Lo más difícil es el comienzo. En realidad, ¿cómo comenzó todo esto?...».

—Nicolái fue mi vida entera. Era mi amigo. Mi maestro... ¿Crees que es un pecado amar al marido más que al hijo?

—No lo sé. Creo que el amor carece de dimensiones. Existe o no existe.

—Te has vuelto más sabio —replicó ella.

Después, estuvimos conversando de literatura. Yo hubiera podido, sin hacer preguntas, adivinar sus preferencias: Proust, Galsworthy, Feuchwangler... Resultó que le gustaban Pasternak y Tsvetáyeva.

Entonces, dije que Pasternak carecía de buen gusto, y que la Tsvetáyeva, a pesar de su genialidad, había sido una idiota patológica...

Después, pasamos a la pintura. Yo estaba seguro de que ella adoraba a los

impresionistas. Y no me equivoqué.

Entonces dije que los impresionistas preferían el instante a lo eterno. Que únicamente en el caso de Monet, las tendencias genéricas predominaban sobre las paisajísticas...

La Cherkásova suspiró con tristeza.

—Me había parecido que eras ahora más sabio.

Estuvimos conversando más de una hora. Después, ella se despidió y se marchó. Yo había perdido las ganas de seguir redactando las memorias de un explorador de la tundra. Pensaba en la miseria y la riqueza. En el alma humana, tan lastimera y vulnerable...

Fui celador durante un tiempo. Entre los reclusos a veces había altos funcionarios de la nomenclatura. Los primeros días mantenían sus maneras de dirigentes. Después se disolvían orgánicamente en la masa de condenados.

Una vez vi un documental sobre París. Los hechos acontecían en la Francia ocupada. Por las calles marchaban multitudes de refugiados. Me convencí de que los países esclavizados tienen el mismo aspecto. Todos los pueblos esquilados son gemelos...

Basta un instante para que el hombre pierda la envoltura de tranquilidad y riqueza. Al momento se desnuda su alma huérfana, atormentada...

Transcurrieron tres semanas. Sonó el timbre del teléfono. Cherkásova había vuelto de París. Anunció que pasaría por casa.

Compramos *jalvá*^[10] y galletitas.

Se la veía rejuvenecida y algo misteriosa. Las celebridades francesas resultaron ser mucho más nobles que las nuestras. La recibieron bien.

—¿Qué tal visten en París? —preguntó mamá.

—Como consideran necesario —respondió Nina Cherkásova.

A continuación, habló de Sartre y de sus impensables ocurrencias. De los ensayos en el teatro «Soleil». De los problemas familiares de Ives Montand.

Nos había traído regalos. Para mamá, un elegante bolso para ir al teatro. Para Lena, un estuche de cosméticos. A mí me tocó una vieja chaqueta de pana.

Sinceramente, me sentí algo confuso. Era obvio que la chaqueta necesitaba una limpieza y unos remiendos. Los codos brillaban. Faltaban botones. En el cuello y en una manga descubrí restos de pintura al óleo.

Incluso pensé que hubiera sido mejor que me trajera una pluma estilográfica.

—Gracias. No tenía por qué molestarse —fue lo que dije en voz alta.

Por supuesto, no podía preguntarle a gritos dónde había comprado aquel trapo viejo.

La chaqueta era realmente vieja. Si te creías lo que decían los carteles soviéticos, los desempleados norteamericanos llevaban chaquetas semejantes.

Cherkásova me miró con una expresión extraña.

—Es la chaqueta de Ferdinand Léger —me dijo—. Era más o menos de tu compleción.

—¿Léger? ¿Del famoso Léger? —pregunté, asombrado.

—Hubo una época en que fuimos muy amigos. Después, seguí siendo amiga de su viuda. Le hablé de ti. Nadia se metió en el armario, sacó esta chaqueta y me la dio. Dice que Ferdinand, al morir, le dijo que fuera amiga de todo tipo de gentuza.

Me puse la chaqueta. Me quedaba bien. La podía llevar por encima de un jersey grueso. Era como un abrigo corto de otoño.

Nina Cherkásova estuvo en casa hasta las once. Después pidió un taxi.

Estuve largo rato examinando las manchas de pintura al óleo. Ahora lamentaba que fueran tan pocas. Solo había dos, en el cuello y en una manga.

Traté de recordar lo que sabía sobre Ferdinand Léger.

Era un hombre alto y fuerte, un normando de origen campesino. En el año quince marchó al frente. Allí, en ocasiones tuvo que cortar el pan con la bayoneta manchada de sangre. Sus dibujos del frente están llenos de horror.

Posteriormente, al igual que Mayakovski, luchó con el arte. Pero Mayakovski se pegó un tiro, y Léger resistió y venció.

Soñaba dibujar en las paredes de edificios y vagones. Medio siglo después, las pandillas de Nueva York realizaron su sueño.

Le parecía que la línea era más importante que el color. Que el arte, desde Shakespeare hasta Edith Piaf, vive de los contrastes.

Sus palabras preferidas: «Renoir pintaba lo que veía. Yo pinto lo que he entendido...».

Léger murió siendo comunista, después de creer para siempre en la mayor charlatanería sin precedentes del mundo. No se excluye que, como muchos pintores, fuera tonto.

Llevé la chaqueta unos ocho años. La vestía en ocasiones particularmente solemnes. Aunque, durante ese tiempo, la pana se gastó tanto que las manchas de pintura desaparecieron.

Pocos sabían que aquella chaqueta había pertenecido a Ferdinand Léger. Se lo conté a muy pocas personas. Me gustaba conservar aquel misterio lastimoso.

Pasó el tiempo. Vinimos a los Estados Unidos. Nina Cherkásova falleció, dejándole a mi madre mil quinientos rublos. En la Unión Soviética era mucho dinero.

Resultaba bastante complicado cobrarlos en Nueva York. Hubiera requerido gestiones y esfuerzos increíbles.

Decidimos actuar de otra manera. Otorgamos un poder a mi hermano mayor. Pero aquello también resultó difícil y trabajoso. Estuve dos meses ocupado con los papeles. Uno de ellos lo firmó personalmente el señor Schulz.

En agosto, mi hermano me dijo que había recibido el dinero. No expresó su agradecimiento. Quizá el dinero no lo valga.

A veces mi hermano me telefona por la mañana temprano. O sea, de madrugada según la hora de Leningrado. En esos casos, su voz es sospechosamente ronca. Además, se escuchan gritos femeninos: —¡Háblale de los cosméticos!

O, si no:

—Explícale a ese idiota que lo mejor son los abrigos sintéticos, imitación de nutria...

Pero, en lugar de eso, mi hermano pregunta otras cosas.

—¿Cómo andan las cosas en los Estados Unidos? ¿Es verdad que ahí venden vodka las veinticuatro horas?

—Lo dudo, pero los bares están abiertos.

—¿Y la cerveza?

—En las tiendas que abren de noche hay toda la cerveza que quieras.

Se hace una pausa respetuosa.

—¡Geniales los capitalistas, conocen el negocio! —dice después.

—¿Y tú, cómo andas? —pregunto.

—Empieza con jota —responde—, digo, con ge: genial.

Otra vez nos hemos apartado del camino. Andrei Cherkásov también anda muy bien. En invierno será doctor en ciencias físicas. O físicomatemáticas... ¿Qué diferencia hay?

Camisa de popelín

—Esto es una locura —dice mi esposa—. ¡Vivir con un hombre que no sale de casa únicamente porque le da pereza!

Mi esposa siempre exagera. Aunque, en realidad, siempre intento eludir preocupaciones innecesarias. Como cualquier cosa. Me corto el cabello cuando pierdo el aspecto humano. Y me lo corto al cero, para no tener que volver a hacerlo en tres meses.

En resumen, no me gusta salir de casa. Quiero que me dejen en paz...

De pequeño tenía a Luisa Guénrijovna, mi niñera. Lo hacía todo sin prestar atención, porque temía que la arrestaran. En una ocasión me puso unos pantalones cortos. Y me metió las dos piernas por la misma pernera. Me pasé todo el día así.

Tenía cuatro años y recuerdo bien aquello. Sabía que me habían vestido incorrectamente. Pero callaba. No quería volverme a vestir. Y ahora tampoco.

Recuerdo muchísimas historias semejantes. En mi infancia estaba dispuesto a soportar cualquier cosa para evitar preocupaciones innecesarias.

En cierta época bebía mucho. Y por consiguiente, andaba por cualquier parte. Por esa razón, muchos pensaban que yo era un tipo sociable. Aunque tan pronto estaba sobrio, mi sociabilidad desaparecía.

A pesar de esto, no puedo vivir solo. Nunca recuerdo dónde está la factura de la electricidad. No sé lavar ni planchar. Y, sobre todo, gano poco.

Prefiero estar solo, pero junto a alguien.

Mi esposa siempre exagera.

—Sé por qué vives todavía conmigo. ¿Te lo digo?

—¿Por qué?

—¡Pues porque te da pereza comprar un catre!

—¿Y tú? —hubiera podido contestarle—. ¿Por qué no compras tú misma un catre? ¿Por qué no me abandonaste en los tiempos difíciles? Tú, que sabes remendar, lavar, soportar a gente desconocida y, sobre todo, ganar dinero.

Nos conocimos hace veinte años. Aún recuerdo que fue un domingo. El dieciocho de febrero. Día de las elecciones.

Los agitadores recorrían las casas. Convencían a los inquilinos de que votaran lo más temprano posible. Yo no tenía prisa. En tres ocasiones no había ido a votar. Y no era por mostrarme disidente. Más bien, odiaba los actos sin sentido.

Sonó el timbre. En la puerta había una mujer joven, que llevaba una chaqueta de otoño. Su aspecto era el de una maestra de escuela, o sea, una solterona. En realidad no llevaba gafas, pero sí un cuaderno con tapas de hule en la mano.

Miró el cuaderno y leyó mi apellido.

—Entre a calentarse un poco —le dije—. Tome una taza de té.

Me incomodaban las piernas, que se me veían por debajo de la bata. En nuestra familia las piernas son la parte menos expresiva del cuerpo. Y la bata estaba manchada.

—Yelena Borísovna —se presentó la chica—. Su agitadora... Todavía no han ido a votar.

No era una pregunta, sino un reproche contenido.

—¿Quiere té? —repetí. Y en aras de la decencia, añadí—: Mi madre está en casa.

Mamá estaba acostada, le dolía la cabeza. Pero eso no le impidió gritar en voz alta: —¡No se os ocurra comeros mi *jalvá!*

—Queda mucho tiempo para ir a votar —dije.

Y entonces, Yelena Borísovna pronunció un discurso totalmente inesperado.

—Sé que estas elecciones son una herejía total. ¿Pero, qué puedo hacer? Debo llevarlos al punto de votación. O no podré irme a casa.

—Entendido. Pero tenga más cuidado. No la van a felicitar por decir semejante cosa.

—En usted se puede confiar. Me di cuenta de eso enseguida. Tan pronto vi el retrato de Solzhenitsyn.

—Es Dostoyevski. Pero también respeto a Solzhenitsyn.

A continuación, desayunamos humildemente. Mamá nos dio un pedazo de *jalvá*.

De manera natural, la conversación derivó hacia la literatura. Si Lena mencionaba el nombre de Gladilin, yo preguntaba si se trataba de Tolia Gladilin. Si hablaba de Shukshín, yo precisaba: Vasia Shukshín. Cuando comenzamos a hablar de Ajmadúlina, exclamé, en voz baja: —¡Béllochka!

Salimos a la calle. Los edificios estaban decorados con banderas. En el suelo había envolturas de bombones. El conserje Grisha se jactaba de su abrigo de lana gruesa.

Yo no quería votar. Y no porque me diera pereza. Sino porque me gustaba Yelena Borísovna. Tan pronto como hubiéramos votado, ella se iría a su casa.

Fuimos al cine, a ver *La infancia de Iván*. La película era suficientemente buena y

no debía hablar de ella con condescendencia.

En aquella época, mis más ardientes alabanzas eran solo para las novelas policiacas. Por el hecho de que me permitían relajarme.

Pero alababa las películas de Tarkovski con condescendencia. Y siempre daba a entender que Tarkovski llevaba seis años esperando un guión mío.

Del cine nos fuimos a la Casa de los literatos. Estaba seguro de que encontraría a algún famoso. Podía contar con el saludo amistoso de Goryshin. O con los abrazos ebrios de Wolf. Con un rápido intercambio de palabras con Efímov o Konietski. Yo era lo que se denominaba un joven escritor. Y hasta Granin me conocía personalmente.

En cierta época, en Leningrado había mucha gente famosa. Por ejemplo, Chukovski, Oléinikov, Zóschenko, Jarms, etc. Después de la guerra su número se redujo. A unos los fusilaron vaya usted a saber por qué, otros se mudaron a Moscú...

Subimos al restaurante. Pedimos vino, entremeses y dulces. Tuve la intención de pedir una tortilla, pero me lo pensé mejor. Mi hermano mayor siempre me decía: «No sabes comer comida de colores».

Volví a contar el dinero, sin sacar las manos del bolsillo.

El salón estaba vacío. Solo junto a la puerta estaba sentado el condecorado Reshétov, que leía un libro. A juzgar por lo absorto que estaba, se podía deducir que leía su propia novela. Hubiera podido apostar a que la novela se titulaba. ¡Voy con ustedes, gente!

Bebimos. Conté tres hechos de la vida de Yevtushenko, ocurridos delante de mis ojos.

Pero los famosos seguían sin aparecer. Aunque cada vez había más comensales. El prosista Goryanski se dirigió a la ventana, haciendo chirriar su prótesis. Junto a la barra del bar estaban de pie los poetas Chikin y Steinberg.

—Boria, lo que mejor te salen son las digresiones filosóficas —decía Chikin.

—Y a ti, Dima, los monólogos interiores —reaccionaba Steinberg.

Chikin y Steinberg no pertenecían al círculo de famosos. A Goryanski se le conocía por haber estrangulado a un celador en un campo de concentración alemán.

El crítico Jalupóvich, bastante conocido, pasó a nuestro lado. Estuvo un momento mirándome.

—Perdone, lo he confundido con Liova Melinder —dijo finalmente.

Pedimos doscientos gramos de coñac^[11]. Quedaba poco dinero, pero los famosos no aparecían.

Era obvio que Yelena Borísovna se quedaría sin saber que yo era un literato prometedor.

En ese momento, el escritor Danchkovski entró en el restaurante. Con ciertas salvedades, se lo podía considerar un tipo famoso.

Mucho tiempo atrás, dos hermanos procedentes de Shklov llegaron a Leningrado. Se llamaban Saveli y Leonid Danchkovski. Comenzaron a probar suerte en la literatura. Componían cancioncillas, cuplés, intermedios. Al principio escribían juntos. Después, cada uno por separado.

Un año después, sus caminos se separaron de modo más radical.

El hermano menor decidió acortar su apellido. Firmaba Danch, pero siguió siendo hebreo.

El mayor decidió actuar de otra manera. También acortó su apellido, dejando fuera una sola letra: la i. Ahora firmaba como Danchkovski. Y de hebreo, se convirtió en polaco rusificado.

Poco a poco, entre los hermanos surgió el odio nacional. De vez en cuando se peleaban por asuntos raciales.

—¡Monstruo! —gritaba Leonid—. ¡Impío, borracho!

—¡Cállate, jeta judía! —respondía Saveli.

Poco después comenzó el combate contra los cosmopolitas. Arrestaron a Leonid. En ese momento, Saveli se había graduado en el instituto de marxismo-leninismo.

Comenzó a publicar en revistas poderosas. Salió a la luz su primer libro. Los críticos empezaron a hablar de él.

Poco a poco, se convirtió en un «leninista». O sea, en creador de una Leniniana infinita e incontrolable.

Primero escribió el libro *La infancia de Volodia*. Después, un relato, *El chico de Simbirsk*. Lo siguió, en dos tomos, *juventud fogosa*. Y finalmente, la trilogía *¡Arriba, parias de la tierra!*

Una vez agotada la biografía de Lenin, Danchkovski se dedicó a temas mixtos. Escribió *Lenin y los niños*. A continuación, *Lenin y la música*, *Lenin y la pintura*, así como *Lenin y la agricultura*. Todos aquellos libros fueron traducidos a multitud de lenguas.

Danchkovski se hizo rico. Fue condecorado con la orden Distintivo de Honor. Por esa época, su hermano fue rehabilitado póstumamente.

Y ese era el que había aparecido en el restaurante.

—Preste atención —le susurré a Yelena Borísovna bajando la voz—. El mismísimo Danchkovski... Cuántos éxitos... Suena para el Premio Lenin...

Danchkovski se dirigía a un rincón, el más alejado de la máquina de los discos. Al pasar junto a nosotros, ralentizó el paso.

Yo levanté mi copa, en gesto de familiaridad.

—Leí tu artículo humorístico en la revista *Aurora* —dijo Danchkovski claramente, sin saludar—. Me parece que es una mierda.

Estuvimos hasta las once en el restaurante. El punto de votación había cerrado hacía horas. Después, cerró el restaurante. Mamá seguía acostada con dolor de

cabeza. Y nosotros seguíamos paseando por el malecón Fontanka.

Yelena Borísovna me asombraba por su sumisión. Más exactamente, no se trataba de sumisión, sino de indiferencia ante los aspectos prácticos de la vida. Como si todo lo que acontecía lo hiciera en una pantalla. Había olvidado el punto de votación. Había desdeñado sus obligaciones. Y finalmente resultó que ni siquiera había votado. ¿Y todo aquello, en aras de qué? De unas relaciones confusas con una persona que escribía artículos humorísticos de poco éxito.

Por supuesto, yo tampoco voté. También desdeñé mis obligaciones ciudadanas. Pero, en general, yo era una persona algo especial. ¿Sería que nos parecíamos?

Ya llevamos veinte años casados. Veinte años de aislamiento mutuo e indiferencia ante la vida.

Sin embargo, yo tengo estímulos, objetivos, ilusiones, esperanzas. ¿Y ella? Ella tiene solamente a su hija y la indiferencia.

No recuerdo un caso en que Lena objetara o discutiera. Difícilmente haya pronunciado alguna vez un «sí» sonoro y decidido, o un «no» duro y terminante.

Su vida ha transcurrido como en la pantalla de un televisor. Cambian los encuadres, los rostros, las voces, el bien y el mal galopan unidos al mismo carro. Pero mi amada echaba un vistazo a la pantalla y se ocupaba de asuntos más importantes...

Calculando que mi madre ya dormía, me fui a casa. Ni siquiera le dije a Yelena Borísovna que viniera conmigo. Ni siquiera la tomé de la mano. Simplemente, llegamos a casa. Eso ocurrió hace veinte años.

Durante esos años, nuestros amigos se enamoraron, se casaron y se divorciaron. Escribieron versos y novelas sobre el tema. Se mudaron de una república a otra. Cambiaron sus ocupaciones, convicciones, hábitos. Se hicieron disidentes y alcohólicos. Atentaron contra vidas ajenas o contra las suyas propias.

A nuestro alrededor surgieron y se derrumbaron estruendosamente mundos maravillosos y enigmáticos. Como cuerdas bien tensadas, se rompieron muchas relaciones humanas. Nuestros amigos renacieron y volvieron a morir en busca de la felicidad.

¿Y nosotros? A todas las tentaciones y horrores de la vida contraponíamos nuestro único don: la indiferencia. Pregunto: ¿qué puede ser más duradero que un castillo construido sobre la arena? ¿Qué es más fuerte y seguro en la vida familiar que la mutua falta de carácter? ¿Cuál puede ser el bienestar de dos estados hostiles que son incapaces de defenderse?

Yo trabajaba en un periódico fabril. Ganaba casi cien rublos. Y algunas primas insignificantes. Así, recuerdo los cuatro rublos mensuales «por la asimilación de métodos más modernos de administración».

Al igual que la mayoría de los periodistas, soñaba con escribir una novela. Y, a

diferencia de la mayoría de los periodistas, me dedicaba en realidad a la literatura. Pero hasta las revistas más progresistas rechazaban mis manuscritos.

Ahora eso solo me produce alegría. Gracias a la censura, mi aprendizaje se dilató durante diecisiete años. Los relatos que quise publicar en aquellos años me parecen ahora impresentables. Basta con señalar que uno se titulaba «El destino de Faina».

Lena no leía mis relatos. Yo no se lo proponía. Y ella no quería manifestar su iniciativa.

Una mujer puede hacer tres cosas por un escritor ruso. Puede mantenerlo. Puede creer sinceramente en su genialidad. Y, finalmente, puede dejarlo en paz. A propósito, lo tercero no excluye lo primero ni lo segundo.

A Lena no le interesaban mis relatos. Ni siquiera estoy seguro de que tuviera claro dónde trabajaba yo. Solo sabía que escribía.

Y yo sabía aproximadamente lo mismo de ella.

Primero, mi mujer trabajó en una peluquería. Después del asunto aquel con las elecciones, la echaron. Se hizo correctora. Para mi asombro, se graduó al poco tiempo en el instituto poligráfico. Si no me equivoco, ingresó en cierta editorial deportiva. Ganaba el doble que yo.

Era difícil entender lo que nos unía. Casi siempre conversábamos sobre el trabajo. Cada uno tenía sus propios amigos. Hasta leíamos libros diferentes.

Mi esposa siempre abría el libro que tuviera más cerca. Y comenzaba a leerlo por cualquier página.

Al principio, eso me irritaba. Después me cercioré de que siempre tenía buenos libros en las manos. A diferencia de mí. Si yo abro un libro al tuntún, sin duda será. Campos roturados.

¿Qué nos unía? Y, en general, ¿cómo surge la proximidad humana? No es algo tan simple.

Por ejemplo, yo tengo tres primos hermanos. Los tres son gamberros y borrachines. A uno lo quiero, el otro no me interesa, al tercero simplemente no lo conozco...

Así vivíamos: uno al lado del otro, pero cada cual por separado. Intercambiábamos regalos en escasas ocasiones.

—Debería regalarte flores, aunque solo fuera para reírnos —le decía a veces.

—Ya tengo de todo —respondía Lena.

Yo tampoco esperaba regalos. Eso me venía al pelo.

Es que conocí una vez una familia en la que el marido trabajaba de la mañana a la noche. La esposa miraba la tele y recorría las tiendas.

—Le he comprado a Marik para su cumpleaños unas cortinas de tul —decía, por ejemplo—, ¡qué maravilla!

Así vivimos durante cuatro años. Después nació nuestra hija, Katya. Aquel hecho

encerraba una seriedad inesperada y una sensación de milagro. Éramos dos, y de repente apareció una persona más, caprichosa, ruidosa, que exigía atenciones.

A nuestra hija casi no la educamos, solamente la amamos. Sobre todo porque desde que cumplió cinco meses enfermaba continuamente.

En general, tras el nacimiento de nuestra hija quedó claro que estábamos casados. Katya sustituyó nuestro certificado de matrimonio.

Recuerdo que fui a la redacción de la revista *Aurora* con el cochecito de la niña. Debía cobrar allí unos honorarios escasos. La cajera me tendió un recibo.

—Firme aquí. —Y añadió—: Le hemos retenido dieciséis rublos por no tener hijos.

—Pero yo tengo una hija —repuse.

—Hay que presentar el documento correspondiente.

—Por favor.

Y saqué el paquetito rosa del cochecito. Con cuidado, la coloqué sobre la mesa del contable principal. De esa manera recuperé los dieciséis rublos...

Mis relaciones con mi mujer no cambiaron. Para ser exactos, casi no cambiaron. Ahora teníamos una preocupación común que contraponer a nuestra apatía personal. Por ejemplo, bañábamos a la niña entre los dos.

En una ocasión, Lena se fue a trabajar. Yo me quedé en casa. Y, como siempre, me puse a buscar papeles que necesitaba. Si no me equivoco, buscaba una copia del contrato de edición.

Me puse a revolver los armarios. Saqué, uno tras otro, los cajones del escritorio. Hasta eché un vistazo dentro de la mesita de noche.

Allí, bajo un montón de libros, revistas y viejas cartas, encontré un álbum. Se trataba de un álbum pequeño, casi de bolsillo, para fotografías. Unas quince hojas de cartón grueso con una paloma en relieve en la carátula.

Lo abrí. Las primeras fotografías estaban amarillentas, agrietadas. Algunas habían perdido las esquinas. En una de ellas, un niño carirredondo acariciaba un perro. Mejor dicho, lo tocaba con precaución. El perro lanudo encogía las orejas. En otra, una niña de seis años abrazaba una rústica muñeca. Ambos tenían una expresión confusa, triste.

Después, vi una foto de familia: la madre, el padre y la hija. El padre vestía un largo impermeable y llevaba un sombrero de paja. De sus mangas asomaban apenas las puntas de los dedos. La mujer llevaba un jersey grueso con hombreras, tenía bucles y una vaporosa bufanda. La niña se había vuelto bruscamente a un lado. Por eso, su corto abrigo de otoño estaba levantado. Algo había atraído su atención. Quizá un perro vagabundo. A sus espaldas, tras los árboles, se divisaba la fachada del liceo de Tsárskoye Seló.

Más adelante aparecieron parientes con sonrisas tensas, artificiales. Un

ferroviario, viejo y bigotudo, de uniforme; una dama junto a un busto de Lenin; un chico en una moto. Después, había un marino, o mejor dicho, un guardiamarina. Hasta en la foto se veía que estaba muy bien afeitado. Una chica, con un ramo de lirios silvestres, miraba al rostro del guardiamarina.

Una foto brillante de la escuela ocupaba una página entera. Cuatro filas de rostros asustados, tensos, inmóviles. Ni una sola cara infantil alegre.

En el centro había un grupo de maestros. Dos de ellos con condecoraciones, seguramente excombatientes del frente. Entre los demás, la jefa de la clase. Era fácil reconocerla. La anciana abrazaba los hombros de dos alumnas, que sonreían muy tensas.

A la izquierda, en la tercera fila, estaba mi esposa. La única que no miraba al objetivo.

Yo la reconocía en todas las fotos. En una pequeña, donde aparecía un grupo de esquiadores. En otra, microscópica, que fue tomada junto a la biblioteca de un *koljoz*. Y hasta en una vetusta foto, en la multitud, entre los miembros de un coro juvenil, apenas reconocibles.

Yo reconocía a la chica sombría que llevaba zapatos viejos. A la señorita desconcertada en bañador barato, de pie bajo un gran letrero donde decía EVPATORIYA. A la estudiante de vestido ligero, junto a la biblioteca del *koljoz*. Y en todas partes mi esposa parecía la más triste.

Hojeé varias páginas más. Vi a un hombre joven con un *kepis* hexagonal, una anciana que se cubría el rostro con la mano, una bailarina desconocida.

Encontré una foto del actor Yákovlev. Una postal con su rostro, para ser exactos. Debajo, con buena letra, estaba escrito: «¡Lena! Servir al arte exige la entrega total, sin dejar nada. Rafik Abdulláyev»...

Abrí la última página. Y de repente, me quedé sin aliento. Ni siquiera sé por qué me sorprendí tanto. Pero me di cuenta de que mis mejillas enrojecían.

Vi una foto cuadrada, algo mayor que un sello de correos. Una frente estrecha, una cara sin afeitar, con expresión de torero expulsado de la plaza.

Era mi fotografía. Si no me equivoco, sacada de un carnet del año pasado. En una esquinita blanca se veían restos del sello de la fábrica.

Estuve sentado, sin moverme, unos tres minutos. De la sala llegaba el tictac del reloj. Tras la ventana se oía el estruendo de un compresor. El ascensor subía con ruidos metálicos. Y yo continuaba sentado.

Aunque, en realidad, ¿qué había ocurrido? Nada de particular. Una esposa había incluido una foto del marido en el álbum. Era algo normal.

Mas, por alguna razón, yo sentía una emoción dolorosa. Me resultaba difícil concentrarme para entender qué era lo que la causaba. Eso quería decir que todo iba en serio. Si era la primera vez que lo percibía, ¿cuánto amor se había perdido, durante

tantos años?

No tenía fuerzas suficientes para meditar sobre lo ocurrido. Yo no sabía que el amor podía llegar a ser tan agudo, a tener tanta fuerza.

Pensé: «Si ahora me tiemblan las manos, ¿qué pasará después?».

En resumen, me vestí y me fui a trabajar.

Transcurrieron seis años, comenzó la emigración. Los hebreos empezaron a hablar de la patria histórica.

Antes, para ser un hombre completo, había que tener un abrigo de piel y un diploma de candidato a doctor. Ahora, a ello se sumaba la llamada de Israel.

Todos los intelectuales soñaban con ese país. Incluso aunque no tuvieran ninguna intención de emigrar. Por si acaso.

Los primeros en irse fueron los cien por cien hebreos. Los siguieron ciudadanos de origen dudoso. Un año después, comenzaron a dejar salir a los rusos. Entre ellos, con documentos israelíes, se fue uno de nuestros conocidos, el padre Mavriki Rykunov.

Y he aquí que mi mujer decidió emigrar. Y yo decidí quedarme.

Era difícil decir por qué había decidido quedarme. Obviamente, aún no había llegado a un límite fatal. Aún quería aprovechar oportunidades indefinidas. O quizá aspiraba inconscientemente a ser reprimido. Eso ocurre. El intelectual ruso que no ha estado en la cárcel no vale nada...

La decisión de mi esposa me sorprendió. Lena aparentaba ser dependiente y sumisa. Y de repente, una decisión tan seria, tan terminante.

Consiguió documentos extranjeros con sellos rojos. Disidentes lúgubres y barbudos la visitaban. Le dejaban instrucciones, escritas en papel de fumar. Me miraban con desconfianza.

Yo no lo creí hasta el último minuto. Todo era demasiado increíble. Como un viaje a Marte.

Juro que no lo creí hasta el último minuto. Lo sabía y no lo creía. Eso es lo más frecuente.

Y llegó el momento maldito. Los documentos estaban completos, llegó la visa. Katya regaló cintas y estampillas a sus amigas. Lo único que faltaba era comprar los pasajes de avión.

Mamá lloraba. Lena estaba absorta en sus gestiones. Yo pasé a un segundo plano.

Antes tampoco le bloqueaba el futuro. Pero ahora no tenía nada que ver conmigo.

Finalmente, Lena fue a buscar los pasajes. Regresó con una cajita. Se me acercó.

—Todavía me sobró dinero —dijo—. Esto es para ti.

En la caja había una camisa de popelín, de importación. Si no me equivoco, fabricada en Rumania.

—Qué bien, gracias. Una camisa decente, modesta pero de buena calidad. ¡Que

viva el camarada Ceaucescu!

¿Y para ir a dónde me la voy a poner? En serio, ¿a dónde?

Gorro de invierno

Desde las fiestas de noviembre, el frío se apoderó de Leningrado. Cuando iba a la redacción, me ponía un horrible gorrito de esquiar, que algún visitante había dejado olvidado. Me servirá, pensaba yo, sobre todo porque llevaba unos quince años sin mirarme al espejo.

Llego a la redacción. Como siempre, unos cuarenta minutos tarde. Por consiguiente, adopto una expresión valiente y decidida.

La atmósfera en la oficina de los colaboradores literarios es lúgubre. Vorobyov fuma, con aire dramático. Sidorovski mira fijamente hacia delante. Delyukin habla en susurros por teléfono. Mila Doroshenko tiene ojos de haber llorado.

—Salud —les digo—, ¿qué os ocurre, trovadores del régimen, por qué estáis tristes?

Callan. Y solo Sidorovski, sombrío, dice algo.

—Tu cinismo, Dovlátov, sobrepasa todos los límites.

Es obvio que ha pasado algo. ¿Nos habrán quitado las primas a todos?

—¿Qué luto es este? ¿Dónde está el difunto?

—En la morgue de Kuíbyshev —responde Sidorovski—. El entierro es mañana.

Aún nada claro. Finalmente, Delyukin terminó su conversación y, susurrando aún, me lo aclaró todo.

—Raisa se envenenó. Se tomó tres frascos de nembutal.

—Vaya —digo—, está claro... ¡La acosaron!

Raisa era nuestra mecanógrafa, bastante cualificada además. Trabajaba con celeridad, sin mirar el teclado. Lo que no le impedía detectar una cantidad enorme de erratas.

Aunque Raisa las detectaba solamente sobre el papel. En la vida, erraba continuamente.

Como resultado de ello nunca se graduó. Además, a los veinticinco años se convirtió en madre soltera. Y finalmente, le dio por entrar en un periódico fabril con

antiguas tradiciones antisemitas.

Era hebrea, y nunca pudo acostumbrarse a aquello. Le respondía al redactor jefe, bebía, se maquillaba en exceso. En resumen, no se limitaba a su origen hebreo, iba más lejos en sus defectos.

Hubieran soportado a Raisa, como a todos los demás semitas. Pero, para ello, habría debido comportarse de manera más razonable. O sea, más meditada, más modesta y con cierto aire de culpa. Pero continuamente mostraba debilidades típicamente cristianas.

Desde las fiestas comenzaron a acosarla. Para echarla se necesitaban razones formales. Era necesario sancionarla tres o cuatro veces.

Bogomólov, el redactor, comenzó a actuar. Provocaba la grosería de Raisa. Por la mañana, la esperaba con un cronómetro en la mano. Soñaba con acusarla de persona no fiable. O, aunque fuera, con verla llegar borracha a la redacción.

Todo esto ocurría bajo el silencio unánime de los presentes. Aunque casi todos los hombres de la redacción cortejaban a Raisa. Era la única mujer libre de la oficina.

Y he aquí que Raisa se había suicidado. Todo el día estuvieron solemnes y luctuosos. Hablaban en voz baja, insinuante.

—¡Estoy horrorizado, viejo! —me dijo Vorobyov, del departamento científico—. ¡Horrorizado! Nuestras relaciones eran confusas, complejas. Como se dice, las mil y una noches... Sabes, soy un hombre casado, y Raisa tenía mucho carácter... De ahí sale todo tipo de complejos. Espero que me comprendas.

En la cafetería, Delyukin se me sentó al lado. Tenía una mancha de yema de huevo en la barbilla.

—¿Conque Raisa, eh? —me dijo—. ¡Imagínate! ¡Una chica joven, saludable!

—Sí, es terrible.

—Terrible. Raisa y yo no éramos solamente amigos. Espero que entiendas lo que te estoy diciendo. Teníamos una relación extraña, tormentosa. Yo soy positivista, romántico, amo la vida. Pero Raisa era una persona con muchos complejos. En muchas cosas hablábamos lenguas diferentes.

Hasta Sidorovski, nuestro caricaturista, me detuvo.

—Entiéndeme, yo no soy religioso, pero el suicidio es un pecado. ¿Quiénes somos para disponer de la propia vida? ¡Raisa no debió actuar así! ¿Pensó en la mancha que echaría sobre la redacción?

—No estoy seguro. ¿Y qué pinta aquí la redacción?

—Aunque te burles, yo tengo orgullo profesional.

—Yo también. Pero tengo otra profesión.

—No hay que ofender. Yo quería hablar de Raisa.

—¿Teníais relaciones complejas, enredadas?

—¿Cómo te has enterado?

—Intuición.

—Para mí, su acción resulta ofensiva. Por supuesto, tú dirás que soy demasiado emocional. Sí, soy emocional. Quizá hasta demasiado emocional. Pero tengo principios férreos. Espero que entiendas lo que quiero decir.

—No del todo.

—Quiero decir que tengo principios...

Y de repente, me entraron náuseas. Hasta tal punto que comenzó a dolerme la cabeza. Decidí pedir la baja, o mejor, ni siquiera volver allí después de comer para buscar mis papeles. Simplemente largarme sin decir palabra. Exactamente así: salir por la puerta, tomar el autobús... ¿Y después? Lo que pasaría después no tenía ya sentido. Largarme de la redacción con sus férreos principios, su falso entusiasmo, sus sueños creativos inalcanzables...

Llamé a mi hermano mayor. Nos encontramos junto a la tienda de comida en la Tavrícheskaya. Compramos todo lo necesario.

—Vamos al hotel Soviétskaya, allí se alojan mis amigos de Lvov —me dice Boria.

Los amigos resultaron ser tres mujeres relativamente jóvenes. Se llamaban Sofa, Rita y Galina Pávlovna. El documental que estaban filmando se titulaba *Acorde poderoso*. El tema era alimentos combinados para cerdos.

El hotel «Soviétskaya» había sido construido diez años atrás. Al principio, allí vivían extranjeros. Después, inesperadamente, desalojaron a los extranjeros. El problema era que desde las ventanas de los últimos pisos se podían fotografiar los jardines de los astilleros «Admiralтейets».

Las malas lenguas cambiaron el nombre del hotel «Soviétskaya» por el de «Antisoviétskaya»...

Me gustaron las mujeres del grupo de filmación. Actuaban con rapidez y decisión. Trajeron sillas, buscaron platos y copas, cortaron rodajas de salchichón. O sea, manifestaron una disposición plena a descansar y divertirse de día. Sofa, incluso, abrió las conservas con tijeritas de manicura.

—¡Adelante! —invitó mi hermano.

Bebió, su rostro enrojeció, y se quitó la chaqueta. Quise quitarme también la chaqueta, pero Rita me detuvo.

—Baje a buscar limonada.

Fui a la cafetería. Regresé a los tres minutos. En ese tiempo, mi hermano logró encantar a las tres mujeres. A las tres a la vez. Además, aquel amor tenía un carácter ofensivo para mí. Si yo intentaba tomar una anchoa, alguna protestaba.

—¿Por qué no come mejor sardinas? —proponía Sofa—. ¡Boria prefiere las anchoas!

Si me servía vodka, Rita manifestaba su inquietud.

—Beba «Moskóvskaya». Boria dice que la «Stolíchnaya» es mejor.

Hasta la comedida Galina Pávlovna intervenía: —Fume «Avrora». A Boria le gustan los cigarrillos extranjeros.

—A mí también me gustan los cigarrillos extranjeros —repuse.

—El esnobismo habitual —se indignaba Galina Pávlovna.

En cuanto mi hermano decía alguna tontería, las mujeres se echaban a reír tontamente.

—Creo que este paté ya se lo había comido alguien antes —decía, por ejemplo, después de probar el paté de calabacines.

Y todas soltaban la carcajada.

Pero cuando me puse a narrar que nuestra mecanógrafa se había envenenado...

—¡No siga! —me gritaron.

Así transcurrieron dos horas. Todo el tiempo pensé que las mujeres terminarían peleándose por mi hermano. Pero eso no ocurrió. Por el contrario, eran cada vez más unánimes, como las esposas de un musulmán anciano.

Boria contaba chismes sobre actores de cine. Entonaba canciones del bajo mundo. Se emborrachó y le soltó los botones del jersey a Galina Pávlovna. Mientras, yo caí tan bajo que me puse a leer el periódico del día anterior.

—Voy al aeropuerto —dijo Rita, un poco más tarde—. Tengo que recoger al productor del documental. Serguéi, acompáñeme.

Qué bien, pensé. Boria come anchoas. Boria fuma «Camel». Boria bebe «Stolíchnaya». ¿Y yo soy el que tiene que acompañar a esa chancleta vieja?

—Ve —dijo Boria—, si estás ahí leyendo el diario.

—Está bien, vamos. Si he de caer, que sea hasta el fondo.

Me puse mi gorro de esquiador. Rita se enfundó en su chaqueta de piel. Bajamos en el ascensor y fuimos a la parada de taxi.

Comenzaba a oscurecer. La nieve tenía un color azulado. Las luces de neón se disolvían en el crepúsculo.

Éramos los primeros en la parada. Rita se había mantenido callada todo el camino.

—Se viste usted como un mendigo —fue la única frase que pronunció.

—No tiene importancia —respondí—. Imagínese que soy un fontanero o un mecánico. Una aristócrata va deprisa a casa en compañía de un electricista. Algo normal.

Llegó un coche. Agarré la manilla. De alguna parte salieron dos mocetones corpulentos.

—¡Llevamos prisa, barbudo! —dijo uno de ellos, mientras intentaba echarme a un lado. El otro se metía ya en el asiento trasero.

Eso ya era demasiado. Yo había estado todo el día percibiendo emociones

negativas. Y ahora, se trataba de pura desvergüenza callejera. Toda mi ira contenida salió a la superficie. Me vengaría en aquellos mozos de todos mis agravios. Ahí se juntó todo: Raisa, el trabajo a jornal en el diario, mi absurdo gorro de esquiador, hasta los éxitos amorios de mi hermano.

Eché el brazo hacia atrás, recordando las lecciones de Sharafutdín, el peso completo. Tomé impulso y caí de espaldas.

No entiendo qué fue lo que ocurrió. Quizá resbalé. O mi centro de gravedad estaba demasiado arriba. En una palabra, me caí. Vi el cielo, tan enorme, pálido y misterioso. Tan lejos de todas mis desgracias y desencantos. Tan limpio.

Disfruté de él hasta que me dieron con un zapato en un ojo. Y todo se oscureció.

Desperté al sonido de los silbatos de la milicia. Estaba sentado, recostado contra un cubo de basura. A mi derecha había un grupo de gente. Mi lado izquierdo estaba cubierto por las tinieblas.

Rita explicaba algo a un sargento mayor de la milicia. Se la podía tomar por la esposa de un funcionario importante. Y a mí, por su chofer particular. Por eso el miliciano la escuchaba con tanta atención.

Apoyé los puños en la nieve. Intentaba incorporarme, pero me iba de lado. Sentí náuseas. Por suerte, Rita corrió a mi lado.

Íbamos de nuevo en un ascensor. Mi ropa estaba enfangada. Había perdido el gorrito de esquiador. El arañazo en la mejilla sangraba.

Rita tenía su brazo en torno a mi cintura. Intenté apartarme. Ahora la estaba haciendo quedar mal. Pero Rita se me pegó.

—¡Qué bello eres, malvado! —me dijo en un susurro.

El ascensor se detuvo en el último piso con un sonido metálico. Estábamos en la misma habitación del hotel de antes. Mi hermano se besaba con Galina Pávlovna. Sofa le tiraba de la camisa.

—Tontuelo —decía—, si ella podría ser tu madre...

Al verme, mi hermano armó un gran escándalo. Quería ir corriendo a alguna parte, pero se lo pensó mejor y se quedó. Las mujeres me rodearon.

Sucedió algo extraño. Mientras era una persona normal, me despreciaban. Ahora, cuando era casi un inválido, me abrumaban con su atención. Se peleaban literalmente por el derecho de curarme el ojo.

Rita me limpió el rostro con un trapo húmedo. Galina Pávlovna me desató los cordones de los zapatos. Sofa llegó más lejos que nadie: me desabrochó los pantalones.

Mi hermano intentaba decir algo, dar un consejo, pero lo apartaban. Si proponía algo, las mujeres reaccionaban impetuosamente.

—¡Cállate! ¡Sigue bebiendo tu vodka de mierda! ¡Cómete las malditas conservas!
¡No te necesitamos!

Tras esperar una pausa, logré hacerles el relato sobre el suicidio de nuestra mecanógrafa. Esta vez me escucharon con enorme interés. Y Galina Pávlovna estuvo a punto de echarse a llorar.

—¡Prestad atención! Seriozha tiene un solo ojo. Pero con este ojo único ve mucho más que otras personas con dos...

—No iré al aeropuerto —dijo Rita más tarde. Vamos a la consulta de traumatología. Que Boria recoja al productor del documental.

—Yo no lo conozco —dijo Boria.

—No importa. Que lo busquen por los altavoces.

—Pero estoy borracho.

—¿Y él, crees que estará sobrio?

Rita y yo nos marchamos a la consulta de traumatología en la calle Gógol, número nueve. En la sala de espera había personas con la cara rota. Algunos gemían.

Rita, sin respetar la cola, se dirigió al médico. Su lujoso abrigo de cuero también causó allí la impresión necesaria. La escuché preguntar: —Si a mi macho le han partido la jeta, ¿a quién tengo que ver?—. Y al momento me hizo un ademán: —¡Pasa!

Estuve unos veinte minutos con el médico. Me dijo que había salido bien. Que no había conmoción cerebral y que tenía el iris intacto. Y que el hematoma desaparecería en una semana.

—¿Con qué le pegaron? —preguntó el médico—. ¿Con un ladrillo?

—Con un zapato.

—¿No sería con una bota de siete leguas? —precisó.

Y añadió: —¿Cuándo aprenderemos en nuestro país a producir calzado elegante?

En pocas palabras, no había nada que temer. De esa manera, la única pérdida irreemplazable era el gorro de esquiador.

Llegué a casa cerca de las dos de la madrugada.

—Enhorabuena —dijo Lena secamente.

Le conté lo ocurrido.

—Siempre te acontecen historias fantásticas —respondió.

Por la mañana llamó mi hermano. Yo estaba de un humor fatal. No quería ir a la redacción. No tenía dinero. El futuro se había hundido en las tinieblas.

Además, en mi rostro había aparecido algo heráldico. El lado izquierdo se había oscurecido. El hematoma presentaba todos los colores del arcoíris. Me daba terror la sola idea de salir a la calle.

—Tengo un asunto importante para ti —me explicó mi hermano—. Hay que llevar a cabo una maquinación financiera. Voy a comprar a crédito un televisor en color. Se lo venderé a un tipo al contado. Así, pierdo unos cincuenta rublos. Pero recibo más de trescientos, con un año de aplazamiento. ¿Lo tienes claro?

—No del todo.

—Es muy sencillo. Es como si me prestaran esos trescientos rublos. Pagaré a mis pequeños acreedores. Saldré de mis problemas financieros. Necesito un respiro. Y las cuotas del televisor las pagaré religiosamente durante un año. ¿Está claro? Filosóficamente, una gran deuda es mejor que centenares de deudas pequeñas. Pedir crédito por un año es más serio que pedir dinero hasta pasado mañana. Y, desde luego, es más elegante deberle al estado que pedir prestado a los conocidos.

—Me has convencido, pero ¿qué pinto yo en esto?

—Vendrás conmigo.

—¡Es lo único que me faltaba!

—Te necesito. Tienes un cerebro más práctico. Vigilarás para que yo no derroche el dinero.

—Pero si me han roto la cara.

—¡Gran cosa! ¿A quién le importa eso? Te llevaré gafas de sol.

—Estamos en febrero.

—No importa. Puede que acabes de llegar de Etiopía... A propósito, nadie sabe por qué te rompieron la cara. ¿Y si fue por defender el honor de una mujer?

—Fue más o menos así.

—Entonces...

Me vestí para salir. A mi mujer le dije que iba al policlínico.

—Aquí tienes un rublo —me dijo—. Tráeme una botella de aceite de girasol.

Mi hermano y yo nos encontramos en la plaza Konyúshennaya. Él llevaba un gorro de nutria de mar, bastante gastado. Se sacó unas gafas de sol del bolsillo.

—Las gafas no me salvarán —le digo—. Dame mejor el gorro.

—¿Y el gorro te salvará?

—Al menos no se me helarán las orejas.

—Tienes razón. Lo llevaremos por turno.

Llegamos a la parada del trolebús.

—Tomemos un taxi —dijo mi hermano—. Sería antinatural ir en trolebús. Se puede decir que nuestros bolsillos rebosan de dinero. ¿Tienes un rublo?

—Sí. Pero tengo que comprar una botella de aceite de girasol.

—Te digo que tendremos dinero. ¿Quieres que te compre un bidón de aceite de girasol?

—Un bidón sería demasiado. Pero si puedes, devuélveme el rublo.

—Puedes dar por hecho que ese rublo piojoso está ya en tu bolsillo...

Mi hermano detuvo un taxi. Fuimos a los almacenes Gostinni Dvor. Entramos al departamento de radios y televisores. Boria desapareció tras el mostrador con un tal Mishanya. Pero antes, me tendió el gorro.

—Póntelo. Es tu turno.

Lo esperé unos veinte minutos, mientras examinaba televisores y receptores de radio. Tenía el gorro en las manos. Parecía que mi ojo despertaba mucho interés. Si pasaba por allí una mujer de aspecto agradable, yo me volvía hacia otro lado.

Mi hermano volvió a aparecer un segundo, excitado y alegre.

—Todo va bien. Ya he firmado los papeles del crédito. Acabo de encontrar un comprador. Ahora le darán el televisor. Espera...

Me puse a esperar. Del departamento de radios y televisores pasé a la sección infantil. Reconocí al vendedor, era Liova Guirshóvich, un antiguo condiscípulo. Liova me examinó el ojo.

—¿Con qué te dieron?

Pensé que a todo el mundo le interesaba con qué me habían pegado, pero ni uno solo había preguntado por qué.

—Con un zapato.

—¿Qué, estabas tirado en el suelo?

—¿Y por qué no?

Liova me contó una historia de locura. En la fábrica de juguetes habían descubierto un robo de propiedad estatal a gran escala. Comenzaron a desaparecer osos, tanques y excavadoras de cuerda. En enormes cantidades. La milicia se dedicó a aquel caso un año entero, pero sin el menor éxito.

El delito había quedado aclarado recientemente. Dos peones de la fábrica habían excavado un pequeño túnel, que iba desde el interior de la empresa hasta la calle Kotovski. Los obreros tomaban los juguetes, les daban cuerda y los ponían en el suelo. Al instante, los osos, tanques y excavadoras se largaban solos. Huían de la planta en un torrente interminable.

En ese momento, a través del vidrio, vi a mi hermano. Me aproximé a él.

La expresión de Boria había cambiado. En sus gestos había aparecido algo aristocrático. Cierta hastío, cierto señorío displicente.

—¿Dónde te habías metido? —pronunció con voz caprichosa y tono cansino.

Cómo nos cambia el dinero, pensé. Incluso el ajeno.

Salimos a la calle. Mi hermano se dio una palmada en el bolsillo.

—¡Vamos a comer!

—Dijiste que tenías que pagar las deudas.

—Sí, dije que tenía que pagar las deudas. Pero no dije que hubiera que pasar hambre. Tenemos trescientos veinte rublos con sesenta y cuatro *kopeks*. Si no comiéramos sería antinatural. No tenemos por qué beber. No beberemos. —Y a continuación añadió—: ¿Ya te has calentado? Dame el gorro.

Mi hermano comenzó a soñar por el camino.

—Pediremos algo crujiente. ¿Te habías dado cuenta de cómo me gustan las cosas crujientes?

—Sí, por ejemplo el vodka «Stolíchnaya».

—No seas cínico —me llamó al orden Boria—. El vodka es algo sagrado. —Y, en tono de triste reproche, añadió—: De esas cosas hay que hablar con cierta seriedad.

Cruzamos la calle y entramos en una *sbasblýchnaya*. Yo quería ir a un café de productos lácteos, pero mi hermano se negó.

—El único lugar donde una cara rota no está fuera de lugar es una *shashlýchnaya* —precisó.

El local tenía pocos clientes. En los colgadores, había abrigos oscuros de invierno. Unas chicas simpáticas, con delantales de encaje, pasaban raudas por el salón. Del aparato de música salían las notas de *Golubka*.

A la entrada, se veían filas de botellas encima de un mostrador. Detrás, sobre una plataforma, estaban las mesas. Al instante, mi hermano se interesó por las bebidas alcohólicas.

—Recuerda lo que dijiste —intenté oponerme a sus intenciones.

—¿Y qué fue lo que dije? Dije que no beberíamos. En el sentido de no emborracharnos. No hay por qué beber por vasos. Somos personas educadas. Bebamos una copita, para alegrarnos. Si no bebiéramos nada sería antinatural.

Y pidió medio litro de coñac armenio.

—Dame un rublo —le digo—. Voy a comprar una botella de aceite de girasol.

—¡Qué miserable eres! —se molestó—. No tengo rublos sueltos, solo billetes de diez. Cuando cambie, te compraré un camión cisterna de aceite de girasol.

Después de quitarse el abrigo, mi hermano me tendió el gorro.

—Es tu turno.

Nos sentamos en un rincón. El salón estaba a mi derecha.

Después, todo aconteció a gran velocidad. De la *shashlýchnaya* fuimos al restaurante Astoria. De ahí, a ver a unas conocidas del ballet sobre el hielo. Y después, al bar de la Unión de periodistas. Y en todas partes, mi hermano decía lo mismo: —Si nos detuviéramos ahora sería antinatural. Bebíamos cuando no teníamos dinero. Es tonto no beber ahora, cuando tenemos...

Cuando entrábamos a un restaurante, Boria me tendía el gorro de piel. Cuando salíamos, yo se lo devolvía con gratitud.

Después, entró en la tienda teatral de la calle Ryléyev. Compró una máscara de Pinocho bastante horrible. Estuve sentado una hora entera con aquella máscara junto a la barra del bar Yunost. Para entonces mi ojo tenía un marcado tono violeta.

Al caer la noche, una idea fija se apoderó de mi hermano. Quería emprenderla a puñetazos con alguien. Concretamente, quería buscar a los que me habían agredido el día anterior. A Boria le parecía que podía reconocerlos entre la multitud.

—Pero si tú no los viste —le digo.

—Y, en tu opinión, ¿para qué sirve la intuición?

Se puso a molestar a gente que no conocía. Por suerte, todos le temían. Hasta que se enzarzó con un tipo cachas junto a la tienda «Galantereya». Este no se asustó.

—¡La primera vez que veo un hebreo alcohólico! —dijo.

Mi hermano se animó sobremanera. Como si toda su vida hubiera soñado con que alguien ofendiera su dignidad nacional. A propósito, él ni siquiera era hebreo. Yo era hebreo hasta cierto punto. Cosas que pasan. Un asunto familiar enredado. Da pereza contarlo...

Por cierto, la esposa de Boria, de soltera Fainzimmer, repetía a menudo: «¡Boria me ha chupado tanta sangre que ahora es medio hebreo!».

Antes, nunca había percibido en Boria ni una pizca de patriotismo caucasiano. En aquel momento hasta se puso a hablar con acento georgiano.

—¿Hebreo, yo? ¿Dices que yo soy hebreo? ¡Me has ofendido!

En pocas palabras, se metieron en un callejón.

—Déjalo —le dije—. Deja a ese hombre en paz. Vámonos de aquí.

—No te vayas. Si viene la milicia, silba —dijo mi hermano, a punto de desaparecer por el callejón.

No sé qué ocurrió allí. Solo vi que la gente que pasaba se apartaba asustada.

Mi hermano apareció pocos segundos después. Tenía el labio inferior partido. En la mano llevaba un gorro de nutria marina, completamente nuevo. Echamos a andar a paso rápido hacia la plaza Vladímirskaya.

—Le pegué en toda la jeta —dijo Boria, después de tomar aliento—. Y él me pegó a mí en la jeta. Se le cayó el gorro. Y a mí también. Veo que su gorro es más nuevo. Me agacho, recojo su gorro. Y él, por supuesto, el mío. Le menté la madre. Y él a mí. Y ahí terminó todo. Pero este gorro, te lo regalo. Tómallo.

—Mejor cómprame una botella de aceite de girasol.

—Por supuesto —respondió mi hermano—, pero antes, bebamos. Lo necesito, para desinfectarme.

Y para convencerme, me enseñó nuevamente el labio partido...

Regresé a casa de madrugada. Lena ni siquiera me preguntó dónde había estado.

—¿Y el aceite de girasol? —fue lo que preguntó.

Le respondí algo incomprensible.

—¡Tus amigos beben siempre a tu costa! —me respondió.

—A cambio, tengo un gorro nuevo de nutria marina.

¿Qué más podía decirle?

Su voz llegaba desde el baño.

—Dios mío, ¿cómo terminará todo esto? ¿Cómo terminará todo esto?

Guantes de chofer

Conocí a Yuri Shlíppenbaj en una conferencia celebrada en el Palacio de Táurida. Más concretamente, en la reunión de redactores de periódicos obreros. Yo representaba al *Turbostroitel*, y Shlíppenbaj al diario de los estudios Lenfilm, llamado *Kadr*.

Bolótnikov, segundo secretario del comité provincial del partido, leía el informe.

—Tenemos diarios modelo, como, por ejemplo, *Znamiye progressa* —dijo al finalizar—. Los hay mediocres, como *Admiralтейets*. Y malos, como *Turbostroitel*. Y, finalmente, los hay únicos, como *Kadr*. Es algo fantástico, por lo aburrido y falto de talento.

Yo me encogí levemente. Shlíppenbaj, por el contrario, se irguió orgulloso. Al parecer, se sentía como un disidente perseguido.

—¡Lenin dijo que la crítica debía fundamentarse! —gritó a continuación.

—Yura, tu diario está por debajo de cualquier crítica —le respondió el secretario.

En el intermedio, Shlíppenbaj me detuvo.

—Perdóneme, ¿cuál es su estatura? —preguntó.

No me asombré. Estoy acostumbrado a estas cosas. Sabía que a esta pregunta le seguiría un diálogo absurdo, como este: «¿Cuál es su estatura?». «Un metro noventa y cuatro». «Lástima que no juegue al baloncesto». «¿Cómo que no juego? Claro que lo hago». «Ah, justo lo que pensaba...».

—¿Cuál es su estatura? —preguntó Shlíppenbaj.

—Un metro noventa y cuatro. ¿Y qué?

—Es que estoy filmando una película de aficionados. Quiero ofrecerle el papel de protagonista.

—No tengo talento de actor.

—Eso no tiene importancia. En cambio, tiene la factura adecuada.

—¿Qué quiere decir «factura»?

—El aspecto exterior.

Acordamos reunimos a la mañana siguiente.

Desde antes, sabía que Shlíppenbaj trabajaba en el sector periodístico. Pero no nos conocíamos personalmente. Era un hombre delgado, nervioso, con cabellos largos, algo sucios. Decía que sus antepasados suecos aparecían en documentos históricos. Además, Shlíppenbaj llevaba en un bolso de la compra un tomito de Pushkin. Con la envoltura de un caramelo había marcado el poema *Poltava*.

—Lea —dijo Shlíppenbaj, nervioso.

Y, sin esperar mi reacción, comenzó a recitar a gritos con voz que parecía un ladrido:

*Las huestes, rechazadas por el fuego, huyen en confusión, desaparecen.
Entre la multitud, Rozen escapa, el ardoroso Shlíppenbaj se rinde...*

En el ambiente periodístico le tenían miedo. Shlíppenbaj se comportaba con excesiva osadía. Quizá se manifestaba el ardor heredado del general sueco. Y no le gustaba ceder o rendirse.

Recuerdo que había fallecido el viejo periodista Matyushin. Alguien se dedicó a recolectar dinero para su entierro. Le pidieron a Shlíppenbaj.

—Yo no hubiera dado ni un rublo por Matyushin vivo —exclamó—. Y por él muerto, ni cinco *kopeks*. Que el KGB entierre a sus informantes.

Pero Shlíppenbaj constantemente pedía dinero prestado a sus compañeros de trabajo y no se preocupaba mucho por devolverlo. La lista de acreedores ocupaba dos hojas de su libreta de notas.

—Si me molestas, te borro de la lista —era lo que respondía cuando le recordaban la deuda.

Por la noche, tras la conferencia, me llamó un par de veces. Por gusto, sin nada en concreto que comentar. Su tono de hastío hablaba de nuestro cada vez más sólido parecido. A un amigo se le puede telefonar sin que haya necesidad alguna.

—Qué aburrimiento —se quejaba Shlíppenbaj—, y no tengo nada de beber. Estoy aquí acostado en el sofá, solo, con mi mujer... —Terminó la conversación con un recordatorio—. Mañana lo discutimos todo.

Pasamos la mañana en su redacción. Yo revisaba galeradas. Shlíppenbaj preparaba el próximo número.

—¿Dónde han puesto las tijeras? —gritaba, nervioso, de vez en cuando—. ¿Quién ha cogido mi regla? ¿Cómo se escribe República Surafricana, junto o con un guión?

Después, nos fuimos a comer.

En los años sesenta, la cafetería de la Casa de la Prensa estaba incluida entre los establecimientos a donde acudían los jefes. Allí se vendían salchichas de ternera, conservas, caviar, mermelada, lengua, pescado de alta demanda. Teóricamente, la

cafetería prestaba servicio a los trabajadores de la Casa de la Prensa. Incluyendo a los periodistas de los diarios obreros. En la práctica, allí podía entrar hasta gente de la calle. Por ejemplo, los colaboradores ajenos a la plantilla. Eso significaba que, paulatinamente, la cafetería se hacía cada vez más pública. Y por lo tanto, cada vez quedaban allí menos productos deficitarios. Finalmente, de la antigua grandeza solo sobrevivió la cerveza «Zhigulióvskaya».

La cafetería ocupaba todo el ala norte del sexto piso. Las ventanas daban a la calle Fontanka. En sus tres salones podían acomodarse a la vez más de cien comensales.

Shlíppenbaj me arrastró a un rincón, a una mesita para dos personas. Al parecer, nuestra conversación debía ser absolutamente confidencial.

Pedimos cerveza y bocadillos.

—Me dirigí a usted porque sé valorar a las personas preparadas —comenzó a decir, bajando la voz—. Yo mismo soy una persona preparada. Somos pocos. Con toda sinceridad, menos todavía deberíamos ser. Los aristócratas se extinguen como animales prehistóricos. Pero vayamos al grano. He decidido hacer una película de aficionado. Basta ya de entregar los mejores años a un periodismo más que banal. Deseo un trabajo auténticamente creativo. En pocas palabras, mañana comienzo a filmar. La película durará unos diez minutos. Está ideada como panfleto político. El argumento es el siguiente: en Leningrado aparece un misterioso desconocido. Es fácil reconocer en él al zar Pedro. A ese mismo que fundó Petrogrado hace doscientos sesenta años. Ahora, el gran monarca se ve rodeado por la vil realidad soviética. Un miliciano amenaza con multarlo. Dos borrachines le proponen que se una a ellos para beber. Un revendedor quiere comprarle las botas. Unas furcias lo toman por un extranjero rico. Los del KGB, por un espía. Y cosas por el estilo. En resumen, por doquier borracheras y desorden. El zar, aterrorizado, grita: ¿qué he hecho?! ¿Para qué fundé esta puta ciudad?!

Shlíppenbaj soltó tal carcajada que las servilletas de papel salieron volando.

—La película será, por decirlo de alguna manera —añadió después—, apolítica. Se exhibirá en pisos particulares. Espero que la vean periodistas occidentales, lo que garantizaría una resonancia internacional. Las consecuencias pueden ser totalmente inesperadas. Así que piénselo y sopeselo. ¿Está de acuerdo?

—Usted me ha dicho que lo piense.

—¿Cuánto tiempo se puede pensar? Acepte.

—¿Y dónde va a conseguir los equipos?

—No se preocupe por eso. Yo trabajo en los estudios Lenfilm. Allí tengo de todo: amigos, desde el propio Guerbert Rappoport hasta el último iluminador. Toda la técnica está a mi disposición. Manejo la cámara desde la infancia. En resumen, medite y decida. Usted me sirve. Solo puedo darle ese papel a un correligionario.

Mañana vamos a los estudios. Buscaremos el vestuario adecuado. Hablaremos con el maquillador. Y comenzaremos.

—Tengo que pensarlo —le dije.

—Lo llamaré a su casa.

Pagamos, y cada uno se fue a lo suyo.

Era verdad que yo carecía de talento como actor. A pesar de que mis padres provenían del teatro. Papá era director escénico, mamá era actriz. Claro que no habían dejado una huella profunda en la historia del teatro. Quizá eso fuera incluso bueno...

En lo tocante a mí, había subido dos veces a un escenario. La primera, siendo todavía colegial. Recuerdo que escenificamos el cuento *Chuk y Guek*. Como yo era el de mayor estatura, me correspondió el papel del padre que explora el Ártico. Debía salir de la tundra en esquís y pronunciar entonces el monólogo final.

Detrás del telón, Prokópovich, un pésimo estudiante, representaba la tundra. Cacareaba, aullaba y rugía como un oso.

Aparecí en escena arrastrando las botas y sacudiendo las manos. Así representaba a un esquiador. Era mi descubrimiento como actor. Un tributo a las convenciones del teatro.

Por desgracia, los espectadores no apreciaron mi formalismo. Al escuchar los aullidos de Prokópovich y ver mis misteriosos movimientos, decidieron que yo era un gamberro. Entre los escolares de posguerra había muchísimos gamberros.

Las chicas comenzaron a indignarse y los chicos a aplaudir. El director de la escuela salió a escena y me arrastró tras el telón. Finalmente, fue la profesora de literatura quien pronunció el monólogo final.

La segunda vez que tuve que actuar había sido hacía unos cuatro años. En aquella época yo trabajaba en un diario partidista de una república y fui nombrado «Dyed Moroz»^[12].

Por ello me prometieron tres días libres y quince rublos.

La redacción había organizado el árbol de Año Nuevo en un internado que apadrinaba. Y, de nuevo, yo era el más alto. Me pegaron una barba, me dieron un gorro rojo, un manto de piel y un cesto con regalos.

Y al instante, me soltaron en el escenario.

El manto me quedaba pequeño. El gorro olía a pescado. Y cuando intenté encender un cigarrillo, estuve a punto de quemarme la barba.

—¡Hola, queridos niños! —dije, tan pronto se hizo silencio—. ¿Me reconocéis?

—¡Lenin! ¡Lenin! —gritaron en las primeras filas.

Me eché a reír y se me despegó la barba.

Y ahora, Shlíppenbaj me proponía el papel de protagonista.

Por supuesto, yo podía rechazarlo. Pero quién sabe por qué razón, acepté. Siempre acepto las propuestas más absurdas.

—A ti te interesa cualquier cosa, menos los deberes maritales —dice siempre mi mujer, y tiene razón.

Ella está segura de que los deberes maritales consisten, ante todo, en estar sobrio.

En resumen, fuimos a Lenfilm. Shlíppenbaj llamó a un tal Chipa, del taller de escenografía. Nos dieron un pase.

El recinto en el que entramos estaba lleno de armarios y cajones. Yo percibía el olor a humedad y naftalina. Sobre nuestras cabezas, las lámparas fluorescentes parpadeaban y chasqueaban. En un rincón se veía la mancha oscura de un oso disecado. Un gato se paseaba sobre una larga mesa.

Chipa salió de detrás de un biombo. Era un hombre de edad madura, que llevaba una camiseta de rayas y un sombrero de copa. Estuvo largo rato mirándome.

—¿Fuiste celador? —preguntó.

—¿Y qué?

—¿Recuerdas el calabozo de castigo en Ropcha?

—Sí.

—¿Recuerdas que un *zek* se colgó del cinturón?

—Algo de eso hubo, sí.

—Pues era yo. Estuvieron dos horas reviviéndome, hijos de puta...

Chipa nos convidó con alcohol rebajado. Y, en general, se mostró servicial.

—¡Ahí tienes, ciudadano jefe! —me dijo, y puso sobre la mesa una montaña de cosas.

Botas altas, negras, un traje largo sin mangas, una capa, un sombrero. A continuación, unos guantes abocinados, como los que llevaban los primeros automovilistas rusos.

—¿Y los pantalones? —le recordó Shlíppenbaj.

Chipa sacó de un cajón unos pantalones de terciopelo con galones. Me los puse a duras penas. Pero no logré abotonarlos.

—Sirven, átelos con un cordel —aseguró Chipa. Y cuando nos marchábamos, dijo de repente—: Cuando estaba preso, soñaba con la calle. Ahora, me echo dos tragos y añoro la prisión. ¡Qué gente había allí! ¡El Bayo, Polilla, Locomotora...!

Metimos todo aquello en una maleta, y cogimos el ascensor para ver al maquillador. Para ser más exactos, para ver a la maquilladora, que se llamaba Lyudmila Borísovna.

Era la primera vez que yo visitaba los estudios Lenfilm. Pensé que vería multitud de cosas interesantes, un enredo creativo, actores famosos. Digamos que la Chúrsina se probaba un bañador de importación, y a su lado, enferma de envidia, estaba la Tenyakova.

Pero en la realidad, Lenfilm se parecía a una oficina descomunal. Por los pasillos circulaban mujeres de aspecto desagradable, con papeles en las manos. De todas partes llegaba el sonido de las máquinas de escribir. No vimos a nadie interesante. Creo que el de mayor colorido había sido Chipa, con su camiseta de rayas y su sombrero de copa.

Lyudmila Borísovna, la maquilladora, me acomodó delante de un espejo. Estuvo largo rato de pie a mi espalda.

—¿Qué tal? —se interesó Shlíppenbaj.

—La cabeza, no tanto. Aprobado, aprobado alto, pero no más. En cambio la factura es magnífica.

Y mientras hablaba, Lyudmila Borísovna me tocaba el labio, me estiraba la nariz o me rozaba la oreja.

A continuación, me puso una peluca negra. Me pegó unos bigotes. Con un rápido movimiento de lápiz, me redondeó las mejillas.

—¡Es increíble! —se asombró Shlíppenbaj—. ¡Un zar típico! ¡El negro de Pedro el Grande!^[13]

Después me vestí y pedimos un taxi. Recorrí los estudios vestido como su majestad, el emperador. La gente que nos topábamos volvía la cabeza para vernos, pero no siempre.

Shlíppenbaj pasó a ver a otro conocido. Este nos dio dos cajas negras con equipamiento. En esta ocasión, por dinero.

—¿Cuánto? —preguntó Shlíppenbaj.

—Cuatro doce —fue la respuesta.

—Y eso que me habían dicho que ahora solo bebías vino seco.

—¿Y te lo creíste?

—No tienes que leerte el guión —me explicó Shlíppenbaj en el taxi—. Nos basaremos en la improvisación, como hace Antonioni. El zar Pedro llega al Leningrado contemporáneo. Aquí todo le resulta ajeno, repelente. Entra en una tienda de comida. Grita: ¿dónde están la miel, los esturiones, el vodka de anís? ¿Quién ha arruinado a la nación, infieles?... Y cosas por el estilo. Ahora vamos a la isla Vasilyevski. Perdona, ¿nos seguimos tratando de usted?

—De tú, por supuesto.

—Vamos a la isla Vasilyevski. Allí nos espera Búkina con un coche.

—¿Y quién es Búkina?

—Una expedidora de Lenfilm. Tiene un microbús de los estudios. Me dijo que estaría después del horario laboral. Es una mujer muy preparada. Escribimos juntos el guión. En el apartamento de un amigo... En resumen, vamos a la Vasilyevski. Filmaremos las primeras escenas. El zar va desde la Aguja a la avenida Nevski. Está

desconcertado. De vez en cuando detiene el paso y mira a su alrededor. ¿Has entendido? Asústate ante los coches. Mira los letreros. Rodea las cabinas telefónicas, con cara de terror. Si tropiezan casualmente contigo, llévate la mano a la espada. Haz todo eso con espíritu creativo.

Llevaba la espada sobre las rodillas. A la hoja le faltaba un pedazo. Solo podía sacarla unos tres centímetros.

Shlíppenbaj gesticulaba con excitación. Pero el chofer permanecía imperturbable. Solo al final manifestó interés por nosotros.

—Dime, tío, ¿de qué parque zoológico te has escapado?

—¡Magnífico! —gritó Shlíppenbaj—. Un cuadro perfecto.

Salimos del taxi con las cajas. Junto a la acera opuesta había un microbús, y a su lado daba cortos paseos una jovencita con vaqueros. Mi aspecto le interesó.

—Galina, eres un encanto —la saludó Shlíppenbaj—. Comenzamos dentro de diez minutos.

—Y tú eres mi desgracia —replicó la jovencita.

A continuación, estuvieron unos veinte minutos trabajando con los equipos. Yo me paseaba a lo largo del edificio de la antigua *Kunstkamera*. Los transeúntes me miraban con curiosidad.

Del Nevá llegaba un viento frío. El sol se ocultaba de vez en cuando tras las nubes.

Finalmente, Shlíppenbaj dio la señal de que todo estaba listo. Galina se sirvió café de un termo. La tapa del termo chirriaba de modo escalofriante.

—Ve allí —dijo Shlíppenbaj—, tras la esquina. Cuando yo haga una señal con la mano, desplázate a lo largo de la pared.

Crucé la calle y me detuve tras la esquina. A aquellas alturas ya tenía las botas completamente empapadas. Shlíppenbaj se retrasaba. Vi que Galina le tendía un vaso. Mientras, yo me paseaba con las botas empapadas.

Por fin, Shlíppenbaj me hizo la señal. Sostenía la cámara como una alabarda. A continuación, se la llevó a la cara.

Apagué el cigarrillo, salí de detrás de la esquina y me dirigí al puente.

Cuando te filman no resulta cómodo andar. Me esforzaba por no tropezar. Cuando soplaba el viento, me aguantaba el sombrero.

De repente, Shlíppenbaj comenzó a gritar algo. El viento no me dejaba oír, me detuve y crucé la calle.

—¿Qué te pasa? —preguntó Shlíppenbaj.

—No te oí.

—¿Qué fue lo que no oíste?

—Usted gritaba algo.

—Usted no, tú.

—¿Qué me gritabas?

—¡Te gritaba que estabas genial! Nada más. Vamos a repetirlo.

—¿Quiere café? —preguntó Galina finalmente.

—Ahora no —la detuvo Shlíppenbaj—. Después de la tercera toma.

Salí nuevamente de detrás de la esquina. Me dirigí de nuevo al puente. Y de nuevo, Shlíppenbaj me gritó algo. No le presté atención.

Llegué hasta el mismo muro. Finalmente, volví la cabeza. Shlíppenbaj y su amiga estaban sentados en el microbús.

—Una sola observación —dijo Shlíppenbaj—, sé más expresivo. Todo debe asombrarte. Debes mirar con perplejidad los letreros y los carteles.

—Allí no hay carteles.

—No importa. Después haré el montaje de todo. Lo fundamental es que te asombres. Cuando camines tres metros, abre los brazos...

En resumen, me hizo repetirlo todo siete veces. Quedé agotado. Los pantalones se me caían bajo el largo traje sin mangas. Era incómodo fumar con guantes.

Finalmente, mis tormentos terminaron. Galina me entregó el termo. Después, nos fuimos a la calle Tavrícheskaya.

—Ahí hay un quiosco de cerveza, creo que más de uno. Siempre rodeados de alcohólicos. Eso será impresionante. Un monarca entre canallas...

Yo conocía el lugar. Dos puestos de cerveza, y en medio un quiosco donde vendían copas de vino. No estaba lejos del instituto teatral. En realidad siempre había muchos borrachines.

Metimos el microbús en un callejón. Allí hicimos todos los preparativos.

—La escena es sencilla —susurró Shlíppenbaj con ardor cuando estuvo todo listo. Te aproximas a la caseta. Miras a todo el público con indignación. Después, pronuncias un discurso.

—¿Qué debo decir?

—Lo que se te ocurra. Las palabras no tienen sentido alguno. Lo fundamental es la mímica, los gestos...

—Me tomarán por un idiota.

—Eso sería perfecto. Di lo que te dé la gana. Por ejemplo, pregunta los precios.

—Así me tomarán sin duda por idiota. ¿Quién no conoce los precios? Sobre todo, de la cerveza.

—Entonces pregunta quién es el último. Lo importante es que muevas los labios, yo haré después el montaje. Más tarde grabaremos el texto en cinta magnetofónica. En resumen, a trabajar.

—Échese un trago, para coger valor —dijo Galina, sacando una botella de vodka. Me sirvió en uno de los vasos del café.

Mi valor no se incrementó. Sin embargo, salí del microbús. Tenía que ir allí.

La caseta de la cerveza, pintada de color verde, se encontraba en la esquina de las calles Belinski y Mojovaya. A lo largo del césped se extendía una cola que llegaba hasta el edificio de la empresa provincial de alimentos.

La gente se amontonaba junto al mostrador. Más lejos, el grupo raleaba. Hacia el final, se convertía en una decena de figuras lúgubres y silenciosas.

Los hombres vestían chaquetas grises. Su aspecto era severo e indiferente, como si estuvieran junto a una tumba desconocida. Algunos llevaban bidones y teteras.

En la cola había pocas mujeres, cinco o seis. Se comportaban de forma más ruidosa, más impaciente.

—¡Respetad a una anciana madre! ¡Dejadme pasar! —era el misterioso grito que repetía una de ellas.

Cuando lograban su objetivo, las personas se echaban a un lado, presintiendo el momento del disfrute. La espuma gris volaba hacia el césped.

Cada uno llevaba dentro de sí un pequeño incendio personal. Tras apagarlo, se animaban, encendían cigarrillos, buscaban la manera de iniciar una conversación.

—¿Es buena la cerveza? —preguntaban los que aún estaban en la cola.

—Parece normal —era la respuesta habitual.

Pensé: ¿cuántas ventas de este tipo hay por toda Rusia? ¿Cuánta gente muere y vuelve a nacer todos los días?

Mientras me acercaba a la multitud comencé a sentir miedo. ¿Por qué había dado mi consentimiento a todo esto? ¿Qué puedo decirles a estas personas, agotadas, sombrías, medio enloquecidas? ¿Quién de ellos necesita esta mascarada imbécil?

Me uní al final de la cola. Dos o tres hombres me miraron sin particular curiosidad. Los demás ni siquiera percibieron mi presencia.

Delante de mí estaba un hombre de aspecto caucasiiano, vistiendo una guerrera de ferroviario. A la izquierda, un vagabundo con zapatillas de lona, de cordones sueltos. A dos pasos, un tipo con aspecto de intelectual trataba de encender un cigarrillo, pero se le partían los fósforos. Sostenía un portafolios escuálido entre las rodillas.

La situación se hacía cada vez más absurda. Todos callaban, no se sorprendían. No me preguntaban nada. ¿Y qué preguntas podían hacerme? Todos tenían un mismo problema: beber algo para quitarse la resaca.

¿Y qué podría decirles? ¿Preguntarles quién es el último? Yo mismo era el último.

A propósito, no tenía dinero. Se había quedado en los pantalones normales que dejé en el microbús.

Miro: Shlíppenbaj me hacía señales desde el callejón, me ordenaba algo. Obviamente, quería que yo actuara de acuerdo a su idea. O sea, esperaba que me pegaran con una jarra en la cabeza.

Sigo en la cola. Lentamente me acerco a la caseta.

—Yo estoy detrás del calvo —le explicaba el ferroviario a alguien—. El zar va

detrás de mí. Y tú, vas detrás del zar...

El intelectual se vuelve hacia mí.

—Perdone, ¿conoce usted a Sherdakov?

—¿A Sherdakov?

—¿Es usted Dolmátov?

—Más o menos.

—Mucho gusto. Aún le debo un rublo. ¿Recuerda cuando salimos de casa de Sherdakov el día del cosmonauta? Le pedí un rublo para tomar un taxi. Tenga.

Yo no tenía bolsillos. Me guardé el rublo arrugado en un guante.

A Sherdakov lo conocía de veras. Especialista en estética marxista-leninista, profesor del instituto teatral. Visita frecuente de la venta de copas de vino...

—Salúdalo de mi parte cuando lo vea —digo.

En eso, se nos acerca Shlíppenbaj. Tras él, jadeando, venía Galina.

Yo estaba ya casi ante el mostrador. La masa de gente se hacía más densa. Estaba metido a presión entre el vagabundo y el ferroviario. La punta de mi espada se apoyaba en el muslo del intelectual.

—¡No sale la escena! —gritaba Shlíppenbaj—. ¿Dónde está el conflicto? ¡Debes provocar el antagonismo de las masas populares!

La cola se puso en guardia. La presencia de un hombre enérgico con una cámara de cine provocaba irritación e inquietud.

—Perdón. —El ferroviario se dirigió a Shlíppenbaj—: ¡Usted no va aquí!

—Me encuentro cumpliendo mis obligaciones laborales —reaccionó Shlíppenbaj con decisión.

—Todos cumplimos —dijo alguien en la cola.

La irritación crecía. Las voces se hacían cada vez más agresivas.

—Vaya con todos esos satíricos, su puta madre, esos humoristas...

—Te fotografían y después te ponen en un mural... Como diciendo: «No nos dejan vivir».

—La gente quiere beber con educación, y ahí viene este a joder...

—Ese cretino debía estar metido en una letrina...

La energía del gentío buscaba salida.

—¡Se han bebido a Rusia, miserables! —la irritación de Shlíppenbaj estalló de repente—. ¡Han perdido definitivamente la vergüenza! ¡Tienen los ojos bañados de aguardiente, desde que amanece!

—¡Yurka, cállate! ¡Yurka, vámonos, no seas imbécil! —decía Galina, intentando convencer a Shlíppenbaj.

Pero este insistía. Y en ese momento me llegó el turno. Saqué del guante el rublo

arrugado.

—¿Cuántas jarras? —pregunto.

De repente, Shlíppenbaj se tranquilizó.

—Para mí, una grande, caliente. Para Galina, una pequeña.

—Yo nunca bebo cerveza —añadió Galina—, pero me beberé una jarra con gusto.

En sus palabras no había mucha lógica.

Alguien comenzó a rezongar.

—El zar estaba en la cola, yo lo vi —explicó el vagabundo a los que estaban en desacuerdo—, y ese pedorro, el de la cámara, es su tronco. ¡Todo es legal, sí, señor!

Los borrachines rezongaron un poco más y se callaron.

Shlíppenbaj se pasó la cámara al brazo izquierdo y alzó su jarra.

—¡Brindemos por el éxito de nuestra película! El verdadero talento debe abrirse camino en algún momento.

—¡Ay, espantapájaros mío! —exclamó Galina...

Salimos del callejón marcha atrás.

—¡Qué público! —decía Shlíppenbaj—. ¡Qué gente! Hasta me asusté. Fue algo así como...

—La batalla de Poltava —terminé la frase.

Resultaba incómodo cambiarse de ropa en el microbús. Me llevaron a casa vestido como su majestad el emperador.

Al día siguiente me tropecé con Shlíppenbaj junto a la caja donde se cobraban los honorarios. Me informó que quería dedicarse a la defensa de los derechos humanos. De ese modo, concluían las filmaciones de la película.

Aquella ropa de teatro estuvo dos años dando vueltas por casa. El hijo del vecino se adueñó de la espada. Con el sombrero limpiábamos el suelo. Regina Britterman, una mujer extravagante, usaba el traje largo sin mangas en lugar del abrigo de entretiempo. Mi mujer se hizo una falda con los pantalones de terciopelo.

Me llevé los guantes de chofer al emigrar. Estaba seguro de que lo primero que haría sería comprarme un coche. Pero finalmente, no lo compré. No quise.

¡De alguna manera debo sobresalir entre la gente! ¡Que todo Forrest Hill conozca a «ese tal Dovlátov, el que no tiene coche»!

A modo de epílogo

La maleta está sobre la mesa de la cocina: una caja rectangular de aglomerado, forrada de tela verde, con refuerzos oxidados en las esquinas.

Mis ropas soviéticas yacen a su alrededor. El viejo traje cruzado, con pantalones anchos. Una camisa de popelín, de color pálido. Zapatos bajos, con forma de barcas. Una chaqueta de terciopelo, que todavía apesta al tabaco de otra persona. Un gorro de invierno, de piel de foca. Calcetines de crespón con destellos eléctricos. Guantes muy útiles cuando tienes que cortar el pelo a un hambriento perro pastor de Terranova. Un cinturón con una hebilla gruesa, un poco más grande que la cicatriz que tengo en la frente.

Entonces, ¿qué había adquirido durante todos aquellos años en mi patria? ¿Qué había ganado? ¿Aquel montón de basura? ¿Una maleta de recuerdos?...

Llevo diez años viviendo en Estados Unidos. Tengo vaqueros, mocasines, zapatos deportivos, camisetas de camuflaje de Banana Republic. Ropa de sobra.

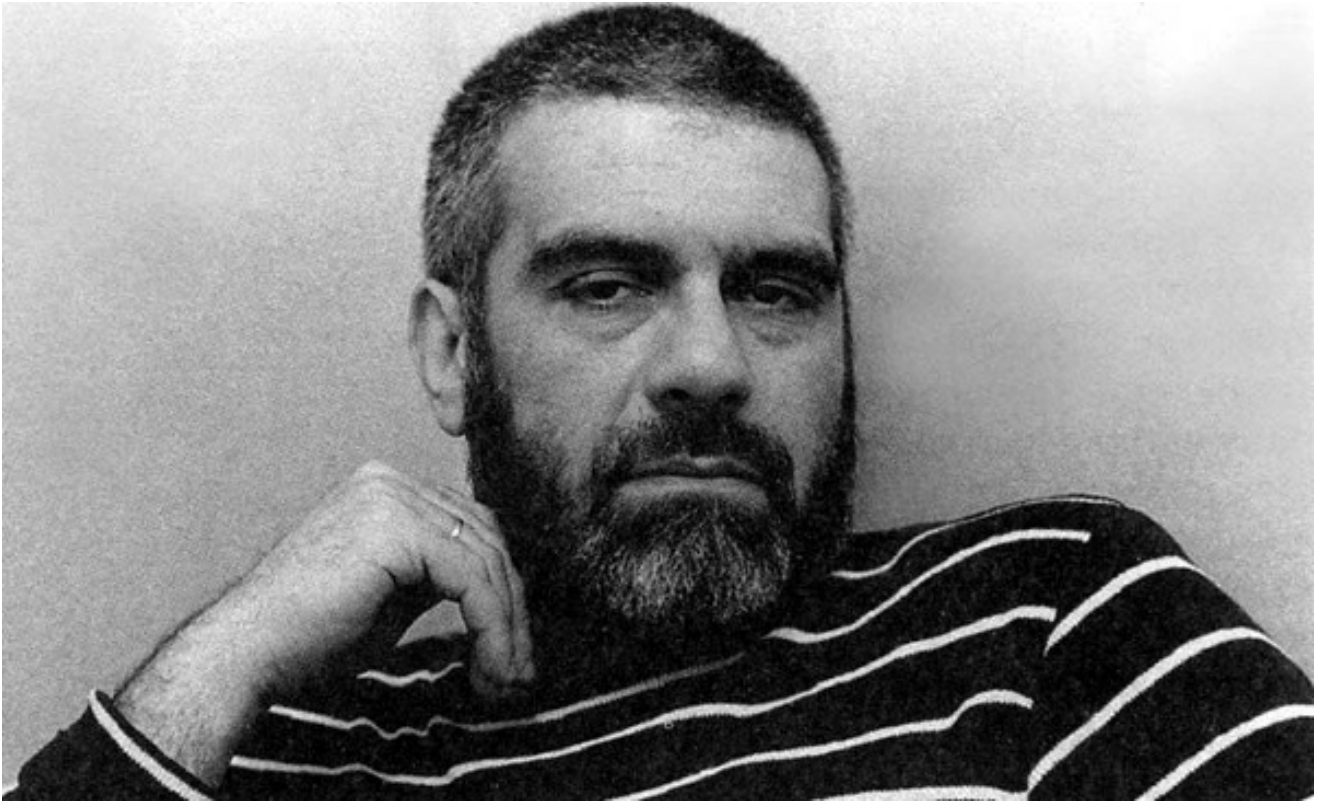
Pero el viaje no ha terminado. Y al final del tiempo que me ha sido asignado, compareceré ante otra puerta. Y llevaré en la mano una maleta estadounidense barata. Y oíré que me dicen: —¿Qué ha traído consigo?

—Aquí lo tiene —diré—, échele un vistazo.

Y también diré:

—Existe una razón para que cada libro, hasta los que no son muy serios, tenga la forma de una maleta.

FIN



SERGUÉI DONÁTOVICH DOVLÁTOV (Ufá, Rusia, 1941 - Nueva York, 1990). Judío, hijo de la farándula, escritor y cuentista. Probó con la filología finesa hasta su expulsión de la facultad. Sirvió en el ejército tres años. Intentó el periodismo, trabó amistad con Joseph Brodsky, ejerció como corresponsal por Estonia. Fue guía del museo Pushkin. El típico artista fichado por el KGB por diletante. El típico disidente que, aprovechando la flojera del estado soviético para asilarse en los Estados Unidos.

Notas

[1] Iniciales de Otdyel Viz i Registratsii (Departamento de Visas y Registro), departamento policial encargado de los trámites de salida al extranjero de los ciudadanos soviéticos y del registro de extranjeros residentes en la URSS. (N. del T.)

<<

[2] Restaurante donde el plato principal es el *shashlyk*, típico del Cáucaso, que consiste en brochetas de cordero con verduras. (N. del T.)<<

[3] Empanada de carne, típica del Cáucaso. (N. del T.) <<

[4] Tienda especial de la época soviética, donde solo se vendían artículos en divisas occidentales, a ciudadanos extranjeros debidamente acreditados. Los soviéticos solo podían comprar allí con una autorización especial. (N. del T.)<<

[5] Dulce de harina y almendras, típico del Cáucaso y del Asia Central. (N. del T.) <<

[6] Mijail Baríshnikov está considerado uno de los más grandes bailarines de ballet clásico del siglo xx. No regresó a la URSS después de actuar en Estados Unidos, a mediados de los años setenta. (N. del T.)<<

[7] República autónoma de la antigua URSS, y ahora de la Federación Rusa, cuya capital es Syktyvkar. Se encuentra al noreste de la parte europea del país. (N. del T.)

<<

[8] Recluso, en argot popular. (N. del T.)<<

[9] Nombre despectivo que se les da a los ucranianos en Rusia. (N. del T.) <<

[10] Dulce, parecido al turrón blando, que se prepara a base de almendras y miel. (N. del T.)<<

[11] En Rusia las cantidades de licor inferiores a la media botella se piden en gramos.
(N. del T.)<<

[12] Equivalente ruso de Papá Noel. (N. del T.)<<

[13] Se refiere a Annibal, el etíope, sirviente y después amigo del zar Pedro el Grande, que llegó a ser general del ejército ruso. Fue el bisabuelo del gran poeta Aleksandr Serguéyevich Pushkin. (N. del T.)<<